RESPUESTAS

CLARAS Y SENCILLAS A LAS

OBJECIONES

QUE MÁS COMÚNMENTE SUELEN HACERSE

CONTRA LA RELIGIÓN

POR

MONSEÑOR SEGUR

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS

POR

D. GABINO TEJADO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Biblioteca de la Sgda. Familia
Col. Roma Méx. D. F.

MADRID
«APOSTOLADO DE LA PRENSA»
7, SAN BERNARDO, 7.
1930

IMPRIMI POTEST:

VICTORINUS FELIZ S. I.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús.—Juan Bravo, 3

OBJECIONES

Y

RESPUESTAS

OBJECION PRIMERA

¿Qué falta me hace a mí la Religión? A fe que yo no tengo ninguna y esto no me quita de estar tan gordo y tan bueno.

RESPUESTA.—Excelente discurso, si yo te quisiera ofrecer la Religión como un medio de estar gordo y bueno. Pero dime tú si no hemos venido a este mundo más que para echar carnes como los cerdos, porque todos los hombres en todos tiempos han creído otra cosa, y no me parece fácil que tú solo tengas razón contra todos los hombres.

La Religión te enseña lo que es bueno y lo que es malo; te muestra los medios seguros para que obres lo bueno y aborrezcas lo malo; te promete el premio de una gloria sin fin si obras lo bueno, y te asegura el castigo de un infierno también perdurable si obras lo malo. En resumen: la Religión nos enseña lo que somos los hombres, de

dónde venimos, la senda que debemos seguir en esta vida y el término que nos aguarda en la otra, proporcionado al bien o al mal que hayamos obrado en la tierra. Si esto no te interesa, no sé qué cosa puede interesarte en este mundo.

Por de pronto, dime tú, discurriendo con tu razón natural, si te parece posible que viva del mismo modo un hombre religioso que otro que no tenga Religión ninguna; dime tú qué interés tiene en ser bueno el hombre que ningún premio aguarde, y qué freno pueden contener las maldades del que ningún castigo tema en la otra vida. ¿Creerás que sea bastante para dejar de obrar mal el temor a la justicia de los hombres? Esto no puedes creerlo, pues ni la justicia de los hombres tiene poder contra todos los malos, aunque sepa sus maldades, ni es tampoco tan sabia y prudente que pueda saber todo el mal que se obra. Podrá la justicia humana castigarte si matas a un hombre; pero, ¿podrá del mismo modo castigar *el deseo* que tengas de matarlo, mientras no lo pongas por obra? Y no me dirás que el solo deseo de matar a un hombre no sea ya una maldad que por fuerza ha de recibir castigo. Voy a ponerte esto más claro todavía.

Supongamos que tú eres un hombre sin Religión ninguna, lo que Dios no permita; supongamos que te nombran juez de la causa de un vecino tuyo que ha matado a su padre con un puñal. ¿Qué sentencia darás contra este hijo malvado? De seguro, lo condenarás a un patíbulo. ¿Y por qué lo condenas? Porque sabes que el matar a su padre es un delito horrible; porque tu conciencia de

hombre te dice que un delito de esta especie debe ser castigado; y últimamente, porque hay leyes humanas que lo condenan y castigan con la muerte. Pues figúrate ahora que este hijo delincuente ha matado a su padre, no con un puñal, sino a fuerza de disgustos que le ha causado, y con la deliberada intención de que se muera de pena. ¿Qué sucederá en este caso? En primer lugar, es muy difícil probar en juicio los disgustos que el hijo le haya dado al padre; y mucho más difícil de probar todavía, que le haya dado estos disgustos con la deliberada intención de que se muera a causa de ellos; en segundo lugar, aunque todo esto se probara sería imposible probar que efectivamente esos disgustos, y no otra causa cualquiera, han ocasionado la muerte del padre. De manera que la justicia humana carece absolutamente de medios, no ya para castigar, sino ni aun para juzgar esta clase de delitos. ¿Qué resultará entonces? Que el delito quedará sin castigo. Y ello no hay remedio: igual es el crimen en un caso y en otro; tan criminal es el hijo que mata a su padre de una puñalada, como el que le mata a fuerza de causarle disgustos, con deliberada intención de que se muera. Este crimen no puede ser castigado por la justicia de los hombres; tu conciencia te dice que no puede quedar sin castigo; los hombres no se lo dan. ¿Quién se lo da?

Se lo da Dios. Esto cree el que tenga Religión; pero ¿y el que no la tenga? El que no la tenga verá que el crimen se queda sin castigo; no lo recibe de los hombres, porque la justicia humana

no alcanza a probar, ni aun quizá a saber el delito; no lo recibe de Dios, porque no hay Dios... ¡Qué horror, hijo mío! Y, sin embargo, en esto viene a parar el no tener Religión.

En vista de este ejemplo, no me negarás que la Religión es, cuando menos, una cosa *conveniente*. Una vez confesado esto, y aunque tengas la desgracia de pensar que no hay ninguna Religión verdadera, por poco razonable que seas, habrás también de confesarme que *no es imposible* que la haya; del mismo modo que aunque tú no creas que yo estoy escribiendo estas líneas con la mano izquierda, por ejemplo, confesarás que no es imposible que así sea. Es decir, que no sólo me confesarás que la Religión es una cosa *conveniente*, sino también que es *posible* que haya una verdadera.

Porque, una de dos: o tú me aseguras que no hay ninguna Religión, ni verdadera ni falsa, ni mala ni buena, y me lo aseguras con la misma certeza con que aseguras que estás ahora leyendo este libro, o me confiesas que es *posible* que haya alguna Religión verdadera. Lo primero no puedes tú asegurármelo, porque no lo sabes; y si me confiesas lo segundo, yo te diré: Si, por una parte, no es *imposible* que haya una Religión verdadera, y por otra es *conveniente* que la haya, racional y juicioso es pensar que *la hay*.

Y la hay, hijo mío, la hay. No te pido que me lo creas desde luego por mi palabra, pero lee con atención estas pocas páginas que te presento; procura hacerte cargo de todas las razones que te doy; consulta con personas sensatas y buenas lo

que no entendieres; procura al mismo tiempo refrenar los malos pensamientos que nacen en tu alma, los vicios y pasiones que dominan tu corazón. Haz esto, hijo mío, y la ayuda de Dios no te faltará, y te dará luz para que veas la verdad de lo que yo te enseño, y te dará la firme voluntad y el ardiente deseo de obrar conforme a esta verdad que, con la misma ayuda de Dios, quiero enseñarte.

Mira, hijo mío: en todos tiempos ha habido hombres perversos, interesados en apartar de lo bueno a los demás y enseñarles lo malo; pero hoy día permite Dios que haya muchos más medios que nunca ha habido de pervertir y de alucinar al mundo. La santa Religión que yo voy a enseñarte manda a los ricos que tengan caridad y a los pobres que tengan paciencia. Pues bien, hijito mío; los ricos endurecidos, que no quieren tener caridad con los pobres, y los pobres soberbios, que se cansan de sufrir con paciencia sus trabajos, tienen interés en que se olvide o se aborrezca una Religión que no quiere que los ricos abandonen a sus hermanos los pobres, ni que los pobres se apoderen por fuerza o miren con envidia los bienes de los ricos. Todo el rico que no quire dar nada al pobre, y todo el pobre que desea apoderarse injustamente de lo que posee el rico, son enemigos de la Religión.

Es menester que te penetres bien de esto, para que desoigas y condenes, como es justo, la multitud de cosas que te dirán y te alabarán, contrarias a nuestra santa Religión. Los interesados en perderte no te dirán que esta Religión, tan calumnia-

da por ellos, ha sido creída y practicada, y enseñada y defendida por los hombres más sabios y más buenos que ha habido en el mundo. Sin salir de nuestra España te nombraré al prudente, al esforzado, al humilde y venturoso nuestro santo rey D. Fernando III, terror de los moros, conquistador de Sevilla y autor de las leyes más veneradas que rigen a nuestra monarquía; te citaré a la piadosa heroína nuestra Reina Católica doña Isabel I, la que conquistó a Granada y acabó de echar de nuestro territorio a los moros y judíos que lo infestaban y oprimían; te citaré a nuestro rey Carlos I el emperador, que después de haber sido señor del mundo entero, fué a acabar sus días santamente en el monasterio de Yuste. Y no haré sino mencionarte el gran número de compatriotas nuestros que, desde los tiempos más remotos de la monarquía, han venido admirando al mundo por su saber y sus virtudes; un San Isidoro, arzobispo de Sevilla, grande historiador y gran filosófo; un San Vicente Ferrer, a cuya palabra caían helados de espanto los soberbios y se regocijaban los humildes; un San Francisco Javier, apóstol de las Indias; un cardenal Jiménez de Cisneros, ilustre ministro de la Reina Católica; un San Ignacio de Loyola, un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa, un venerable maestro Fray Luis de Granada, y, en fin, otros miles de miles, pues sería cuento de nunca acabar. Y no te hablo de los grandes artistas y poetas que, inspirados por nuestra santa Religión, nos han dejado, para eterna memoria de su nombre, esas catedrales, esas pinturas y esculturas, esos poemas de toda especie,

que nos envidia el mundo. Y no te hablo tampoco del sinnúmero de hombres, no menos eminentes en saber y virtud, nacidos fuera de nuestra España; de un San Luis, rey de Francia, tan ilustre por su valor como por su ciencia y virtudes; de un Santo Tomás de Aquino, lumbrera del mundo, y el hombre más sabio que ha tenido la tierra; de un San Vicente de Paúl, verdadero Angel de la Caridad, fundador de esas Hermanas celestiales que ves a cada hora arrostrando la muerte en los campos de batalla y en los hospitales pestilentes; de un San Francisco de Sales, tan profundo conocedor del corazón humano; de un Pontífice Gregorio VII, pacificador de la Iglesia, abogado de los débiles, freno de los opresores; de un San Pío V, reformador de la Iglesia.

Dime, por tu vida, hijito mío, si encuentras que pueda compararse con cualquiera de éstos, ni en sabiduría, ni en virtud, ni en grandeza, ni en heroísmo, ninguno de esos que te hablan o te escriben en contra de la Religión. Dime por tu vida, si es conveniente, si es natural, si es racional siquiera, negar que sea útil, y dudar de que es santa y verdadera una Religión que tiene a su favor el testimonio de servidores tan ilustres y en número casi tan infinito. Dime, en fin, y sobre todo, si puede ser puesta en duda o despreciada una Religión que ha hecho al mundo tan grandes beneficios, como son el establecer entre los hombres esa caridad, por la cual, considerándose todos como hermanos, hijos del Padre común que está en los cielos, llegan todos a ser verdaderamente *libres* y verdaderamente *iguales* ante el Dios bueno

que a todos los hizo de la misma masa, y a todos infundió entendimiento para conocerle y voluntad para amarle.

¡Ah! ¡Si te pararas un poco a considerar el bien que ha hecho esta Religión santa! ¡Si la vieses, como yo la veo, enjugar a cada instante las lágrimas del pobre, convertir los corazones más depravados y derramar en todas partes la verdad, la paz, la esperanza y la alegría!

Quiero contarte aquí brevemente una historia que viene a pelo: Hubo en España, ha ya más de dos siglos, un caballero llamado D. Rodrigo Calderón.

Nacido este tal de padres no ricos, aunque hidalgos, llegó por varios modos a verse en tal altura que, aunque falto de merecimientos y de vida nada cristiana, alcanzó a ser primer ministro y poderoso privado del monarca D. Felipe III, que entonces reinaba; tuvo los títulos de conde de la Oliva, marqués de Siete Iglesias, y alcanzó, en fin, tal grandeza y poderío, que él solo disponía de todos los dineros y de todas las mercedes del reino. Ensoberbecióse D. Rodrigo hasta tal punto con tan inesperada fortuna, y soltó a sus pasiones tan larga rienda, que, atropellado por sus propios desmanes y perseguido por sus émulos, perdió en un día, con la gracia del soberano, su poder, sus riquezas, sus honores; y encausado y preso, fué condenado por sentencia del rey a morir degollado en la Plaza Mayor de Madrid.

Oyó D. Rodrigo su sentencia con gran valor, y volviéndose a un Crucifijo que estaba en su pri-

sión, exclamó compungido: "¡Bendito seáis, mi Dios! ¡Cúmplase en mí vuestra voluntad!"

Desde este momento su vida fué tan penitente y santa, que las asperezas de ayunos, cilicios y otras con que se trataba, no menos que la humildad con que adornaba todo su porte y las grandes limosnas que hacía, sólo podían compararse a la ostentación con que había vivido antes de llegar a aquel trance.

De esta manera pasó tres meses aguardando la ejecución de su sentencia, hasta que ya una noche, su confesor, después de haberle encarecido los premios que Dios da a los que saben aprovecharse de lo que padecen, ofreciéndole sus trabajos en retorno de su Sagrada Pasión, le anunció que de allí a dos días daría su cuello al verdugo. "Quiera Dios, padre mío (le respondió D. Rodrigo entonces), que mis pecados no sean parte para que yo pierda tanto bien; pues por ahora le puedo asegurar que me ha dado S. M. tanto gusto al condenarme a muerte, que, si no pareciera mal, me riera."

Lleno el rostro de alegría, y con grandísimos actos de fe, recibió al siguiente día por la mañana el Santísimo Sacramento, diciendo tiernamente: "¡Señor mío Jesucristo!, pues hoy venís Vos a mí, consiga yo ir mañana a Vos: en vuestras manos encomiendo mi espíritu..."

Pidió luego recado de escribir, y puso a su padre, que aún vivía, una carta, donde, entre otras cosas, le dice: "Triunfó la emulación, pero con tan distinto modo del que discurrieron sus designios, que habiendo sido su fin perderme para siem-

pre, para siempre me he ganado, asegurándome lo principal, que es mi salvación, según la confianza que tengo de la Divina misericordia... Se me ha confirmado la sentencia de muerte, que padeceré tan gustoso, que deseo por instantes llegue el de entregar mi garganta al cuchillo y derramar mi sangre por la voluntad de mi Séñor Jesucristo, en descuento de mis pecados, pues el mismo Señor tan liberalmente derramó por mí la suya."

En este ánimo continuó hasta su última hora. Lo único que le causaba gran vergüenza era el considerar que daba ocasión con sus devociones para que se creyese que era más ostentación que virtud, y con este pensamiento, poco antes de salir al patíbulo, quitóse los cilicios, para que no se hiciesen públicos. A todos sus amigos y criados consolaba diciéndoles: "Señores, ahora no es tiempo de llorar, pues voy a ver a Dios y a ejecutar su santísima voluntad."

Llegado a la puerta de la casa en que había tenido su prisión, vió la mula en que había de ir, y dijo: "Jesús, ¿mula para mí? No había de ser sino un serón en que me llevasen arrastrando, y me fuesen atenaceando, sacándome bocados de mis carnes."

En el último escalón, para subir en la mula, dió el Santo Cristo a su confesor, y tomando la rienda en la mano izquierda, se santiguó con la derecha, puso el pie en el estribo, y teniendo el otro el verdugo, subió a la cabalgadura tan airosamente y con tanto valor como si fuera a fiestas. Luego se compuso la túnica, y volvió a tomar el Crucifijo, besándolo con grande fervor. Llegó luego el

verdugo a atarle las piernas con una liga por debajo de las cinchas de la mula, y le dijo don Rodrigo: "No me ates, amigo; ¿piensas que me tengo de escapar? Bien sé que voy a morir." Replicóle su confesor: "Sosiéguese V. S., que el verdugo obra lo mandado." A lo cual respondió don Rodrigo: "Pues siendo así, ata, amigo, ata."

Empezó a caminar, y el pueblo, lastimado, pedía por él a gritos, diciendo: "Dios te perdone; Dios te dé valor; Dios te dé buena muerte"; y él respondía sin mirar a nadie: "Amén: Dios os lo pague, que sí hará." Llegó su confesor a animarle, y él le respondió: "Padre mío, vamos en buena hora, que no me falta ánimo, pues le llevo grandísimo para padecer esta muerte, pues por mí la padeció más deshonrada mi Señor Jesucristo. Vamos en nombre de Dios; y pues su Divina Majestad y el rey mi señor lo quieren, voy contentísimo a cumplir su voluntad y pagar mis pecados." Y más adelante, añadía: "Padre, esto no es ir afrentado; esto es ir siguiendo a mi Señor Jesucristo, y triunfando; pues a su Divina Majestad le iban blasfemando y escupiendo, y a mí me van encomendando a Dios. Rueguen a su Majestad, padres míos, no quiera pagarme en esta vida el triunfo que padezco por el mucho gozo que siento."

A vista ya del cadalso, oyó a unas mujeres que decían en altas voces: "Dios vaya contigo y te perdone tus pecados"; a lo cual D. Rodrigo, sin mirar quién lo decía, y alzando los ojos al cielo, respondió: "¡Dios mío!, por la sangre san-

tísima que derramasteis por mí, que hagáis lo que os pide vuestro pueblo."

Puesto ya de pie sobre el cadalso, y después sentado en la silla donde había de ser degollado, no desmayó un solo punto, ni el valor, ni la piedad, ni la humilde contrición de D. Rodrigo. No pudiendo abrazar al verdugo, por tener los brazos atados, dióle el beso de paz en el carrillo.

Llegó, por fin, el terrible momento, y reconciliado nuevamente con su Dios, dejó la vida en manos del verdugo, pronunciando con fervor inexplicable, pero sin miedo, y hasta su último aliento, el dulcísimo nombre de Jesús.

Párate bien, hijo mío, párate bien a considerar la vida y la muerte de este hombre. De cuna humilde, sube a las grandezas del favor cortesano; embriagado con su fortuna, se olvida de Dios, y busca satisfacciones a su orgullo y a su ansia de gozar, sin que pudiera hallar un momento de verdadero goce ni de paz interior. Y este mismo hombre, cuando Dios le llama a padecer la afrenta de una prisión tan larga y de un suplicio público, consigue, sólo con volver los ojos a aquella Religión de cuya observancia había vivido lejos; consigue, te digo, encontrar en la ignominia y en la muerte la paz interior, la santa alegría y la celestial esperanza que no logró mientras fué grande, poderoso y afortunado.

¿Te parece, hijo mío, que una Religión capaz de conseguir sobre un hombre, tan grande y casi milagroso triunfo, no es, cuando menos, una cosa que merece bien ser conocida y estudiada? Ven, pues, dócilmente conmigo, y oye sin prevención

alguna las breves máximas de verdad y de virtud que me propongo enseñarte. Dios sea contigo y conmigo en esta obra de bendición.

II

No hay Dios.

R.—¿No hay Dios? Pues dime: ¿entonces quién ha hecho la tierra, el cielo, el sol y las estrellas, al hombre y el mundo? ¿Tendrás valor para responderme que todas estas cosas se han hecho ellas solas? Tú ves que esto no es posible. Y si no, ¿qué pensarías del que te dijera que tu casa se ha hecho ella sola, sin arquitecto, ni albañiles, ni nadie? Lo echarías a broma, o tendrías por loco al que te dijese, no ya que la casa se había hecho, sino que no es ningún imposible el que así haya sucedido.

Pues si una miserable casa no puede hacerse ella sola, ¿cómo quieres tú que no hayan sido hechas por nadie esa multitud de maravillas que ves en el mundo, empezando por tu cuerpo mismo, que es la mayor de todas?

Pero me responderás acaso: "Yo no creo más que lo que veo, y a Dios nunca lo he visto." A esto te replico yo que medites si es que en el mundo no hay otras cosas sino las que pueden ser vistas, oídas o palpadas.

Respóndeme a esta pregunta: ¿Tienes tú alma? De seguro me vas a decir que sí. Y, ¿cómo es tu alma? ¿Es blanca o negra? ¿Es chica o grande? ¿Pesa mucho o poco? No lo sabes, porque

no la has visto, ni la has oído, ni la has tocado; y, sin embargo, tú me aseguras que la tienes.

Y ¿por qué me aseguras tan resueltamente que tienes alma? Porque aunque no la ves, ni la oyes, ni la palpas, estás seguro de que piensas, de que quieres las cosas, y sabes que el pensar y el querer son oficios propios del alma.

Pues del mismo modo sabes que hay Dios; es verdad que no lo ves, ni lo oyes, ni lo tocas; pero, en cambio, ves y oyes y tocas las obras suyas; 'ves el cielo, ves la tierra, ves el orden maravilloso que hay en todas las cosas; cómo una estación viene tras otra, cómo viene tras de la noche el día, y dices: Esto no se hace ello solo; los hombres tampoco lo han hecho (y no solamente sabes que los hombres no lo han hecho, sino que también estás seguro de que no tienen poder para hacerlo); luego lo ha hecho *alguien* que tiene mucho más poder que los hombres.

Y, efectivamente, ese *alguien* es Dios Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.

Para concluir te diré lo que aquel poeta que, oyendo una vez disputar sobre si había o no había Dios, y preguntado sobre el caso, a tiempo que sonaba una hora, respondió, mirando al reloj que la daba:

"Por mí, cuanto más lo considero,
Digo: pues hay reloj, hay relojero."

Y con esto se acabó la disputa.

Cuéntase también de cierto caballerete, presumido de sabio, que disputaba con la señora de la casa donde estaba de tertulia, sosteniendo que no

había Dios. Amostazado con las buenas razones que la señora le daba, y viendo que ninguno de los presentes pensaba como él, dijo, dirigiéndose a todo el concurso: "Nunca hubiera creído que entre tantas personas de talento era yo el único que no creía en Dios." "¿El único? —le respondió entonces la señora—. No, señor; no es usted el único; lo mismo que a usted, le pasa a mi perrita y a mi gato, y a los caballos que tengo abajo en la cuadra; sólo que estos buenos animales no hacen la tontería de alabarse de ello."

En resumen: ¿sabes lo que, traducido al castellano claro, quiere decir el que dice *no hay Dios?* Pues quiere decir esto. "Yo soy un bribón de a folio, y me escuece mucho eso de que haya por allá arriba un Señor que algún día me ha de ajustar las cuentas."

III

No hay más vida que esta de por acá: con la muerte todo se acaba.

R.—Sí; con la muerte todo se acaba para los burros, para los perros y para el canario de tu cuarto. Pero por poco amor propio que tengas, no querrás hacerte igual a estos animalitos; porque tú eres un hombre, hijito mío, y no un bruto irracional; es decir, tú tienes un alma capaz de saber lo que es bueno y lo que es malo; y esa alma es inmortal, y esa alma inmortal la tienes tú, como hombre que eres, y no la tienen los irracionales.

De los brutos irracionales no te distingues ciertamente por sólo *el cuerpo;* pues ellos tienen ojos, oídos, paladar, olfato y tacto lo mismo que tú, y algunos tienen todas estas cosas mucho más perfectas que las tuyas. Por lo que realmente te distingues de los demás animales es por *el alma racional,* que te da el sér de hombre; es decir, por la facultad, la capacidad que tienes de pensar, de entender, de conocer lo que es verdadero y de querer lo que es bueno. Eso, eso es lo que te distingue de los demás animales; por eso te incomodas cuando te dicen: "Eres un burro, un animal", porque decirte esto vale tanto como negarte tu primera gloria, que es el sér de hombre. Y esto es cabalmente lo que a sí propio se dice el que dice que con la muerte todo se acaba. Si a ti te acomoda creerlo así, que te haga muy buen provecho; pero déjame que yo me tenga en algo más que eso, y que quiera conservar mi sér de hombre. Ya ves que no es mucho pedir.

Tú no te has parado bien a considerar la atrocidad que es el decir que no hay más vida que la de por acá abajo, y que en muriéndose uno todo se acaba. ¡Bonito se pondría el mundo si esto fuera verdad! ¡No se armaría mal barullo! Lo bueno y lo malo, la virtud y el vicio, la santidad y el crimen, todo ello sería lo mismo; todo ello no sería más que palabras que nada significarían, más que una mentira, y mentira bien fastidiosa. Porque ello es claro, que si nada tengo que temer de la otra vida, y, por otra parte, acierto a componérmelas de modo que nada tenga que temer en

ésta, ya puedo echarme a robar y matar al prójimo siempre que me interese o me dé por ahí el capricho; ya puedo cometer todas las picardías que se me antojen y no privarme de ningún gusto, ¿Por qué no? Yo nada tengo que temer. Si alguna vez me remuerde allá dentro el coquillo de la conciencia, me echaré el alma atrás, y fuera penas. Sólo una cosa me dará que hacer, y será el ver cómo tapo mis bribonadas de manera que nunca me eche el guante la justicia. Lo que llamamos *bueno,* para mí como para todo hombre de chapa, no será más siño el no ser atrapado por la policía; y lo que llamamos *malo* no será otra cosa sino el que me averigüen mi vida y milagros y me lleven a la horca.

¿Te espanta este lenguaje, eh? Con muchísima razón; pero ni más ni menos que lo que te digo tendría que suceder si fuera verdad que no hay más vida que la de por acá abajo. Si esto fuese cierto, por mí no sé decirte en qué se diferenciaría San Juan de Dios de Jaime el Barbudo; ni te podré explicar en qué valdrían más las Hermanas de la Caridad que los Niños de Ecija.

Por sus frutos se conoce el árbol, como enseñan el Evangelio y nuestra experiencia misma. Pues bueno; por las consecuencias que produciría en el mundo, puedes conocer la atrocidad que sería el negar la otra vida.

Oyeme, hijito, ningún hombre de razón puede negarse a creer una cosa que todos los hombres han creído desde que el mundo es mundo. Pues bien; desde que hay mundo, siempre y en todas

partes ha sucedido que el hombre de bien a quien se persigue injustamente, o que es desgraciado por cualquier otra causa, ha esperado firmemente en otra vida, donde hallará la justicia y la felicidad que le niegan en ésta; siempre y en todas partes se ha creído que el pícaro que no paga sus maldades en este mundo, las pagará irremisiblemente en el otro; siempre y en todas partes se ha rogado a Dios por el eterno descanso de los muertos, y se ha creído que en el otro mundo hemos de reunirnos, para no separarnos ya más, con las personas que amamos y de quienes fuimos amados en éste

Sí; todo esto nos lo enseñan la razón y la voz de todo el género humano, que sin cesar nos repite esta creencia tan verdadera como consoladora. Y lo que aún vale más que esto, hijito; así nos lo enseña, así nos lo promete nuestra santa Religión, la cual, al decirnos que este mundo es un valle de lágrimas, y que sólo en el otro hallaremos completa paz y perfecta bienaventuranza, nos convida y alienta a merecer la gracia de Dios por medio del fiel cumplimiento de nuestras obligaciones de cristianos.

¿No ves tú cómo vive el hombre que es verdaderamente cristiano? Y, sobre todo, ¿no has visto cómo muere? Mientras vive, todo se lo ofrece a Dios, sus prosperidades, lo mismo que sus desgracias; sus bienes, lo mismo que sus males; y luego, cuando muere, ¿no has visto qué tranquilo espera su última hora, y cómo, lleno de confianza, pone su alma en manos de Dios, creyendo firmemente que la Divina misericordia le perdonará las faltas que, sin duda, habrá cometido, como hombre que es, flaco y miserable, y

se dignará hacerle partícipe de las glorias celestiales?

Por consiguiente, hijito mío, no des oídos al insensato que quiera quitarte tu creencia en otra vida; yo te aseguro que el mismo, que quiere perderte, teme mucho que exista lo propio que te niega. Créelo tú, hijo mío, créelo tú, porque así lo manda nuestra santa Religión; porque así te lo enseña la creencia de todos los hombres en todos los tiempos; y, finalmente, porque así te lo dice a gritos tu misma conciencia.

IV

Todo lo que sucede en este mundo es hijo de la casualidad, y Dios no se mete en nada de cuanto pasa por acá abajo; pues a no ser así, no veríamos tanto desconcierto y tanta cosa imperfecta y mala como hay.

R.—¡La *casualidad!* ¡La *casualidad!* ¿Y qué cosa es esa a que tú llamas la *casualidad?* ¿Cómo es? ¿Dónde está? ¿Es un cuerpo o un espíritu? Nadie sabe ni dice lo que es; ni es posible que nadie lo sepa, porque en rigor no es más que una palabra sin sentido.

Vamos a ver lo que tú llamas *casualidad.* Te pondré un ejemplo muy común. Figúrate que tú estás en lo más alto de una montaña, y desde allí ves que por tu derecha va subiendo un hombre y por tu izquierda otro. Cuando los dos lleguen a encontrarse en lo alto, ambos lo tendrán por una casualidad, pero no lo tendrás tú, que los has estado viendo subir en la

misma dirección, aunque por opuestos lados. Ellos no preveían que se habían de encontrar al fin de su subida; pero tú que los estabas viendo, sabías que de seguro habían de encontrarse.

Es decir, que los hombres llamamos *casualidad* a todo aquello que sucede sin que nosotros lo hayamos previsto. Pero de que nosotros no hayamos previsto una cosa, ¿se deduce que no la ha previsto nadie? No; al revés, lo natural, lo racional, es pensar que todo lo que sucede en este mundo, por algo sucede, alguien lo ha dispuesto, alguien lo dirige y alguna causa tiene. Más te diré, y es que cuanto más grande y maravilloso sea lo que sucede, tanto más racional es pensar que alguien lo ha dispuesto, que alguien lo dirige, y que para algún fin lo conserva tal como sucede.

Cuando ves tú trabajar una máquina de tejer paños, por ejemplo, ¿quién te hará creer que sus muchas y complicadas ruedas se mueven por casualidad, que la lana de donde sale el paño no la ha llevado allí nadie, sino que está allí por casualidad, y que al moverse casualmente aquellas ruedas, da la casualidad de que sale tejido aquel paño? Tu razón natural te dice que aquella máquina alguien la inventó y alguien la hizo; que el que la inventó y el que la hizo sabían que, movidas sus ruedas de aquella manera, y puesta aquella lana en el sitio que está, habían de producir tejido aquel paño.

Pues considera ahora si un hombre en su cabal juicio puede pensar que el Dios Todopoderoso, que inventó y fabricó esta gran máquina del mundo, no la haría, siendo como es sumamente sabio, de modo

que cada una de sus ruedas se moviese con concierto para los fines que dispuso su Divina Providencia.

¿Y qué fines pueden ser éstos, siendo como es Dios tan soberanamente bueno, cuando es soberanamente sabio y soberanamente poderoso? ¿Qué fines pueden ser éstos sino el mayor bien de sus criaturas?

Atiende bien a este razonamiento, hijo mío. O no hay Dios, o si lo hay, no puede menos de ser Todopoderoso, sumamente sabio y sumamente bueno. En cuanto es Todopoderoso, hizo de la nada y por su sola voluntad todas las cosas; en cuanto es sumamente sabio, las hizo de manera que a ninguna faltase de lo que es necesario para cumplir el fin a que fueron hechas, y en cuanto es sumamente bueno, está perpetuamente queriendo el bien de todas las cosas y conservando los medios de que cada una de sus criaturas obre el bien que El quiere y desea.

Es decir, hijo mío, que Dios nuestro Señor es para nosotros un padre amante y solícito, que por nosotros se desvive, que nos enseña lo que es bueno y lo que es malo, que nos muestra el buen camino que debemos seguir y el malo de que debemos apartarnos; que, oyendo nuestras súplicas, nos da su soberano auxilio, para que, ayudados de su gracia, podamos obrar el bien, y, por último, que nos castiga cuando le desobedecemos y nos premia cuando cumplimos su soberana voluntad, que no quiere más que nuestro bien.

Podrá suceder, y sucede muchas veces, que no

nos dé en esta vida el castigo o el premio que merezcamos; pero infaliblemente nos lo da en la otra. Porque, ello no hay remedio, nuestras acciones, o son buenas o malas; tu razón te dice que las acciones buenas han de tener su premio y las malas su castigo; pues, o las palabras *bueno* y *malo* no significan nada, o es tan necesario que a la acción buena siga el premio y a la mala el castigo, como es necesario que el agua moje y el sol caliente; y si toda acción buena ha de ser necesariamente premiada, y toda acción mala castigada necesariamente, claro es que si el premio o el castigo no llegan en esta vida han de llegar en otra.

Todo esto ya ves tú cuán racional es, pero el no haberse parado en ello es causa de que algunos, al ver ciertas cosas que a ellos no les parecen en orden, digan muy formalmente: "¿De qué sirven tantas cosas inútiles como hay en el mundo? ¡Cómo, si Dios es bueno, consiente tantas cosas malas? ¿Por qué todos no hemos de ser iguales, y no que unos somos pobres, otros ricos; unos muy hermosos y muy robustos; otros muy feos y muy endebles; unos, en fin, colmados de toda clase de bienes y otros afligidos por todo género de males?"

Al oir a los que así hablan, diríase que el mundo es una cosa sin pies ni cabeza, y que ellos lo habrían arreglado todo mucho mejor. Pero yo les pregunto a estos tales: ¿Y quién os dice que todo eso que os parece puesto tan fuera de orden lo esté realmente? Pues qué, de que vosotros no sepáis para lo que sirve una cosa, ¿resulta que no sirve para nada? ¿Por ventura no puede parece-

ros mala una cosa que sea buena y muy buena para algo que vosotros *no* sabéis?

Figúrate que un patán que no sabe leer abre un libro compuesto por Fray Luis de Granada; por ejemplo, la *Guía de pecadores;* y al ver en cada plana del libro tantos montoncitos de letras cuantas son las palabras allí escritas, y qué una palabra tiene seis, ocho o diez letras, mientras otra no tiene más que dos o tres; al ver tantos renglones como hay en cada plana, uno después de otro, éstos al principio, aquéllos al medio, los otros al fin; al ver tantas hojas, unas encima de otras, en unas impreso todo el papel, en otras parte impreso y parte en blanco, aquí letras grandes, allí chicas, etc., etc.; figúrate que al ver todo esto aquel patán te preguntara por qué aquellas letras, aquellos renglones, aquellas hojas estaban puestas así y no de otro modo; por qué lo que estaba al principio no estaba al fin, por qué la página quinta no era la octava, etc., etc. ¿Qué le responderías tú?

—Oiga usted, buen hombre —le dirías—; el Padre Maestro Fray Luis de Granada, que compuso ese libro, era un eminente sabio que lo dispuso así con ánimo de que, leyendo lo que él escribe, se conviertan a Dios los pecadores; y en la hora y punto que se mudaran de como están, no ya las hojas de ese libro, sino los renglones de cada página, o las palabras de cada renglón, o las letras de cada palabra, resultaría ahí un ciempiés de garabatos, que no querrían decir nada, y sería imposible saber lo que el Padre Maestro quiso enseñarnos.

Pues figúrate que al oirte esta respuesta, el susodicho patán, queriéndola echar de agudo y sabihondo, te replica que, en su concepto, hubiera sido mejor juntar una con otra todas las letras del mismo tamaño, las grandes con las grandes y las chicas con las chicas; que habría sido más bonito escribir todas las palabras con un mismo número de letras y de igual longitud; que no debía estar impreso en unas partes y en otras no; que aquello, como está, es muy feo y muy desbarajustado; que el que había hecho aquel libro era un botarate que no le entendía. "El botarate es usted, pobre hombre (le replicarías a tu vez, oyéndole decir tanto desatino); usted sí que no sabe lo que se pesca. Si estuviera eso como usted lo quiere, en vez de libro no sería más que un montón de papel manchado de tinta, donde nada se podría leer y nada se podría aprender de lo mucho bueno que encierra. Por consiguiente, déjelo usted estar; quien ha compuesto ese libro lo entendía mil veces más que usted, y si usted no comprende por qué está así, y no de otro modo, eche la culpa a su ignorancia y no a un hombre tan sabio."

Pues mira, hijito, esto que tú le responderías al patán, es lo que hay que responder a los tontos que quieren enmendarle la plana a Dios.

La tierra, el mar, los cielos, son el *gran libro* que Dios nos da a leer, compuesto por su infinita sabiduría; los siglos que van pasando son, como si dijéramos, las páginas de este gran libro; los años son los renglones, y cada cual de las criaturas, desde el ángel y el hombre, hasta la pajilla más

leve y hasta el grano de arena más menudo, son las letras que ha colocado, cada una en su lugar propio, aquel gran Autor, único que conoce todo lo que hay que conocer en este gran libro.

¿Me preguntas por qué una criatura es más perfecta que otra; por qué ésta se halla colocada aquí, aquella otra allá; por qué el frío nos hiela en el invierno y el calor nos abrasa en el verano; por qué llueve en este mes y no en el otro; por qué uno pierde su fortuna y otro su salud, y algunos ambas cosas; por qué se malogra aquel niño tan hermoso, y queda vivo ese viejo caduco; por qué muere aquel hombre tan bueno y caritativo, mientras vive y medra tan gordo y tan rico este otro bribón?... ¿Me preguntas todo esto? Yo te responderé: El que así lo ha dispuesto y lo consiente, es soberanamente Sabio, soberanamente Justo, soberanamente Bueno; sus obras no pueden, por tanto, menos de ser buenas y justas. Y lo son, hijo mío, lo son, aunque a nosotros no nos lo parezcan.

Tú comprendes que para saber a punto fijo lo que vale una cosa, es menester conocerla a fondo, haberla visto y examinado minuciosamente; y siendo esto así, ya ves que tú no puedes conocer a fondo el universo, pues que Su Divina Majestad, ni al tiempo de crearlo ni después de crearlo, te dió parte en su obra maravillosa. Vano es, por tanto, que te empeñes en explicar el por qué de todas las cosas, y mucho menos de las que suceden a los hombres, pues por lo mismo que nosotros tenemos un alma capaz de obrar bien o mal, por

lo mismo que está en nuestra mano atraernos premio o castigo, según nuestras obras, que son tan distintas como los innumerables deseos de nuestra voluntad, es más difícil de conocer los designios de Dios en lo que permite que suceda a los hombres.

Y, sin embargo, si lo miras despacio, hallarás que no son pocas las veces en que esos designios se nos manifiestan tan claros que sólo el que esté ciego puede no verlos. Recuerda los extraños medios por donde algunas veces han sido descubiertos los delitos más ocultos; recuerda los bienes que, cuando menos lo esperan, suele conceder Dios Nuestro Señor a los buenos, y los castigos repentinos y terribles que suele dar a los malos.

El año 1848 sucedió en Tolosa de Francia que, cuando se estaban haciendo las elecciones de diputados a las Cortes de allá, que se llamaban la *Asamblea Constituyente,* pareció por allí uno de estos revoltosos desalmados, como tampoco faltan desgraciadamente por España, que tenía siempre en los labios la blasfemia. Púsose este tal a echar un discurso de los suyos a varios vecinos electores. Cuando había ya vomitado por aquella boca sapos y culebras contra la Religión, como poseído del demonio, miró al cielo con el puño cerrado en son de amenaza, y dijo: "Todo lo que os cuentan los curas acerca de Dios es una pura mentira, porque no hay tal Dios; y si lo hay, a ver si se atreve conmigo." No bien había acabado de pronunciar esta brutalidad, cuando estalla una tormenta, y cae sobre él un rayo que le derriba en

medio de la gente aterrada. Creyéronle muerto; pero por fortuna suya volvió en sí al cabo de dos horas, bien escarmentado y resuelto a no poner ya más en duda la existencia de Dios.

Otro desdichado, peor que éste que acabo de contarte,. hallábase por los .años de 1849, cierto domingo, en una aldeíta, junto a la ciudad de Caen, bebiendo vino en la taberna con un amigo suyo. Tocaron en esto a Misa en la iglesia, que estaba a dos pasos de allí, y lo mismo fué oir el hombre la campana, que, reventando de ira por ojos y boca, empezó a decir todo género de atrocidades y de indecencias contra la Religión y los sacerdotes, hasta el punto de que su amigo mismo y el tabernero, espantados de oirle, le dijeron que no hablase de aquel modo; pero él en vez de hacerles caso, coge del mostrador un vaso de vino, y les dice: "Si es verdad que hay Dios, veamos cómo se las compone para impedirme echar este trago." Y no bien había llevado el vaso a la boca, cuando cayó en tierra muerto de un ataque de apoplejía (1).

Estos y otros muchos casos parecidos te pudiera yo citar, y habrás oído contar, y quizás los hayas visto tú mismo, en que Dios no espera a la otra vida para mostrar sus juicios, sino que per-

---

(1) Para que ninguno dude de la verdad de estos dos casos, baste saber que nadie hasta ahora ha desmentido al autor francés que los cuenta con tales pormenores, y de cuyo libro se han hecho ya treinta y dos impresiones, siendo, por tanto, conocido en toda Francia.—(*N. del T.*)

mite varios sucesos en ésta, a manera de prendas y avisos de su justicia futura en el otro mundo.

Y estas prendas o avisos que da para castigo de malos, también los da muchas veces para premio de buenos. Hoy es un hombre injustamente perseguido, cuya inocencia se descubre en el momento quizá en que el juez iba a condenarle a muerte. Mañana es otro que se encuentra, sin saber cómo, salvado de un peligro del cual humanamente no podía escapar. Tal desgraciado se ve que, próximo a morir en un rincón de miseria y de hambre, halla de repente un medio, en que ni aun soñar podía, para alivar sus penas y hasta para cambiar de estado. En general, todos los pobres, así como todos los cristianos que los socorren con sus limosnas, son una manifestación viva y perpetua de la Providencia de Dios.

¿Quieres ahora que te diga por qué esto no sucede siempre; por qué no siempre manifiesta Dios de un modo visible en este mundo su justicia, su poder y su bondad? La respuesta es muy sencilla. Porque este mundo no es para el hombre más que posada donde pasa una noche, y camino por donde va en busca de la morada eterna que le está prometida, y en la cual solamente serán para él cumplidos del todo los designios de Dios. La estrella que debe guiarnos en nuestra jornada de por acá es la fe; la fe, que debe creer aquello mismo que no ve, aquello mismo que no entiende, y que sólo verá y entenderá cuando reciba su eterno premio en las mansiones celestiales.

Créeme, hijo mío: por más que muchos necios te

digan lo contrario, es absolutamente imposible juzgar de cuanto pasa por acá abajo, sin tener en cuenta lo que ha de pasar por allá arriba. Allí se endereza lo que aquí se ve torcido; allí se ordena y concierta lo que por acá se ve sin orden y desconcertado. Sin que mires a lo alto, no podrás entender jamás cómo es posible que Dios permita en este mundo tantos pícaros con fortuna y tantos hombres de bien tan desgraciados; tantos inocentes como pagan culpas que no deben, mientras los verdaderos culpables se quedan riendo de la fiesta.

Mira, te digo, a lo alto; piensa en la *Eternidad*, y ella te explicará el misterio. Allí serán castigadas con penas eternas las grandes maldades de este desalmado a quien Dios concede prosperidades en este mundo, en pago quizá de algún poco bien que puede haber hecho. Allí serán recompensadas con premios eternos las grandes virtudes de aquel otro santo, a quien Dios manda aflicciones en este mundo, en castigo quizá de faltas y deslices que no ha podido enteramente evitar su humana flaqueza.

La *Eternidad* sola, te repito, es el rasero propio para medir bien los sucesos de este mundo. En cuanto te empeñes en explicártelo todo con tu sola razón, sin ayuda de la fe, y juzgando del mundo nada más que por lo que en el mundo pasa, te quedarás sin entender cosa ninguna.

Procura, pues, levantar la vista a lo que está fuera de este mundo miserable, y déjate de querer enmendar la plana al Juez Soberano, sapientísimo y bondadosísimo, autor de todas las cosas. Bien

hecho está siempre lo que El hace: y ten por seguro que si permite lo malo, es siempre para que de ello resulte un bien mayor.

Acuérdate de la fábula:

Un labrador cansado,
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veía calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
"¿Por qué la Providencia
"(Decía entre sí mismo)
"Puso la ruin bellota
"En elevado, preeminente sitio?
"¿Cuánto mejor sería
"Que trocando el destino,
"Pendiesen de las ramas
"Calabazas, melones y pepinos?"
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dijo
Cayendo una bellota,
Le pegó en las narices de improviso.
"Pardiez (prorrumpió entonces
"El labrador sencillo):

"Si lo que fué bellota
"Algún gordo melón hubiera sido,
"Desde luego pudiera
"Tomar a buen partido,
"En caso semejante,
"Quedar desnarigado, pero vivo."
Aquí la Providencia
Manifestarle quiso
Que supo a cada cosa
Señalar sabiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo está repartido:
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.

V

La religión es cosa buena allá para las mujeres.

R.—Y mejor para los hombres. La razón es clara: Porque, o es verdad (y, si es verdad, dicho se está que es bueno) lo que la Religión enseña y manda, o es mentira: si es mentira, está de sobra para los hombres y para las mujeres; pero si es verdad, la necesitan los hombres, tanto más cuanto son sus pasiones más violentas, sus medios de obrar más fuertes, sus ocupaciones más importantes, sus obligaciones más graves, sus vicios más dañosos y sus peligros más continuos.

Porque ello es verdad, que si hombres y mujeres, todos tenemos deberes arduos y penosos que cumplir en esta vida, no lo es menos que los

hombres somos por naturaleza los maestros, los tutores y los defensores de las mujeres.

De los hombres salen los sacerdotes, ministros de Dios, los soldados, defensores de la patria, los jefes naturales de la familia, los gobernadores de los pueblos. Si tú crees que se puede ser buen sacerdote, buen militar, buen padre de familia y buen gobernante sin tener Religión, crees un disparate enorme, que no cabe en ninguna cabeza sana.

Ahora bien; si tanto mayor ayuda se necesita para una obra cualquiera, cuanto la obra es más difícil, y mayores y más numerosos los peligros que hay de ejecutarla mal, tanto más necesaria tiene que ser la Religión para que los hombres ejecuten bien las obras que son propias de su sexo, mucho más difíciles y mucho más peligrosas que las de las mujeres.

Que la Religión es buena para hacer cumplir deberes a alguien, es cosa que tú no me niegas, pues me concedes que para las mujeres buena es. Y si es buena para que, enseñadas y dirigidas por ella, cumplan las mujeres con las obligaciones de su sexo, ¿qué le falta para ser tan suficiente a enseñar y dirigir a los hombres en el cumplimiento de las suyas?

Desengáñate, hijito; para los hombres, como para las mujeres, hay un Dios a quien adorar y servir, un alma inmortal que salvar, vicios que huir, virtudes que practicar, un cielo que merecer, un infierno que evitar, un juicio supremo que temer, y una muerte que sin cesar nos amenaza, que no

sabemos cuándo llegará, y para la cual hay que estar preparados. Por los hombres y por las mujeres murió en la Cruz Nuestro Señor Jesucristo, y a unos y a otras tocan sus divinos mandamientos.

La Religión es buena para todo el mundo y, sobre todo, es más necesaria que a nadie a los que dicen que a ellos no les hace falta. Los que más la necesitan son los que menos la quieren.

VI

La verdadera Religión es ser uno hombre de bien. Con esto basta y sobra.

—Sí, para que no te ahorquen, bastante es; pero para ganar el cielo, no; bastante es para contentar a los hombres acá abajo, pero no para satisfacer allá arriba a Dios tu Juez Soberano.

Ante todo, vamos a arreglar tú y yo unas cuentas: sepamos qué es lo que tú llamas *un hombre de bien.* Porque esta es una palabra de goma elástica, que, estirándola, estirándola, puede ser que te haga llamar *hombre de bien* a un bribón de siete suelas.

—¿Qué te parece ese mancebito que mientras duermen sus padres, salta por la ventana de su casa a media noche, y con el garrote en mano se va por el pueblo, como suele decirse, a picos pardos? ¿Te parece este tal *un hombre de bien?*

—"¡Vaya una pregunta!, me responderás: las calaveradas de muchacho a nadie le quitan ser un hombre de bien; yo he tenido mis mocedades, y

lo que es por esto sólo, no le toleraría yo a nadie que me negase aquel dictado." —Bueno, hijito: ¿conque, es decir, que el escaparse de su casa a deshora de la noche, contra la voluntad de sus padres y burlando la confianza con que se entregan al sueño, para ir a trastornar los cascos a la hija del vecino, o algo peor que esto, todo ello te tiene tan sin aprensión, que ni siquiera te parece ser cosa de confesar que es malo?

Sigamos. ¿Qué te parece de ese mercader que vende por cuatro reales lo que no vale más que dos? ¿Y de aquel jornalero que trabaja mucho menos cuando está a jornal que cuando trabaja a destajo? ¿Y de este otro fabricante que, aprovechándose de la ocasión, les da a sus obreros menos jornal del que puede y debe darles? Yo supongo que tú no eres un hombre de tan poca conciencia que me digas que todos éstos obran honradamente; pero anda y pregúntales a ellos si se tienen por gente honrada, y todos te responderán que se creen tan *hombre de bien* como el que más; que ellos están, como suele decirse, a su negocio, y que el ahorrar un poquito de aquí y otro poquito de allá para ganarse su vida no es motivo para poner en tela de juicio su hombría de bien.

A ese mocito descabezado que derrocha en cuatro días el caudal que le dejaron sus padres; a este otro viejo tacaño que en su vida ha dado una limosna; a aquel vecino tuyo que se pasa el día en la taberna, anda ve y pregúntales si se tienen por *hombres de bien*. El uno te dirá que *él no gas-*

ta más que lo que es suyo; el otro te responderá que *él no hace mal a nadie,* y el último se extrañará de que se pueda negar a un hombre el título de honrado porque le gusta ir a echar un vaso de vino.

Todos éstos, cuando les reconvengas. por sus vicios y su conducta, cuando les digas que un *hombre de bien* no hace lo que ellos hacen ni vive como ellos viven, todos te dirán, poco más o menos: "Que no saben por qué has tomado con ellos esa manía; que cualquiera diría, al oirte, que ellos pasaban su vida robando y matando."

Es decir, que para estos tales, en no robando y matando un hombre, no hay motivo para quitarle su fama, aunque sea un perdido, un logrero, un libertino, un derrochador. Es decir, que en no haciendo una cosa por donde pueda ir a presidio o al garrote, en no metiéndose con nadie para robarle el dinero o para darle una puñalada, haga en todo lo demás lo que quiera, no hay motivo para que Dios le cierre la puerta de la gloria. De manera que, cuando se trate de juzgar a los hombres, no es ya el corazón lo que hay que mirarles para ver los vicios o virtudes que en él abrigan, sino el pie para ver si llevan grillete. ¡Todo el que no haya estado en la cárcel por ladrón o por asesino, será bueno para el cielo!

¡Vaya una manera de discurrir! ¡Buena está la religión de estos dichosos *hombres de bien!* ¡Una religión que deja a todo el mundo hacer lo que se le antoje, con tal que no robe ni mate! Es-

ta no es religión, hijo mío, sino una barbaridad abominable.

Pero aquí te estoy oyendo decirme: "Usted me pone por ejemplo a gentes que nadie puede llamar honradas, no señor; yo llamo *hombre de bien* al que cumple con todas sus obligaciones, al que no causa mal a nadie y obra todo el bien que puede: a éste es al que yo llamo *hombre de bien,* tenga o no tenga religión."

Y yo te respondo a esto, hijito mío, que desde que el mundo es mundo, no ha habido, ni hay, ni habrá un hombre que, sin tener religión, sea tal como tú lo quieres; y que si hubiese alguno, te debería causar más asombro que un hombre que viera sin tener ojos, o un peñasco donde naciese trigo.

Ven acá y dime: ¿Conoces tú a algún hombre tan perfecto, que no tenga absolutamente ningún vicio, ninguna flaqueza, ninguna mala inclinación? ¿Crees tú que, tales como somos los hombres, puede haber alguno que no incurra alguna vez, o que no se halle expuesto a incurrir, con el acto o con el deseo, en pecado de soberbia, de ira, de envidia, de impureza, de avaricia, de pereza, o de gula? Cuando menos habrás de confesarme que el hombre más exento de estas culpas no está libre de tentaciones que le inclinen a cometerlas. Pues bien; ¿qué freno quieres tú que tenga un hombre para no entregarse a cualquiera de aquellos vicios? ¿De dónde quieres que le venga el socorro si su tentación le inclina a pecar, o el remordimiento si ya ha pecado? ¿Quién le enseñará lo que es malo, y le impedirá ejecutarlo cuando ya

lo sepa? ¿Será el temor de Dios? Lo será, sin duda, para un hombre religioso; pero estamos hablando de uno que no tenga ninguna religión. ¿Será su razón, su entendimiento de hombre? Eso fuera bueno si la propia experiencia no nos mostrase lo poco que vale la razón cuando la pasión se pone de por medio. Conque, ¿quién será? Yo no encuentro más que el temor a la justicia. Y en este caso, te digo: ¡Bendita religión la que no tiene más freno para contener a los hombres que el bastón del alcalde de barrio o la penca del verdugo! ¿Te acomoda a ti esa religión? Pues que te haga buen provecho: mejor me estoy con la mía.

Mira, hijito, la verdad es esta: los hombres no somos ángeles; con Religión y todo, el más perfecto cristiano siente en sí mismo a cada instante su flaqueza, y conoce que, sin la ayuda de Dios, caería a todas horas en pecado. Figúrate tú qué será del que no tenga Religión ninguna. Desengáñate: basta conocer los preceptos de nuestra Santa Religión; basta observar en nosotros mismos y en los demás la fortaleza y el consuelo que nos da el ser cristianos, para conocer que sólo la fe y la observancia de los preceptos cristianos pueden hacer que llenemos fiel y constantemente todos los deberes, cuyo cumplimiento es lo único que verdaderamente nos hace *hombres de bien.*

Pero todavía quiero concederte más. Supongo el imposible de que hayas encontrado a un hombre que sin tener Religión cumpla bien con las obligaciones de su estado; que sea buen padre de familia, buen marido, buen hijo, leal en sus tratos;

en una palabra, que sea todo lo que en el mundo se entiende por *un hombre de bien.* Pues bueno, aun supuesto este imposible, todavía te digo que no es bastante.

No, no es bastante; porque, aun suponiendo el imposible de que un hombre sin religión sea buen padre, buen marido, buen ciudadano, todavía le falta que cumplir la primera de sus obligaciones, la más grande, la más sagrada. Todavía le falta reconocer la Omnipotencia, la Sabiduría, la Bondad del Dios que está en los cielos, que lo ha criado, que lo guarda y mantiene en este mundo; que le ha dado un alma racional para conocerle, y ojos para ver sus obras, y corazón para amarle. Todavía le falta dar gracias a este Dios bueno por los beneficios que le ha concedido, y pedirle su auxilio soberano para no caer en faltas, y adorarle y bendecirle como El quiere ser adorado y bendecido.

Si ninguna de estas cosas hace ese a quien tú llamas *hombre de bien,* comete la más fea de todas las faltas, tiene el más vil de todos los vicios, que es la *ingratitud.* La ingratitud, sí; porque desagradecido, y nada menos, es el hombre que para nada se acuerda del Padre celestial a quien debe el ser, la vida, el entendimiento, la salud, los bienes de fortuna, todo; pues para él ha criado este mundo, para su provecho, para su comodidad, para su recreo; para él ha criado ese sol que le alumbra y esa tierra que le da el sustento, y esas flores que alegran sus ojos; para él formó esos lazos tan dulces que le proporcio-

nan el gozo de ser padre, de ser hermano, de tener amigos; por él, para salvarle y para hacerle heredero y participante de su gloria, descendió del cielo y tomó carne humana en las entrañas de una Virgen, y padeció y murió afrentado en un suplicio horroroso; para él dió su ley de amor y de paz; para él son sus bendiciones, su perdón, su misericordia...

¡Ah! ¿Y qué le da ese *hombre de bien,* qué le da, en cambio de tanto beneficio, al buen Dios, de quien no se acuerda siquiera; o lo que es mucho peor, de quien no se acuerda sino para despreciarle, para burlarse de su culto, y para escarnecer quizá a los que, más agradecidos que él, le ofrecen el tributo de una humilde adoración? ¡Desagradecido, sí, mil veces desagradecido! ¿Y es posible que nada tenga que echarse en cara? ¿Y tendrá valor para llamarse *hombre de bien?*

Hablemos claro, hijo, mío: la *hombría* esta *de bien,* que se quiere poner en lugar de la Religión, no es más que una picardía, inventada por los que tienen miedo y horror a sujetarse al dulce yugo cristiano. El Cristianismo *lo hila,* como suele decirse, *muy delgado;* y a la gente de manga ancha le ha parecido conveniente desentenderse de él, y decir que está de sobra, y que a nadie le hace falta *ninguna* el ser cristiano, con tal de que sea *hombre de bien.* Disparate tan grande como si dijéramos que a nadie le hacen falta los ojos para ver o las piernas para andar.

VII

Diga usted lo que quiera, la mejor de las religiones es hacer a nuestros semejantes todo el bien que podamos.

R.—Entendámonos, hijito. ¿Quieres decir con esto que basta y sobra hacer el bien que podamos a los demás para creernos completamente religiosos? Pues dices un desatino. ¿Quieres decir que para ser verdaderamente religiosos debemos hacer todo el bien que podamos? Entonces dices mil veces bien, y no haces sino repetir lo propio que nuestra Religión nos enseña.

Si sabes, como creo, el *Catecismo de la Doctrina Cristiana,* recordarás que después de los Mandamientos de la Ley de Dios hay un párrafo que **dice:**

"Todos estos mandamientos se encierran en dos: en servir y amar a Dios, y al prójimo como a nosotros mismos."

Es decir, que al principio mismo de la Doctrina Cristiana te encuentras ya eso que tú quieres, y te lo encuentras tan bien recalcado, que no sólo se te manda hacer a tu prójimo todo el bien que puedas, sino todo el que te harías a ti mismo cuando te hallares en su caso.

Pero fíjate bien: al propio tiempo, y aun antes de mandarte que ames y sirvas a tu prójimo como a ti mismo, se te manda que ames y sirvas a Dios, y se te enseña que en estos *dos* Mandamientos se encierran todos los demás. ***En estos dos,***

¿entiendes? Como si dijéramos, no en uno solo, sino en ambos. Es decir, que no basta amar y servir a Dios sólo, o sólo al prójimo, sino que es menester amar y servir juntamente a Dios y al prójimo.

¿Sabes lo que, bien entendido, quiere decir esto? Pues quiere decir una cosa que la razón enseña desde luego, y que, además, está probada por la experiencia; y es que el que no ama y sirve a Dios, tampoco ama ni sirve al prójimo: y que el que no ama y sirve a su prójimo, tampoco suele amar ni servir a Dios. O, para que lo entiendas mejor, todo el que tiene Religión es necesariamente benéfico, así como ninguno que sea verdaderamente benéfico puede dejar de tener verdadera Religión.

En resumen: el amor juntamente a Dios y al prójimo son tan necesarios para ser verdaderamente religiosos, como son necesarias para andar las dos piernas, como es necesario para cosechar trigo tener simiente y tierra.

Ama a Dios, y ten por seguro que amarás y servirás a tus semejantes; *ama a tu prójimo,* y ámalo tan verdaderamente, que sea *como a ti mismo,* y yo te aseguro que también amas a Dios.

Pero repara que aunque estos dos amores van inseparablemente juntos, el amor a Dios va delante del amor del prójimo; lo cual quiere decir que si el segundo es camino derecho para llegar al primero, el primero es la causa, el principio, el fundamento del segundo.

¿Me dices que hay o ha habido un solo hom-

bre que ame a Dios, es decir, que tenga Religión y que no sea benéfico? Yo te respondò con toda seguridad que es mentira; que ni hay, ni ha habido, ni puede haber semejante hombre.

¿Me dices (y este es el caso que tratamos) que hay o ha habido un hombre verdaderamente benéfico, que, sin embargo, no tenía o no tiene Religión? Mentira, y mentira, y mentira. Para convencerte, respóndeme a esta pregunta: ¿Qué entiendes tú por un hombre verdaderamente benéfico?

Yo supongo que hayas conocido a alguno (muy raro será, pero, en fin, alguno) que, sin cuidarse nada de la Religión, sea generoso con los pobres, servicial con todo el mundo, dispuesto a hacer un favor a cualquiera; todavía más, que sea capaz, en una ocasión dada, de exponer su vida por hacer un beneficio a otro. Ya ves que no puedo concederte más.

Pero dime ahora: ¿estás seguro de que este hombre benéfico servirá con el mismo amor y con la misma generosidad a un enemigo suyo que a un amigo? ¿Estás seguro de que no se retraerá de hacer sus beneficios si teme que no han de agradecérselos? ¿Estás seguro de que al hacer sus beneficios no se lleva ninguna mira humana, ni la de ganarse amigos, ni la de merecer las alabanzas del mundo? ¿Estás seguro de que no hace el bien por cálculo, para evitar algún mal que teme le suceda si no lo hace?

Y aun suponiendo que estás seguro de todo esto, ¿lo estás igualmente de que, llegado el caso, aquel hombre a quien le ves dar generosamente

a los pobres su dinero, les daría del propio modo su paciencia para aguantarlos si le insultaban? ¿Estás seguro de que entraría en la miserable y hedionda cueva de un mendigo a sufrir sus olores pestilentes, a curarle sus llagas, a darle ánimo con sus exhortaciones, a consolarle con sus palabras? Y aun suponiendo que nuestro hombre benéfico fuese capaz, en un día dado, en una ocasión determinada, de hacer todas estas cosas, ¿estás seguro de que las haría en todos tiempos y ocasiones, sin quejarse, sin cansarse, sin impacientarse nunca, y no solamente no disgustándose de ello, sino teniendo mucho gusto en sufrirlo y deseando que dure?

La beneficencia de tu hombre benéfico, ¿es tan grande que alcanza toda esta altura? Ya veo que no te atreves a decirme que sí; pero yo, en cambio, te digo redondamente que no.

Y ahora te añado que esto, que no es capaz de hacer tu hombre benéfico sin Religión, son capaces de hacerlo, y lo hacen, y lo han hecho, y lo harán perpetuamente, todos los hombres de caridad cristiana; ¿qué digo todos los hombres?, lo hacen a todas horas esas mujeres de bendición, esos ángeles de la tierra, esas Hermanas de la Caridad, corona santa de la gran beneficencia católica, esperanza del porvenir, consuelo de esta edad tan corrompida.

¿Concibes tú Hermanas de la Caridad que no tengan Religión? Pues si no fuese por amor a Dios, ¿quién les daría esa fortaleza, esa resignación, esa dulzura y esa constancia con que desempeñan sus penosísimas funciones?

No me hables, pues, de hombres verdaderamente benéficos sin Religión, porque no los hay; porque es lo mismo que si me hablaras de música que suena sin instrumentos, o de flores que brotan sin tallo.

¿Quieres saber la diferencia que hay entre la beneficencia que se ejerce sin caridad, es decir, sin Religión, y la que se ejerce con caridad, es decir, por amor del prójimo en Dios y por Dios? Pues mira por un lado cuán escasos y cuán tibios son los hombres benéficos de tu gusto, y cuán numerosos y verdaderamente admirables son la multitud de Santos que pasaron su vida entera sirviendo a los pobres: un San Juan de Dios, un San Vicente de Paúl, una Santa Isabel de Hungría, y tantos otros, o, por mejor decir, todos, pues la vida de todos se distingue principalmente por su gran caridad.

Mira ahora, por otro lado, cuán numerosas y qué bien fundadas y qué duraderas han sido tantas casas de caridad, hospitales, hospicios, escuelas, como ha fundado la Iglesia Católica; y echa después una ojeada sobre estos otros *establecimientos de Beneficencia,* fundados por lo que en nuestro tiempo se llama *Filantropía,* es decir, amor a los hombres; y a tu buena fe dejo el decidir si en ellos se socorre a los necesitados con tanta abundancia, tan a tiempo y con tanto amor como lo ha hecho la Iglesia en otros tiempos, cuando no era perseguida, y humillada, y escarnecida, y despojada, como lo ha sido por los charlatanes de la *Filantropía.*

Desengáñate: todos los discursos más pulidos, los sistemas de beneficencia mejor combinados, los esfuerzos más grandes, no conseguirán nada que haga verdadero bien a los hombres, si no se apoyan en la Religión, si no se alimentan con el jugo de la doctrina católica, si no tienen por principio y por fin el amor a Dios nuestro Señor Jesucristo.

VIII

Bueno, convengo en que la religión sea capaz de hacer todo el bien que usted dice; pero si es así, ¿por qué en lugar de estarnos hablando siempre de la otra vida, no trata algo más de ésta, y cuida de que no haya pobres?

R.—¿Y quién dice que la Religión no cuida nada de los intereses del hombre en esta vida? —Respóndeme: ¿no es la Religión la que enseña a tu mujer que sea casta y hacendosa, a tus hijos que sean sumisos a tu autoridad y agradecidos a tus beneficios de padre, a tus criados que sean obedientes y celosos por los intereses de tu hacienda y de tu honra? ¿No es la Religión la que con sus enseñanzas y avisos ataja los pasos del ladrón que va a robarte y del enemigo que quiere quitarte la vida? ¿No es la Religión la que, santificando el matrimonio de tus padres, ha hecho que tú seas hijo legítimo? ¿No es ella la que te manda mirar con amor y adoptar como hijo tuyo al desgraciado que ignora quiénes son sus padres? ¿No es ella la que manda al comer-

ciante ser honrado en sus tratos, al juez ser justo en sus sentencias, al médico ser celoso en asistirte, al abogado ser fiel defensor de tu hacienda y de tu honra? En resumen: ¿no es la Religión bastante eficaz para hacer que los hombres cumplan fielmente cada cual las obligaciones de su estado? Y el hecho solo de que cada cual cumpla sus obligaciones respectivas, ¿no es ya un medio seguro e infalible de que se conserven y aumenten los intereses de todos en esta vida?

No; la Religión no descuida nuestros intereses de aquí abajo, como que es uno de sus medios para cumplir el que de todos modos es su oficio propio y su principal objeto, a saber, mostrarnos el camino de la eterna bienaventuranza. Porque esto es lo que la Religión se propone en primer lugar: hacernos buenos, ricos, dar a nuestras almas la virtud, la paz en este mundo, y dirigirlas de manera que ganen la paz perdurable del otro. ¿No te parece bastante noble esta ocupación? ¿No te parece que es algo más importante prepararnos una habitación eterna en el cielo que proporcionarnos en la tierra las comodidades y riquezas tan codiciadas por el mundo?

Pero tú me dices que la Religión debía cuidar de que no hubiera pobres, de destruir la miseria. Y yo te respondo, en primer lugar, que nadie hace tanto como la Religión para lograr este fin, en *cuanto es posible*. ¿Quién, sino la Religión, hace que el rico busque al pobre para socorrerle, para servirle y para consolarle? ¿Quién, sino la Religión, hace que a su vez el pobre aprenda en el ejemplo de Jesucristo, no solamente a llevar con

paciencia, sino con gusto, sus trabajos y privaciones, seguro como está de que su misma resignación ha de abrirle las puertas del cielo? ¿Quién, sino la Religión, sabe encontrar recursos tan abundantes para librar de la miseria y para socorrer a los menesterosos en esa multitud de hospicios, hospitales y fundaciones caritativas de toda especie como hay en todas las naciones cristianas?

Si a pesar de toda esta solicitud no consigue la Religión extirpar enteramente la miseria, es por la sencillísima razón de que la miseria no puede ser nunca enteramente extirpada, siendo, como son, permanentes las causas que la producen.

La primera de estas causas es la desigualdad que la misma naturaleza ha puesto entre los hombres, y que hace que unos tengan más robustez, más fuerza, más talento, más salud que otros. Hoy día se habla mucho de *igualdad*, y con esta palabrota se quiere hacer creer posible lo que es imposible de suyo; y cabalmente una de las cosas imposibles es el que todos tengamos los mismos bienes de fortuna. Si tú eres más listo, más agudo, más fuerte, más activo que yo, ¿cómo he de ser yo tan a propósito como tú para ganarme la vida? Si no tengo otro modo de vivir más que mi trabajo, y mis necesidades han sido tales que no he podido hacer ningún ahorro, ¿quién evitará que yo caiga en la miseria el día que me dé una enfermedad, o cuando me ponga viejo? Tú ves que la Religión no puede impedir ninguna de estas desgracias, y, por consiguiente, tampoco puede impedir la miseria causada por ellas.

La segunda causa de la miseria es la mala conducta. ¿Cuántos no se pierden por sus vicios: éste por darse al vino, aquél al juego, el otro a gastarse su dinero alegremente en fiestas y comilonas? Si muchos de los que se quejan a Dios por sus desgracias recordaran la vida que han llevado, verían que ellos solos tienen la culpa de lo que les sucede.

Y además, y sobre todo, no hay que olvidar, hijito, que la pobreza, como las enfermedades y como todos los males que padecemos en este mundo, incluso la muerte, son consecuencia del pecado original. Todos, al nacer, traemos esta herencia que nos dejaron nuestros primeros padres; y la Religión no puede impedir que la traigamos con todas sus consecuencias. Pero, en cambio, puede hacer, y hace, que nuestros padecimientos se conviertan para nosotros en medios de salvación.

Sí; porque los ricos se salvan teniendo caridad con sus hermanos los pobres; y los pobres se salvan sufriendo con resignación los trabajos que Dios les manda y recibiendo con gratitud y humildad el socorro que les dan los ricos. Yo te aseguro que muy contado será el pobre sufrido y bueno a quien Dios no ayude.

Que los ricos sean caritativos; que los pobres sean resignados y humildes. Con que se siguieran de este modo los consejos de la Religión, verías si era o no bastante, ya que no para destruir enteramente la miseria, porque esto no es posible, al menos para disminuirla, para aliviarla y santificarla, de modo que, en vez de ser un azote, fuera una gloria del mundo.

IX

Pero ¿usted quiere que vivamos todos como ermitaños? No, señor; la vida debe pasarse alegremente, y, pues tan bueno es Dios, no puede menos de habernos criado para que seamos felices.

R.—Cierto. La dificultad consiste en el camino que se toma para buscar la felicidad; porque muchos son estos caminos, pero *uno solo* es el que nos lleva a buen puerto, ¡y desdichado el que toma otro!, pues no hallará la felicidad que busca, ni en esta vida ni, lo que es peor, en la otra.

Aquí debo repetirte una cosa que ya te he dicho antes, y es que, en estos tiempos más que nunca, abundan los medios y caminos de engañar y pervertir a los hombres. Si paras un poco la atención en ello, verás que por todos lados y a todas horas te están diciendo una porción de palabrotas, con las que se quiere embaucarte y perderte. Unos, hablándote de *libertad,* te quieren hacer creer que no vas a estar sujeto a nada ni a nadie, que vas a campar por tus respetos, sin rey que te mande ni Papa que te excomulgue, como suele decirse; otros, hablándote de *igualdad,* quieren hacerte creer que en el mundo no debe haber pobres y ricos, altos y bajos, sino que todos debemos tener el mismo dinero, el mismo poder, las mismas dignidades; otros, en fin, todavía más atrevidos y malvados que éstos, te dicen que no hay Dios, que no hay más vida que esta de por acá, que el ver-

dadero cielo y el verdadero infierno están aquí abajo; que si las cosas andan mal en este mundo, es porque todo está mal arreglado, y porque no se deja a cada cual que viva como le dé la real gana.

Añádente estos tales que la vida se ha hecho para gozarla, cada cual según lo tenga por conveniente, sin pensar más que en regalar este pícaro cuerpo, dándole todo lo que pida, y no calentándose los cascos en cavilar y apurarse por lo que será de nosotros después de morir, pues que todo lo que nos cuentan del alma, y del juicio final, y de la gloria, y del demonio, son paparruchas inventadas por los curas para tratarnos como a burros.

Dicen, por último, estos predicadores de blasfemias, que la manera de componer este asunto es echar abajo toda clase de gobiernos, mandar a paseo a todos los curas, repartir buenamente los bienes de todo el mundo entre todos, quitar los tribunales, acabar con todo género de autoridades; en una palabra, trastornar todo lo que hoy está en pie, sin dejar títere con cabeza.

De los que tales barbaridades enseñan, unos se llaman *socialistas*, otros *comunistas*, etc., etc. Ya habrás oído alguna vez hablar de ellos y de otros muchos de la misma calaña. A mí no me importa decirte cómo se llaman: lo que quiero es que sepas lo que todos ellos se proponen, lo que piensan y lo que dicen, para que, conociendo bien sus intenciones y sus máximas, puedas hacer de ellos y de sus palabras el caso que se merecen.

Lo que todos se proponen es acabar con el

Catolicismo, seguros como están de que la Religión cristiana será eternamente un obstáculo invencible para que triunfen sus horribles doctrinas.

El medio de que todos usan para lograr este fin abominable es decir a todas horas y en todas partes, pero principalmente en los escritos que imprimen, que no hay que pensar más que en esta vida para gozar en ella todo lo que se pueda; que todo lo que no sea comer bien, beber mucho y bueno, divertirse anchamente y no privarse de gusto ni capricho ninguno, es una pura tontería; que esto es menester que lo pueda hacer todo el mundo, y que el modo de conseguirlo es que todos manden, que todos trabajen de igual manera, aunque siempre lo menos posible, y que todos tengan por igual los dineros y los honores.

De modo que para estos señores, hijito, la felicidad consiste en vivir como las bestias, sin ley de Dios; en teniendo el cuerpo contento, sea del alma lo que se quiera, todo va bien. No niegan ellos que nos diferenciamos de las bestias por el entendimiento, sino que dicen que este entendimiento no debemos emplearlo en otra cosa más que en proporcionarnos comodidades y goces; y aseguran que, a fuerza de discurrir y de inventar, hemos los hombres de llegar a vivir tan ricamente, tan sin penas ni trabajos que consigamos convertir este valle de lágrimas en otro paraíso terrenal.

Dejemos a un lado lo que semejantes propósitos tienen de brutal y de asqueroso, y veamos lo que tienen de posible: veamos si, tales como somos

los hombres, puede llegar a lograrse ese paraíso que nos prometen.

En primer lugar, ¿serán tan hábiles y tan duchos que impidan que el frío nos hiele en enero y el calor nos tueste en agosto? ¿Se compondrán de manera que nuestras madres nos paran sin dolor, y que después de nacidos no tengan que pasarse las noches en vela para criarnos? ¿Conseguirán que, a pesar de que comamos y bebamos y nos regalemos como se nos antoje, no tengamos nunca ni una mala indigestión ni un tabardillo? ¿Pondrán compuertas al aire para que no nos traiga el cólera morbo o la fiebre amarilla? ¿Pondrán tan en orden todos nuestros movimientos, que nunca ya podamos rompernos una pierna al bajar la escalera?

Pero supongamos que su talento es tan grande que consiguen librarnos de toda molestia y de todo peligro para nuestro cuerpo. Ello al cabo, no podrán impedir que cada cual tengamos nuestro genio, nuestras costumbres, nuestras aficiones. ¿Cómo se arreglarán para unir las voluntades de todos, de manera que sea imposible toda disputa, todo pleito, toda riña entre hombres? ¿Cómo estorbarán que uno se ofenda por palabras que otro le dice; que éste envidie el talento o la robustez o la hermosura de aquel otro? ¿Cómo harán, en fin, que vivamos todos tan contentos y satisfechos los unos de los otros, que ni la vanidad de éste nos humille, ni las impertinencias de aquél nos molesten, ni nos amedrente la ira de esotro, ni la torpeza del de más allá nos quite la paciencia?

Y aun concediendo que todo esto lograran, todavía no habían hecho nada si no lograban hacernos inmortales. Y si no nos hacen inmortales, ellos no pueden impedir que nos pongamos viejos, y que, por consiguiente, perdamos la fuerza, la robustez y la hermosura que nos hacían felices cuando jóvenes; como tampoco pueden impedir la pena que ha de causarnos el pensar en la muerte; y aun cuando pudieran impedir esta pena, no impedirían la que nos causase la muerte de nuestros padres, de nuestros hijos, de cualquiera persona querida.

En resumen, hijo mío: ¿Estamos o no estamos los hombres, por nuestra misma naturaleza, expuestos a las enfermedades del cuerpo y a las aflicciones del espíritu? ¿Estamos o no condenados a ganar el pan con el sudor de nuestra frente? ¿Es o no posible libertarnos enteramente de todas las miserias grandes y chicas que, todos sin excepción, ricos y pobres, humildes y poderosos, sufrimos desde el nacer? Por último: ¿podemos o no evitar la muerte que a todas horas nos amenaza?

Y si nada de eso podemos, ¿cómo es tan grande la ceguedad o la desvergüenza de esos que nos vienen prometiendo la felicidad en este mundo?

Siendo, como es, por sí mismo imposible de lograrse lo que estos desdichados nos prometen, te dejo ahora considerar qué tales serán los medios y caminos por donde quieren que lo logremos. Quieren que echemos abajo toda clase de gobierno y de autoridad. Pero, cuando vemos que en toda cosa para la que se necesitan más de tres per-

sonas es indispensable una que mande y dirija, ¿cómo quieren que no haya quien gobierne a todo un pueblo, a toda una nación? Cuando vemos que para la cosa más insignificante cada cual tiene su gusto y quiere hacer que triunfe su opinión, ¿cómo pretenden esos insensatos que todos mandemos por igual? Cuando vemos que, aun entre los hijos de un mismo padre, criados del mismo modo, y habiendo heredado todos una misma riqueza, al cabo de pocos años los unos se han hecho mucho más ricos, mientras los otros están pidiendo limosna, ¿cómo quieren esos predicadores de *igualdad* que todos seamos iguales en calidad y dinero? Cuando vemos, por último, que, aun a pesar del freno saludable de nuestra santa Religión, hay en el mundo tanta maldad y tanta injusticia, ¿cómo quieren esos hombres que vivamos sin ninguna Religión?

¡Ah!, creedme: se engañan a sí propios, o quieren engañarte a ti, hijito mío, los que te dicen que es posible encontrar aquí abajo la *felicidad perfecta*. No; lo único que es posible aquí abajo es hacer más llevaderas nuestras miserias humanas, sufriéndolas con resignación, ayudándonos y socorriéndonos unos a otros, tolerándonos con amor nuestras flaquezas respectivas. De esta manera podremos seguramente hallar toda la felicidad *que es posible* en la tierra; pero *felicidad perfecta,* la que nunca se acaba, ni se disminuye, ni se suspende, no está más que en donde la Religión nos la enseña: en el cielo.

La Religión, que nos explica la causa de nues-

tras miserias y flaquezas, es la que nos da recursos eficaces para aminorarlas, dándonos fuerza para sufrirlas con resignación y hasta para convertirlas en méritos que nos abran el único verdadero, el único posible ya de los paraísos, donde encontraremos la eterna paz y la eterna bienaventuranza.

El Catolicismo considera al hombre tal como es, le habla lo que le conviene, le da lo que necesita, le alienta cuando sufre, le consuela cuando padece; no le miente nunca, no le promete nunca bienes que el hombre no puede gozar en la tierra; mientras que le asegura en el cielo goces tan puros, tan inmensos, que el entendimiento humano no los puede comprender.

Y no porque el Catolicismo atienda principalmente a dirigir y purificar el alma del hombre creas que se olvida de su cuerpo, no. Ya antes de ahora te he dicho que la Religión no descuida los intereses del hombre en la tierra, si bien los considera siempre en segundo lugar. Ella le conserva, haciéndole ser casto y frugal; ella le da una imagen de los resplandores celestiales en el culto que le manda tributar a Dios en sus templos y en sus altares. Ella le da, sobre todo, una especie de posesión anticipada de la gloria eterna, comunicándole la gracia por los Sacramentos que los santifican, y especialmente por la unión al sacratísimo cuerpo de Jesucristo en el misterio inefable de la Eucaristía.

La Religión recoge al hombre en la cuna para lavarle la mancha del pecado; ella le enseña a dar

sus primeros pasos en la vida; ella legitima y santifica sus derechos de esposo y de padre; ella le fortifica en su última hora, y no le abandona hasta dejarle en el sepulcro. Y ni aun entonces le abandona, porque, recordándole eternamente, está sin cesar pidiendo a Dios que abrevie las horas de su expiación en el Purgatorio y le lleve a gozar las delicias de la celestial morada.

Este es el Catolicismo, la única Religión que sabe cuál es la felicidad y dónde se encuentra; la única que la promete, y la única que la da; en la tierra la da en cuanto es posible, y en el cielo sin término ni medida.

El cristiano sabe, por su fe preciosa, toda la verdad que encierran las promesas de su Religión; y, fiado en ellas, por su misma confianza, es ya feliz en este mundo; pues si bien nunca está exento de las miserias y flaquezas de la vida humana, sabe que éstas han de acabar y convertirse en eterna gloria para su cuerpo resucitado y para su alma purificada.

Dime por tu vida, hijito, si esos locos o malvados que te engañan con esas vanas promesas de felicidad perfecta en este mundo tienen ni los títulos que tiene la Religión para prometerte, ni su eficacia para consolarte, ni pruebas tales como ella posee para obligarnos a que creamos en su palabra divina. ¿Qué vienen, en resumen, a decirte esos desdichados? *Que todavía no ha llegado su tiempo; pero que ya llegará,* cuando hayan logrado cambiar el mundo; que ya se verá, cuando ellos puedan poner en planta sus sistemas, cómo cum-

plen lo prometido. Siempre dejándolo todo para *mañana,* y sin llegar nunca este mañana, parécenme sus promesas como esas muestras que habrás visto en las puertas de algunas tabernas y bodegones que dice: *Hoy no se fía aquí, mañana sí.* Siempre es *hoy* cuando no se fía, y nunca viene el mañana en que se fía.

Ellos quieren gozar sin trabajar, quieren que se les pague un jornal que no han ganado, mientras que nuestra Religión no quiere que cobremos la paga sino después de haber rematado la tarea. Los bribones y holgazanes se irán con ellos; los hombres verdaderamente honrados y laboriosos se pondrán de parte de nuestra santa Religión. Así, al menos, confío que sucederá en nuestra España, hijito mío: por fortuna, entre nosotros, todavía los mensajeros del mal no han tenido tiempo para causar el estrago que en otras naciones, y la divina misericordia no querrá consentir que nuestro honrado y cristiano pueblo dé oídos a esas palabras de perdición.

No, Dios mío, no; los españoles, criados a los pechos de tu Religión santa, que hemos derramado tanta sangre de nuestras venas para honrarla y defenderla y propagarla, nosotros no olvidaremos nunca las grandes enseñanzas que tu divino Hijo Jesús nos dejó acerca de la felicidad.

"*Bienaventurados* —dijo— *los pobres de espíritu,* los que en nada tienen los bienes perecederos de este mundo, *porque de ellos es el reino de los cielos.*

"*Bienaventurados los mansos,* los humildes y pacíficos, *porque ellos poseerán la tierra.*

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios."

Oye perpetuamente estas palabras, hijo mío, procura comprender todo el bien que en ellas se encierra; y si ajustas a ellas tus pensamientos, tus conversaciones y tus obras, ten por seguro que hallarás la felicidad que es posible tener en esta vida, y la que es perfecta y eterna en la otra. Cuenta, hijo mío, que ambas las perderás si te dejas engañar o corromper por esos enemigos de quienes acabo de hablarte.

X

Dice usted que los comunistas son malos, y yo veo que los Apóstoles y los primitivos cristianos eran lo mismo que ellos: eran pobres, y todo lo suyo era para todos, y por añadidura, andaban siempre perseguidos y baqueteados, cabalmente lo propio que los comunistas.

R.—*O lo propio que los malhechores,* y con esto te digo el pie de que cojea tu comparación, la cual sería buena si efectivamente fuese bastante para llamarse y ser cristianos el andar perseguidos y el tener los bienes en común. Pero todo esto les sucede a los ladrones en cuadrilla, así como también viven pobres los vagos holgazanes, y no por eso se te ocurrirá decir de ellos que hacen vida cristiana.

La vida cristiana no consiste en el mero hecho de ser pobres, sino en tener en nada los bienes de este mundo; ni consiste tampoco en el hecho material de vivir en comunidad, sino en estar unidos a sus hermanos con el lazo misterioso de la caridad, que hace uno solo de todos los corazones.

Y esto justamente sucedía a los primeros cristianos, que eran ángeles en figura de hombres; que estaban muertos para el mundo y para sí mismos, sin otra vida que el amor a Jesucristo, ni otro deseo más que el de ser herederos de su gloria.

¿Tendrás ahora valor de comparar a estos santos penitentes con esos malvados que a todas horas y en todas partes te están predicando blasfemias?

¿Cómo quieres igualar aquellos hombres que no pensaban más que en la eternidad con estos otros que ni piensan, ni hablan, ni desean, ni buscan más que vivir para regalar su cuerpo como las bestias?

Sí; verdad es que los Apóstoles y los primitivos cristianos eran perseguidos, aprisionados y matados en suplicios afrentosos; pero no por esto sólo se llamaban y eran discípulos y siervos de Jesucristo, sino por sus grandes virtudes, que eran la causa de que se les persiguiese, mientras que a los comunistas se les persigue por sus blasfemias y sus delitos. Aquéllos se proponían santificar al mundo, mientras que éstos no tratan sino de incendiarlo. Las armas de los primeros eran la oración, y caminaban al suplicio perdonando a sus verdugos, mientras que los segundos están siempre armados de puñales y fusiles, y no alimentan en su corazón más que envidias, rencores, odios y venganzas.

En cuanto a la comunidad de bienes, efectivamente, los primitivos cristianos la tenían, como en cierto modo continúan teniéndola siempre los que son verdaderos hijos de Jesucristo, pues que todos entre sí se miran como *hermanos,* y unos a otros se ayudan y socorren en sus necesidades, siendo para todos la pobreza una cosa santa. *Por el amor de Dios* te pide la limosna el pobre a quien te encuentras en la calle; y tú se la das, cuando puedes, porque lo consideras como hermano tuyo, y porque sabes que nada es más acepto a los ojos de Dios que socorrer a los menesterosos, ni nada más castigado por la Justicia divina que el faltar a la caridad. Cuando no tienes que dar al pobre, le dices que *perdone por el amor de Dios.*

¿Qué tiene que ver esta comunidad de bienes con la que quieren los comunistas? Ellos no te piden lo tuyo con humildad y por el amor de Dios, sino que quieren sacártelo por fuerza, con soberbia, echándose el fusil a la cara, y negándote el derecho que tienes, y que Dios mismo te ha dado, de disponer libremente de lo que es tuyo.

No vuelvas, pues, en tu vida, hijo mío, a compararme a ningún cristiano con estos desalmados, de los cuales muchos han dado en la gracia de decir que ellos no predican más que la doctrina de Jesucristo; y luego, cuando la autoridad les echa el guante para castigar sus maldades, tienen la desvergüenza de llamarse *mártires* y de decir que también ellos pasan *su calvario.* Efectivamente, en el Calvario están, pero como estaba el mal ladrón, no como el Divino Hijo de María Santísima.

XI

Diga usted, si la religión es cosa tan buena, ¿cómo hay algunos sabios y hombres de talento que no creen en ella?

R.—Porque para creer en la Religión no son bastantes todos los talentos y todas las sabidurías del mundo, sino que se necesita, además, haber recibido de Dios la humildad de espíritu y la rectitud de corazón indispensables para tener fe.

Y cabalmente esta humildad de espíritu y esta rectitud de corazón suelen ser lo primerito que falta a los pocos sabios que hay sin Religión. De ellos hay unos que, enteramente entregados a su pasión de saber, no solamente ignoran la Religión, sino que ni siquiera piensan en que tal Religión existe, y mientras se pasan toda su vida mirando las estrellas, examinando las hierbas de los campos o inventando máquinas, no dedican un rato siquiera a pensar que tienen un alma, ni se acuerdan para nada del Dios Bueno y Omnipotente que ha criado aquellas estrellas, que hace crecer aquellas hierbas en los campos y que les dió el entendimiento que les sirve para inventar aquellas máquinas. Esta clase de sabios, embebidos en sus estudios, se avergonzarían, si cayeran en la cuenta, al ver que de las cosas más importantes a un hombre saben menos que un niño de la escuela que aprenda bien el Catecismo. Así es que cuando alguna vez por casualidad hablan de Religión, dicen disparates tan gordos como diría un patán hablando de medicina.

Otros hay, ya en mayor número, que no son tan ignorantes en punto a Religión, pero que, rebosando de orgullo, quieren tratar a Dios de igual a igual, y tienen a menos creer los misterios de nuestra fe, porque *no los entienden.* Ellos dicen que no quieren admitir lo que su razón no puede penetrar: como si la razón del hombre penetrase siempre todo lo que admite por verdadero, como si no creyéramos todos, y no creyeran ellos mismos muchas y muchas cosas que ni entienden ni podrán nunca entender. Y si no, que digan cómo sucede que, de una cosa tan pequeña como es una bellota, sale un árbol tan grande como es una encina: que digan *cómo* la clara y la yema de un huevo llegan a convertirse en la carne, los huesos y las plumas del ave que sale de él después de empollado. Ellos no pueden menos de creer, y lo creen, que de la bellota se forme la encina, y del huevo el ave; pero en cuanto a entender *cómo* esto sucede, no lo entienden.

Pues del propio modo, aunque no entienden los misterios de la Religión, debía bastarles ver las grandes verdades que en ellos se encierran y los grandes bienes que se producen en el mundo, para creerlos sin más averiguación. Pero no, señor; les parece más bonito desmentir al mismo Dios que se los ha enseñado, y, rebeldes contra Jesucristo, no ven que su mismo orgullo les quita el entendimiento en este mundo, y los priva de la eterna luz del otro.

Estos tales son los que dicen que la Religión es cosa buena allá para la gentecilla de poco más o

menos; pero que para ellos, sabios profundos y hombres de gran caletre, está demás el emplearse en esas niñerías... ¡Niñerías le llaman a saber si hay un Dios Todopoderoso, si tenemos un alma inmortal, que le ha de dar cuenta de lo que hemos pensado, hablado y obrado en esta vida! ¡Si hemos de ser premiados por nuestras buenas obras y castigados por las malas! ¡Si el hijo de Dios derramó su sangre por redimirnos y salvarnos! ¡Si su gracia soberana nos ayuda con amor a sobrellevar las miserias de esta vida y a ganar el cielo prometido!... A esto le llaman niñerías esos que a sí mismos se llaman sabios. ¿Qué te parece a ti de esta sabiduría?

¿Sabes lo que casi siempre pasa con estos tales sabios, y en lo que consiste su orgullo presuntuoso y necio? Pues es en que, por lo general, tienen vicios y hacen cosas que la Religión condena y castiga, y ellos no quieren confesar esta Religión que reforma sus malas inclinaciones, que los acusa por sus vicios y que los amenaza con penas sin término. Esta es la verdad, hijito, y atente a la experiencia: verás como yo no te engaño.

Ahora ya comprenderás por qué hay algunos hombres de saber y de talento que viven sin religión. Pero estos tales son muchos menos de los que quizá hayas oído decir; y, sobre todo, son casi insignificantes, si los comparas con los muchísimos y eminentes sabios que en todos tiempos han defendido y enseñado y practicado nuestra santa Religión. Vuelve a leer lo que en nuestra primera conversación te dejo dicho, y los nombres que allí

te cito de personas ilustradísimas y santas que han confesado a Jesucristo. Aquéllas son, hijo mío, una parte muy pequeña de todas las que pudiera citarte, y todavía serían necesarios muchos miles de libros como éste para escribir en ellos todos los nombres de las personas, ilustres por sus grandes talentos, por su profundísimo saber y sus ejemplarísimas virtudes, que vienen a reducir casi a nada el insignificante número de esos sabios y hombres de talento que dices tú sin religión.

Pero todavía te diré una verdad que rebaja aún más este número, y es que, de esos mismos que la echan de irreligiosos, cuando les viene encima una desgracia, y, más aún, cuando ven cerca la muerte, inclinan su cabeza y piden con ansia los auxilios de la misma Religión contra la cual han blasfemado tanto.

Difícil es que no hayas oído hablar del francés *Voltaire* (en castellano se pronuncia Volter). Este fué un hombre de gran talento y de saber no escaso, que se hizo muy famoso en el siglo pasado por sus burlas y blasfemias contra la Religión cristiana: todo lo que sabía, todo su talento, toda su vida la consagró a escandalizar y escarnecer a los cristianos, que no parecía sino que el mismo demonio obraba en su persona.

Pues bien; este hombre, tan célebre por su odio y su desprecio de la Religión, habiendo caído enfermo en París, y creyendo llegada su última hora, pidió de prisa y corriendo a un sacerdote que lo confesase. Pasóle aquel ataque, y, juntamente con el temor a la muerte, olvidóse del Dios a quien ha-

bía invocado. Pero el ataque le repitió al mes, y vuelta nuestro hombre a pedir los auxilios de la Religión: sólo que ya esta vez los amigotes que le rodeaban y que habían celebrado grandemente sus impiedades, se compusieron de modo que no dejaron penetrar en la alcoba del enfermo al sacerdote. ¡Ya se ve! Para aquellos señores que habían encomiado tanto las bufonerías blasfemas de su maestro, y que, en la ocasión más crítica de probar su desprecio de la Religión, le veían reclamar sus auxilios, era asunto de vanidad y grande interés el que no se dijera de ellos que habían estado toda su vida aplaudiendo infamias de que se retractaba el mismo que se las había hecho aplaudir. Por eso impidieron la entrada del sacerdote, y lograron que el desdichado enfermo muriese maldiciendo de ellos y en una desesperación espantosa.

Te advierto que todo esto se sabe por el testimonio del mismo sacerdote que fué llamado, y por el médico que asistió al famoso impío hasta su último instante.

Pues oye ahora otros pormenores relativos a una persona, cuyo nombre te es muy conocido, porque ha sido enemigo de tu patria. Te hablo de Napoleón, de aquel que pretendió dominar a todo el mundo entero. Este fué uno de los que, cegados por su ambición, obran muchas veces poco conforme a los preceptos cristianos; pero jamás dejó de conservar en el fondo de su alma la fe de sus padres y el mayor respeto a la Religión. "Yo soy, decía, católico, apostólico, romano; mi hi-

jo lo es también, y tendría un pesar muy grande en que no pudiera serlo también mi nieto. De todos los bienes, añadía, que yo he hecho a Francia, el mayor es haber restablecido en ella la Religión católica. Sin la Religión, ¿qué sería de los hombres? Se harían pedazos unos a otros por llevarse cada cual la mujer más hermosa y por comerse la pera más gorda."

Dios quiso un día humillar la arrogancia de este conquistador ambicioso, y haciéndole perder en sola una batalla el poder y el trono, permitió que sus enemigos le encerraran en la isla de Santa Elena. Allí fué donde más pensó en la Religión católica que había mamado; y con su inmenso talento comprendió y confesó que era la única verdadera y santa. Frecuentemente hablaba de ella con el sacerdote a quien había llamado para que le dispensara en aquel destierro sus auxilios espirituales; oía misa diaria en su capilla, y tenía sumo cuidado en encargar a su cocinero que no le sirviese carnes en los días de vigilia. Las personas que le acompañaban estaban maravilladas del fervor y grandeza con que proponía y explicaba las verdades fundamentales del Catolicismo.

Cuando le anunciaron que su muerte estaba cerca, despidió a sus médicos; y habiendo mandado llamar a su capellán, el presbítero Vignali, le dijo estas solemnes palabras: "Padre capellán, yo creo en Dios, y quiero, a la hora de mi muerte, recibir los auxilios de la santa Religión en que he nacido." Efectivamente, el Emperador se confesó, y cuando después hubo recibido el Viático y la

Extremaunción, dijo al general Montholon, que era uno de los que le acompañaban en la isla: "No puede usted figurarse, general, qué gozo tan grande me causa haber cumplido mis obligaciones de cristiano: cuando le llegue a usted su última hora, quiera Dios concederle tanta dicha como a mí... Cuando estaba yo en el trono, había descuidado bastante este negocio, porque las glorias del mundo me tenían embebido. Pero, con todo, jamás he renegado de mi fe: cada vez que oía una campana o veía un sacerdote, sentía dentro de mí un gozo inexplicable. He cometido la cobardía de ocultar a todo el mundo estos sentimientos, como si hubiera sido una deshonra; pero ahora me acuso públicamente de esta flaqueza, y quiero alabar a Dios y pedirle misericordia."

Dicho esto, mandó que en el cuarto inmediato a su alcoba le pusieran un altar con el Santísimo Sacramento, donde se celebraron las Cuarenta Horas; y mientras se celebraban dió el último aliento.

Así murió Napoleón, el que juzgaba estrecha la tierra para su ambición y orgullo; el capitán más ilustre que ha tenido la Francia, y uno de los hombres más eminentes por su valor y talento que ha tenido el mundo.

Y con estos ejemplos y tantos otros como pudieran añadírseles, ¿qué valor tienen, dime, las necias o interesadas muestras de otro hombre notable por su talento o su ciencia?

Créeme, hijo mío: no es verdadero sabio ni tiene verdadero talento el hombre que vive sin Religión; cuando oigas a alguno hablar contra ella,

ten por cierto que, o no la conoce, o tiene interés en desacreditarla para dar rienda suelta a las pasiones y vicios.

XII

Los curas no hacen más que ejercer un oficio como otro cualquiera, y ellos mismos saben que no es verdad lo que predican.

R.—Y, ¿qué datos tienes tú para hacerles semejante insulto? ¿En qué puedes fundarte para acusar nada menos que de embaucadores a los sacerdotes de Jesucristo? ¿Estás tú dentro de ellos para saber lo que piensan?

¿Te parecería racional y justo decir de los médicos que cuando asisten a sus enfermos no creen en los remedios que les dan, o de los jueces que no creen en la justicia de las sentencias que pronuncian? Pues lo que no te atreverías a suponer de los médicos o de los jueces, ¿por qué lo supones de los ministros de Dios? ¿Qué pruebas tienes? Porque a ti toca probarlo, pues que los acusas.

¿Me citarás como prueba los sacerdotes indignos que puedas haber conocido? Esto valdría tanto como si del mero hecho de haber tú visto uno o dos o tres franceses cojos, sacaras por consecuencia que todos los franceses son cojos.

La verdad es que no hay regla que no tenga su excepción, y que precisamente la excepción es lo que prueba la regla. Quiero decirte con esto que el hecho mismo de haber algunos sacerdotes indignos, es la mejor prueba de que la mayoría son dig-

nos y respetables. Y de esto das testimonio tú mismo cuando te choca y escandaliza tanto el ver a un mal sacerdote. La misma extrañeza que éste te causa prueba en ti mismo que los malos sacerdotes, por fortuna, son pocos.

Las manchas de tinta no resaltan sino en lo blanco, cuando caen sobre ropa negra, ni siquiera se conocen. De la misma manera sucede que un mal sacerdote no choca y escandaliza tanto, sino porque pertenece a una clase generalmente intachable por sus costumbres.

Sin duda es un mal grande y una cosa funestísima el ejemplo de un sacerdote indigno; pero un hombre prudente no se asombrará por esto, si tiene, como debe tener, en cuenta que los sacerdotes son muchos, que son hombres, y, como tales, expuestos a errores y flaquezas. Entre los Apóstoles mismos, primeros Obispos de la Iglesia y modelos de santidad para los cristianos, hubo un Judas, traidor a su Divino Maestro. Pero así como los demás Apóstoles le expulsaron de su comunión y no fueron responsables de su negro crimen, del propio modo la Iglesia condena, con mucha más energía y mucho más horror todavía del que a ti te causa, a los sacerdotes que faltan a sus deberes sublimes, procurando, es verdad, llamarlos antes a buen camino con las amonestaciones y perdonándolos si vuelven, porque la Iglesia es siempre misericordiosa con todos los arrepentidos; pero si no se enmiendan, si perseveran en sus extravíos, los arroja de su seno y los condena y castiga.

¡Embaucadores los sacerdotes! Y ¿qué interés había de moverles para serlo? Porque se concibe fácilmente que tengan interés en engañarnos los que quieren medrar a costa nuestra; pero los pobres sacerdotes, que en su mayor parte apenas tienen lo necesario a su sustento, cuyos gastos son tan limitados, y cuyos recursos, escasos y todo como son, reparten con los pobres de Jesucristo, ¿qué interés habían de tener, dime, en engañarte predicándote lo que ellos mismos no creyeran?

¡Y por cierto que su ministerio es a propósito para medrar en el mundo! ¡Si su ocupación fuera adular tus pasiones, favorecer tus vicios, presentarte, en fin, la vida, como suele decirse, vestida de oro y azul! Pero, lejos de esto, su tarea continua es ir a buscarte en medio mismo de tus placeres para recordarte tus obligaciones, para hablarte de la muerte, para aconsejarte que no te olvides de los pobres, para reprenderte severamente tus faltas, para poner freno a tus extravíos. ¿Te parece que es este el mejor camino para quien quiera medrar a costa ejena? Pues, ¿no sería más cómodo, más lucrativo y menos peligroso para ellos hacer la vista gorda y dejar a cada cual vivir a sus anchas, sin decir "esta boca es mía"?

No, no; los sacerdotes no son lo que los impíos quisieran que fuesen, y cabalmente porque no lo son les tienen la mala voluntad que les tienen, como que ven en ellos a los representantes del Dios santo que condena a los malvados, a los ministros del buen Jesús, que ha de juzgar y castigar sus delitos y blasfemias. Los impíos tienen

al sacerdote la misma aversión que tienen al juez los ladrones; impíos y ladrones, no pueden mirar con buenos ojos a los ministros de la ley que los acusa y condena; la ley, más bien que a sus ministros, es lo que unos y otros detestan con toda su alma.

XIII

¿Para qué sirven los sacerdotes? ¿Son, por ventura, otra cosa más que una turba de holgazanes?

R.—¿Que para qué sirven los sacerdotes? ¡Ahí es nada! Para salvar tu alma, para enseñarte todos los misterios de tu vida, para repetir perpetuamente en el mundo la palabra de Dios, para sostener tu espíritu cuando vacila, para regenerarlo cuando se corrompe, para mostrarte tus deberes y ayudarte a cumplirlos, para consolarte en tus aflicciones. En resumen: el sacerdote sirve para todo lo que sirve la Religión, pues que él es su ministro, así como el juez sirve para todo lo que sirven las leyes, pues que él es el encargado de aplicarlas.

El sacerdote, apenas eres nacido, y ya te toma de los brazos de tu madre para hacerte cristiano con el sagrado bautismo. Aún no sabes pronunciar bien las palabras, y ya te busca para iluminar tu entendimiento con la doctrina cristiana. El es la primera persona a quien confías los secretos más íntimos de tu alma en tu primera confesión, y el que, dándote en tu primera Comunión la Sagrada Eucaristía, te hace participar

del cuerpo mismo y de la misma sangre de Nuestro Señor Jesucristo. El es el que bendice y santifica tu unión con la mujer que ha de ser madre de tus hijos. El es el que te encuentras a la cabecera de tu cama en la hora de tu muerte, cuando ya todos te han abandonado, y te da fuerza y valor para morir y te prepara a comparecer dignamente en presencia de tu Juez Eterno. El recoge tu cadáver para darle honrada sepultura, y pide a Dios incesantemente la paz eterna de tu alma.

Los pobres saben que el sacerdote es el único que jamás puede abandonarlos. El enseña la resignación al desvalido y la caridad al poderoso. El enfrena la tiranía de los que mandan y la rebeldía de los que obedecen. El acude adondequiera que hay guerra para poner paz. El no teme peligro ni mal alguno cuando se trata de servir y de glorificar a Dios.

Míralo en medio de las calamidades públicas, cuando el hambre, la peste o la guerra afligen a las naciones, con qué alegría se quita el pan de la boca para dárselo al que no ha comido; con qué valor se abraza a un moribundo atacado de un mal contagioso, sin pensar que puede también perder la vida; con qué arrojo se lanza con la cruz en la mano en medio de los combatientes. Acuérdate de aquel santo Arzobispo de París que el año 1848 murió en medio de los amotinados adonde habia ido para poner paz. Acuérdate de nuestro virtuosísimo Arzobispo de Santiago, cuando las ocurrencias de Galicia en 1846. Mira, en fin, a tan-

to prelado y simple clérigo, cuyos nombres no te cito por no ofender su modestia, cómo en estos últimos meses, y aun en los momentos en que se escribe este libro, están siendo consuelo y la maravilla de España por su ardiente caridad y su valor heroico, en medio del cólera morbo que está castigando a nuestros pueblos.

Y mira, por último, a tanto y tanto ministro del Señor como está marchando a peligrosas misiones en todos los puntos de la tierra, y en las cuales suelen encontrar la muerte a manos de idólatras que los despedazan, o por la inclemencia de los climas o por el furor de las tempestades.

¿Que para qué sirven los sacerdotes? Para redimir al mundo, para difundir en todas partes la ciencia y la virtud, para dar ejemplos de heroísmo y santidad en la paciencia con que llevan y perdonan los insultos de los impíos, las persecuciones de los malvados y de los necios, las prisiones, la miseria.

Verdaderos discípulos de Jesucristo, destinados para continuar la obra redentora de su Divino Maestro, no han dejado nunca de imitarle, perdonando a los mismos que los ofenden, pidiendo a Dios por los mismos que los escarnecen y crucifican; confesando, en fin, y predicando perpetuamente, a pesar de todas las amenazas, de todos los riesgos y de todos los suplicios, la doctrina salvadora del que murió en la Cruz por los hombres.

¡Y esto sin aguardar premio alguno en esta vida, con la seguridad de que han de ser continua-

mente perseguidos y humillados por los mismos que les debieran mayor protección y amor más profundo!

¡Estos son los hombres que tú dices que no sirven para nada, y que no son más que una turba de holgazanes! ¿Qué sería ya del mundo sin ellos? ¿Qué va siendo de nuestra España, cuando ellos han empezado a ser cosidos a puñaladas en medio de las plazas y al pie de los altares, arrancados de sus iglesias, calumniados por charlatanes ignorantes o perversos?

¡Desgraciados, desgraciados los pueblos que no conocen lo que deben al sacerdocio cristiano! ¡Los que quieren perturbarlo todo en el libre ejercicio de su santo ministerio! ¡Los que desoyen sus avisos y amonestaciones! ¡Los que los consideran como enemigos del bien público!

Jesucristo dijo a sus sacerdotes: *El que os oye, me oye; el que os desprecia, me desprecia.* ¡Desgraciados los pueblos que desoyen y desprecian a sus sacerdotes! El que no quiere a los ministros de la Religión, no quiere la Religión misma; y ¡desgraciados los pueblos que viven sin Religión!

No; España no será, no puede ser ingrata con los sacerdotes, a quienes ha debido el ser nación poderosa y grande, de quienes ha recibido todas las glorias que cuenta en sus anales, todos los monumentos que la enaltecen, todas las leyes más venerables que la gobiernan, y toda la fe y el valor sublime con que siempre ha triunfado de todos sus enemigos.

¡Pidamos a Dios, hijo mío, que no nos niegue

sacerdotes dignos de su alto ministerio, y que aparte de ellos los peligros y amarguras por que los vemos estar pasando! Pidamos a Dios de todas veras, como cristianos que somos, que alumbre el entendimiento y purifique el corazón de los que, arrastrados hoy por ciegas preocupaciones o por viciosos instintos, parecen haber declarado una guerra a muerte a los ministros del Señor. No pidamos, no, venganzas de estos desgraciados en este mundo ni en el otro; pidamos misericordia, que bien la necesitan.

XIV

¿Cómo pueden ser ministros de Dios los malos sacerdotes?

R.—Porque, malos y todo, no dejan de ser sacerdotes.

Y si no, dime: ¿Dejas tú de ser cristiano porque cometas un pecado? ¿Deja un juez de ser juez, ni valen menos sus sentencias, porque una vez falte a la justicia? ¿Deja un padre de familia de ser padre porque abandone a sus hijos? ¿Deja un capitán de ser el jefe de su compañía porque cometa una falta contra la disciplina militar?

Y si esto sucede en las cosas humanas y respecto de cargos que en rigor pueden ser siempre quitados a los que cumplan mal con ellos, ¿cuánto más estable, más perpetuo no debe ser, en las cosas divinas, el sagrado cargo del sacerdocio, del que depende toda la vida espiritual de los fieles?

Porque ello es claro que si, en el mero hecho

de cometer un pecado, el sacerdote dejase de serlo, no podríamos los cristianos saber cuándo nos aprovechaba una misa, ni cuándo nos servía la absolución que nos echase un confesor, ni cuándo estábamos casados por ante Dios y su Iglesia.

Procura entender bien esta diferencia. En el sacerdote ves, por un lado, al hombre igual a ti en todo; y por otro, al ministro de Dios que tiene un carácter sagrado que tú no tienes. Para la justicia de Dios, el hombre y el sacerdote son uno mismo, porque cualquiera de ellos que peque, ambos se condenan; pero no es así para ti, porque para ti, aunque el hombre peque, el sacerdote, nunca deja de ser sacerdote.

Te pondré un ejemplo. Figúrate que vas a contraer matrimonio, y que el cura que te casa está en pecado mortal cuando te echa las bendiciones. Para con Dios, este cura ha cometido un sacrilegio, y ante la Divina justicia no le será ciertamente imputado como un acto de santificación aquel matrimonio tuyo que acaba de bendecir; pero tú quedas casado y bien casado, no sólo para el mundo y ante la Iglesia, sino ante Dios mismo. De manera que el Sacramento que has recibido, al sacerdote que te lo administró le sirve de juicio, pero a ti te sirve de santificación.

Y ¿por qué esto? Porque el cura que te ha casado, estando y todo en pecado mortal, no ha dejado de tener su carácter sacerdotal, es decir, no ha dejado de tener, como ministro del altar, la dignidad, la potestad que recibió en las Ordenes sagradas para administrar los Sacramentos.

En resumen: los sacerdotes no lo son para ellos mismos, sino para nosotros; y como en nuestra mano no está el escudriñar sus conciencias ni el juzgarlos, pues sólo Dios conoce el interior de los hombres, resulta que para nosotros nunca dejan de ser sacerdotes, aun cuando manchen la pureza de su carácter sagrado.

XV

Bueno fuera que los curas se casaran, porque lo demás es ir contra la naturaleza.

R.—No, *contra* la naturaleza, no; *sobre* la naturaleza, sí; lo cual es muy distinto. Atiéndeme, porque esto es algo obscuro.

De la naturaleza del hombre, o *natural* al hombre, es el deseo de tener familia y el amor a su mujer y a sus hijos; *contra la naturaleza* del hombre sería no querer vivir sino en completa soledad o el aborrecer a sus hijos; pero es, *no contrario,* sino *superior* a su naturaleza, el vencer su natural inclinación a formarse una familia, y el renunciar voluntariamente a los gozos de esposo y de padre.

Este último es cabalmente el caso en que se halla el sacerdote; la naturaleza le inclina, como a todos los hombres, a unirse a una mujer, a formarse una familia, y a gozarse con sus hijos; iría *contra* la naturaleza si dejase de hacer todas estas cosas, porque las *aborreciese;* pero se *sobrepone,* se hace *superior* a la naturaleza, cuando teniendo

y conservando su *natural* inclinación, como hombre que es, á todas estas cosas, recibe, sin embargo, del auxilio divino la fuerza *sobrenatural* para resistir a esta natural inclinación, y renunciar voluntariamente a los goces que son propios de ella.

Es decir, hijito, que la castidad del sacerdote, o lo que es lo mismo, la fuerza con que resiste a la natural inclinación de los hombres, no es ciertamente *natural,* pero tampoco es *contra* la naturaleza, sino que es *sobrenatural,* como que le proviene de la virtud que le comunica, por medio del Sacramento del Orden, la gracia de nuestro Señor Jesucristo, con cuyo auxilio puede hacerse superior a sus naturales inclinaciones.

Quisiera que me hubieses entendido bien, para que comprendieras cuánto se enaltece y hermosea el carácter del sacerdote con esa castidad santa y divina que le hace ser esposo, no de una mujer, sino de la Iglesia, y que le hace ser padre, no de uno o más hombres, sino de todos los fieles cristianos. Esa castidad del sacerdote (se entiende del que *cumple dignamente* con su ministerio sagrado) es la que principalmente nos hace respetarle cuando reprende nuestros vicios, cuando nos aconseja y manda ser castos y puros, cuando penetra en nuestros corazones al oír la confesión de nuestros más vergonzosos extravíos, y al ser depositario de secretos tan íntimos que la doncella no se atrevería a confiárselos a su misma madre, ni la mujer a su propio marido, ni el hermano a su hermano.

El discípulo no es perfecto sino cuando se pa-

rece al maestro, como lo enseña Jesucristo; y del propio modo que el Maestro Divino, el Dios hombre, guardó castidad perfecta, debe también guardarla su discípulo el sacerdote, para que se le parezca perfectamente.

Por estas indicaciones conocerás lo que la castidad perfecta tiene de santa, y, por consiguiente, de propia del sacerdote, el cual ejerce un ministerio santo. Ahora te añado, que lo que tiene de santa, eso mismo tiene de conveniente para la sociedad.

Y si no, dime: ¿Cuál es el encargo, el deber, el oficio propio de un *verdadero,* es decir, de un *buen* sacerdote? ¿No es el ser todo para todos y nada para sí mismo; estar dispuesto siempre y en todo lugar a sacrificar sus bienes, su comodidad, su salud, su vida en servicio de los pobres, en alivio de los que padecen, en levantar a los caídos, en sostener a los que vacilan, en consolar a los que lloran? Y para desempeñar cumplidamente estas obligaciones, ¿no es necesario que el sacerdote deseche todo temor, toda consideración humana? ¿No es necesario que tenga un ardentísisimo celo de caridad, que jamás se distraiga ni suspenda por los cuidados del mundo?

¿Y cómo querías tú que un sacerdote con mujer y con hijos desempeñara bien estas obligaciones? Por muy atento que le consideres a su ministerio, no desconocerás que, como padre de familia, había de tener que pensar en la subsistencia y la educación de sus hijos; había de querer dejarles un patrimonio, como quieren todos los padres del mun-

do; había de verse obligado, por la paz misma de su casa, a guardar ciertas condescendencias con su mujer. Y si se ocupaba en estas cosas, ¿cuándo predicaba, cuándo, en fin, tendría el tiempo materialmente necesario para cumplir las obligaciones de un buen sacerdote?

Y cuenta que estos oficios propios del sacerdote no se pueden hacer así como quien acaba una tarea para salir del día, o como quien trabaja para ganar el pan, sino con fe y con ternura, pensando, invocando, adorando al Dios a quien sirve. ¿Y no te repugna la idea de que mientras un sacerdote se halle celebrando Misa, o confesando a un penitente, o administrando cualquier otro Sacramento, esté pensando en si su mujer ha dado en tener malas compañías, si a su hijo pequeño le han salido los colmillos, si es tiempo ya de mandar a otro al colegio, si el mayor entrará en quintas?

Y ello no hay remedio; en todas estas cosas piensa y debe pensar un hombre casado.

Pues dígote: ¿Qué será si durante una epidemia anda el sacerdote de casa en casa y de hospital en hospital, dando, como debe, a los enfermos los auxilios espirituales y aún los corporales? Imposible que cumpla esta obligación con tranquilidad; en el acto mismo de estar abrazado a un enfermo, ayudándole a bien morir, dirá: "¿Qué estoy haciendo yo? Pues ¿y si este hombre me pega el mal y se quedan mis hijos sin padre?" En cuanto le ocurra, que de seguro le ocurrirá, esta idea, echará a correr o recibirá la confesión del mori-

bundo de prisa y corriendo y de mala gana. Y si alguno de su familia cae enfermo, ¿con qué valor lo dejará para irse a asistir a un extraño? Imposible.

Figúrate que una noche de las buenas del mes de enero, allá a las altas horas de la noche, van a llamarlo para que corra a administrar a un moribundo, es decir, para que vaya a abrir a un cristiano las puertas del cielo; y que al irse a levantar nuestro buen cura de la cama, donde está abrigadito, le diga su mujer: "Pero hombre, ¿adónde vas a estas horas y con la noche que hace? ¡Tú no ves que tienes hijos." Y entre tanto, el chico que está en la cuna grita y moquea, y el otro le hace fiestas desde su cama, y en resumidas cuentas, nuestro cura, o no va a socorrer al cristiano que le llama, o va tarde y con muy mal gesto... Y el moribundo se escapa por la posta, y pierde el sentido, y se muere sin confesión; todo porque el cura estaba entre sábanas y no se ha atrevido a disgustar a su mujer, o a dejar las caricias de sus hijos para exponerse a tomar una pulmonía.

¿Es así como debe ser un sacerdote? ¿Concibes tú que pueda ni deba ser así un ministro de Jesucristo? ¿Y podía humanamente ser de otro modo siendo casado?

Créeme, hijo mío, créeme; el matrimonio sería la muerte del sacerdote. Y como desapareciendo el sacerdote desaparecería la Religión, ahí tienes por qué todos los enemigos del Cristianismo charlan tanto contra que los curas no sean casados. Lo

que ellos quisieran es que, ligado el sacerdote con deberes mundanos, y apartados de Jesucristo, perdieran la castidad que los hace puros y la caridad que los hace santos, a fin de que, no siendo ni buenos sacerdotes ante Dios, ni verdaderos ministros de la Religión ante los hombres, perdieran toda autoridad, todo influjo sobre las almas, y la Religión se acabara en el mundo.

Por consiguiente, hijo mío, si queremos que los sacerdotes salven nuestras almas (y cuenta que ellos solos pueden salvarlas), es menester que los dejemos a solas con Jesucristo. Para que todos podamos llamar padre al sacerdote, es menester que él nos tenga a todos por hijos.

Y, finalmente, te haré, para acabar, una pregunta: ¿Has visto tú que los curas peleen por casarse? A fe que no; y siendo así, ¿desde cuándo acá sucede que se quiera hacer a las gentes casarse contra su gusto?

XVI

Ningún hombre formal ha creído nunca lo que no entiende, y eso me sucede a mí con los misterios de la Religión.

R.—Pues si no has de creer más que lo que entiendes, ya puedes irte preparando a no creer en cosa ninguna, porque empezando por lo que pasa en ti mismo, ni sabes *por qué* pasa así y no de otro modo, ni sabes tampoco *cómo* pasa. Ya antes de ahora te he indicado algo de esto.

¿Entiendes tú qué cosa es *ver*, qué cosa es *oír*, y por qué no ves con los oídos y no oyes con los ojos? ¿Qué es el *viento*, de dónde sale, *por qué* deja, y *cómo* deja de correr? ¿Qué es el *frío*, qué es el *calor?* ¿Qué es el *dormir*, y en qué consiste que teniendo tus oídos tan abiertos cuando duermes como cuando estás despierto, no oyes nada mientras duermes? ¿Por qué te *despiertas?* ¿Cómo sucede tu despertar? ¿Por qué una cosa es negra y otra blanca? ¿Qué es lo *negro*, qué es lo *blanco?*

¿Crees tú que vives? No me dirás que no. ¿Y qué es *vivir?* ¿En qué consiste que te morirías si no comieras? ¿Y qué es *morir?*

Estas y otras muchas preguntas de la misma especie pudiera estar haciéndote un año entero, de cosas que tú, no solamente *crees*, sino que no *puedes dejar* de creer, y que, sin embargo, ni las *entiendes* ni las *puedes llegar* a entender, si el mismo Dios no te las explica.

Es decir, hijito, que bien mirada la cosa, para nosotros los hombres, no solamente son *misterios* las verdades que la Religión nos propone, sino que es misterio todo lo que vemos, y todo lo que pasa en nosotros y fuera de nosotros; pues misterio llamamos a todo aquello que sabemos que *es*, que *existe*, que *sucede;* pero que no sabemos ni *cómo* es, ni *cómo* existe, ni *cómo* sucede. El *ver* es un misterio para nosotros, pues aunque sabemos que *vemos*, no sabemos *cómo sucede* que con ese par de bolitas negras que llamamos *ojos*, alcancemos, no sólo lo que está cerca de nosotros,

sino lo que se halla puesto a millones de leguas, como son las estrellas del cielo.

Y si no entiendes estos misterios que tienes tan cerca de ti y aun en ti mismo, sin que dejes de creerlos porque no los entiendas, ¿qué razón hay para que dejes de creer los altísimos y profundísimos misterios que la Religión nos propone?

Estos misterios de la Religión, hijito, se pueden comparar al Sol; nadie ve lo que hay dentro de él, y él, sin embargo, nos sirve para que con su luz veamos todas las cosas que podemos ver. Pues esto mismo sucede con los misterios de la Religión: ninguno de los hombres los entendemos ni podemos penetrarlos; pero ellos nos sirven de luz y de guía para que entendamos todas las cosas que podemos entender. Y aun siguiendo la comparación, te diré que, así como la luz del Sol nos deslumbra y ciega si nos empeñamos en mirarla de hito en hito, del propio modo la luz y la guía que nos dan los misterios de la Religión empieza a faltarnos desde que, necios y orgullosos, nos empeñamos en ahondar en ellos.

Pero aquí te oigo ya preguntarme: "Si estoy obligado a creer lo que no entiendo, ¿para qué me ha dado Dios el entendimiento? Bastaba que me hubiese dado la fe, que es la que sirve para creer lo que no se entiende."

Vamos por partes. En primer lugar, tú conoces que, para creer una cosa, necesitamos ante todo saber qué cosa es la que vamos a creer, pues nadie puede creer ni dejar de creer lo que no sabe que existe. Tú crees que hay Dios, porque antes de

creerlo has sabido que lo hay; pero no has podido creerlo sino después que lo has sabido; pues mientras no lo supieras, ni podías creerlo ni dejar de creerlo. Ahora bien; para saber una cosa es menester entenderla, y no puedes decir que la sabes hasta que la entiendes. Te lo explicaré mejor con un ejemplo.

Figúrate que te traen a un hombre que no sabe que hay Dios, que en su vida ha oído hablar de Dios ni pronunciar su nombre. Quieres tú sacar a este hombre de su ignorancia, y le dices: "Oiga usted, amigo, sepa usted que hay Dios." Pero él te preguntará entonces: "¿Y qué es eso? No entiendo lo que usted me quiere decir." —Hombre, le replicarás tú: todo lo que ve usted en el mundo, la tierra, el mar, las estrellas y todas las cosas, han sido criadas por un Ser que todo lo puede; y este Ser omnipotente, Criador de todas las cosas, es Dios." —"¡Ah! Ya le entiendo a usted. ¿Con que eso es Dios?"

Es decir, que nuestro hombre no ha *sabido* que había Dios hasta que ha *entendido* qué cosa era lo que tú le querías decir al decirle *hay Dios.* Una vez entendido por este hombre lo que tú le quieres decir, puede él ya pensar para sí mismo de esta o parecida manera: "Sí, sí; ya entiendo; ya sé que hay Dios: es verdad; todo esto que yo veo en el mundo, alguien lo ha de haber criado; y quien lo haya criado, debe poderlo todo. Sí, sin duda, hay Dios: creo en Dios."

Ya tenemos a nuestro hombre *creyendo.* ¿Qué ha necesitado para creer? *Saber.* Y ¿qué ha ne-

cesitado para saber? *Entender.* Ha necesitado entendimiento para enterarse de la existencia de la tierra, del mar y del cielo; lo ha necesitado para discurrir que las cosas no se hacen ellas solas, sino que alguien las hace; lo ha necesitado para comprender que el primero que hizo todas las cosas debe ser Todopoderoso. Y a consecuencia de entender este hombre todas estas cosas, ha llegado a entender que hay Dios: desde que lo ha entendido lo ha sabido, y lo ha creído después de saberlo.

¿Comprendes ahora para qué nos ha dado Dios el entendimiento? ¿Comprendes cómo la fe sería imposible sin el entendimiento, y por qué Dios no te ha dado la fe sola?

Pero este entendimiento que Dios nos ha dado tiene una medida de la que no puede pasar, como la tienen todas las cosas del hombre, como la tiene su vista, como la tiene su fuerza. La vista del hombre alcanza adonde alcanza y no más; lo mismo sucede con su fuerza, y lo mismo con su entendimiento; y así como con sus ojos no puede verlo todo, ni puede dominarlo todo con su fuerza, tampoco puede entenderlo todo con su entendimiento.

Y dime tú ahora: ¿sería racional que un hombre creyera que no había en el mundo más cosas que ver que las que él hubiese visto y las que alcanzase con su mirada? ¿No tendrías por un mentecato al que te dijera que ninguna cosa tiene mayor peso que el que alcanzase él a levantar con su fuerza? Pues considera ahora cuán grande es la

tontería del que no quiere creer más verdades que las que él alcanza con su entendimiento.

Pero si hay muchas verdades que el hombre no alcanza con su entendimiento, hay siempre una cosa que alcanza de seguro, y es: a encontrar racional, juicioso y conveniente, y digno de ser creido, aquello mismo que la fe le manda creer sin entenderlo. Te explicaré más esto.

Los hombres creemos una cosa, o porque la vemos por nosotros mismos, como creemos en el sol, o porque, aunque no la veamos, tenemos señales fijas para conocer que existe, como creeremos que hay fuego donde vemos salir humo, o porque nos lo dicen personas en tan grande número y tan respetables para nostros, que sería locura no creerlas. De esta última manera creemos que existen los países que no hemos visto y las personas a quienes no hemos conocido.

De estas tres maneras de creer, las dos últimas son las que un hombre racional tiene para creer los misterios de la Religión. No cree estos misterios porque los vea con sus ojos o los penetre con su entendimiento; pero los cree, primeramente porque sabe que se los ha enseñado Dios mismo, el cual ni puede engañarse ni engañarnos a nosotros; y, además, porque con su entendimietno ve cuán conformes están con la razón estos misterios que Dios le ha enseñado.

Por consiguiente, hijito, la fe con que creemos los misterios de la Religión no es una cosa que tenemos así a tontas y a locas, sino que es el obsequio más racional que un hombre puede tributar

a Dios. Jamás con el entendimiento llegaremos a saber *cómo* son los misterios que la Religión nos propone, y por eso necesitamos la fe; pero podemos saber y sabemos con nuestro entendimiento *que son* tales como se nos proponen, y que *así deben ser.*

Tú no comprendes con tu entendimiento cómo Jesucristo puede ser hombre y Dios a un mismo tiempo; pero comprendes que, habiendo venido al mundo para redimir a los hombres, y habiendo de morir para redimirlos, era necesario que fuese hombre para que muriera, pues en cuanto Dios no podía morir; era necesario que fuese Dios para que nos redimiera, pues sólo un Dios habría tenido el poder y amor bastantes para ello. Aquí, pues, te sirve tu entendimiento para comprender, no el *cómo* Jesucristo es Dios sin dejar de ser hombre, y hombre sin dejar de ser Dios, sino para comprender que *ha debido ser así.*

Una vez comprendido que *ha debido ser así,* te falta saber si *ha sido,* y para esto te sirve igualmente tu entendimiento. Te sirve para entender a la Iglesia cuando te lo propone; te sirve para averiguar que la Iglesia lo sabe de boca del mismo Jesucristo; te sirve para conocer que este Jesucristo, de quien lo sabe la Iglesia, dijo y obró tales cosas en el mundo como sólo un Dios podría obrarlas, y te sirve, por consiguiente, para saber que Jesucristo es Dios. Y como con tu entendimiento sabes que Dios, en cuanto es soberanamente sabio, no puede engañarse, y en cuanto es soberanamente bueno no puede engañarte, ya sabes

que cuanto ha dicho Jesucristo, como dicho por el mismo Dios, es y no puede menos de ser verdad.

Pero aquí pudieras tú preguntarme: "Si todo eso puedo yo hacer con mi entendimiento, ¿para qué necesito la fe?" Es muy sencillo; porque después y todo de haber comprendido con tu entendimiento que una cosa *es* y que *ha debido ser,* todavía, si te quedas sin saber *cómo* es, tu espíritu se resiste a creerlo. El orgullo natural de los hombres les hace resistirse contra todo lo que es superior a su razón y entendimiento, y justamente para vencer esta resistencia *natural* de nuestro orgullo, es para lo que necesitamos la fuerza *sobrenatural* de la fe, la cual no es otra cosa sino el auxilio que Dios nos da para que, venciendo la rebeldía natural de nuestro espíritu, creamos lo que no hemos visto ni entendemos, y lo creamos tan firmemente como lo que vemos y entendemos.

De manera que sin el entendimiento no podríamos adquirir fe, así como no podríamos ver sin ojos; pero sin fe, de nada nos serviría en materia de Religión, el entendimiento, así como de nada nos servirían los ojos si no hubiese luz que nos alumbrase.

XVII

Yo bien quisiera tener fe; pero ¡si no puedo!

R.—¿Que no puedes? Te equivocas muy mucho; y desde ahora te digo que todo el que de veras quiere tener fe, la tiene.

Acabo de indicarte, hijito, que, así como necesitamos ojos y luz para ver las obras de Dios, necesitamos entendimiento y fe para conocerle y amarle. Hazte bien el cargo de esta comparación para que entiendas bien el ejemplo que voy a ponerte.

Figúrate que tú eres un estudiante desaplicado, que no sabes nada, porque nunca coges un libro en la mano, y en lugar de estudiar te has dado al juego. Tu padre, que es un señor muy bondadoso, que te quiere entrañablemente, está lleno de pesadumbre por tu conducta; y visto ya que, ni por regalos que te ha hecho, ni por consejos que te ha dado, ni por nada en este mundo, ha conseguido de ti cosa ninguna, se resuelve, por fin, con dolor de su corazón, a encerrarte en un cuarto enteramente obscuro. Encerrado tú en tu prisión horas y horas, entras a cuentas contigo mismo, empiezas a ver que tu padre es un señor muy bueno, empiezas a conocer que eres ingrato a sus beneficios, y, por último, pesaroso de tu ingratitud, y deseando salir de aquel encierro y de aquella obscuridad, te resuelves a cambiar de vida, y en aquel mismo instante quieres empezar a estudiar.

¿Qué será lo primero que hagas? Te levantarás de la cama, donde por aburrimiento y pereza estabas acostado, te dirigirás a la puerta del cuarto, y desde allí, con voz suplicante, dirás: "Padre, padre, ábrame usted y deme usted luz, que quiero desde ahora mismo no desobedecerle más, que me pesa de los disgustos que le he dado, y deseo es-

tudiar para saber algo, para hacerme hombre y asegurarme mi sustento el día de mañana."

Tu padre, que es tan bueno, te oye, y se regocija con toda su alma; pero no te responde al pronto, porque considera justo que, pues tanto tiempo has sido ingrato con él, ganes su perdón a fuerza de pedir y de esperar. Tú, viendo que tu padre no acude, vuelves a llamarle, y golpeas la puerta y lloras; y él, que no desea otra cosa, se enternece, y llega y te abre, y te da luz y un abrazo.

Desde este punto, para cumplir lo que has prometido a tu padre, para darle gusto y desagraviarle, y, en fin, para hacerte bien a ti propio, procuras resarcir el tiempo perdido; buscas libros, estudias horas enteras, consultas con tus maestros lo que no entiendes; y de este modo, mientras que tu padre, ya gozoso contigo, no vuelve jamás a quitarte la libertad ni la luz, y te compra más libros y te proporciona nuevos maestros, tú adquieres la ciencia, y logras ser las delicias de tu padre, y te forma en una carrera que te hace inmensamente rico.

Pues bueno, hombre sin fe; tú, a quien de nada sirve tanta enseñanza como Dios te ofrece en las obras de su Universo y en las predicaciones de su Iglesia; tú que en lugar de atender a aquellas enseñanzas, las desoyes y desdeñas, por entregarte a tus pasiones; tú eres el estudiante desaplicado y dado al juego; tú eres el hijo rebelde al deseo e ingrato al amor de Dios, tu buen Padre, que no quiere otra cosa sino que te apliques a saber y

creer la Religión que El te ha dado, para que logres un día ganar la inmensa riqueza de su cielo prometido. La tenebrosa prisión en que estás encerrado es esa ignorancia, ese error acerca de las verdades religiosas; y lo que tu Dios, tu Padre, castiga al tenerte en ese encierro, es el ocio de tu entendimiento, que nunca se levanta para considerar sus obras, y la dureza de corazón con que desatiendes sus consejos, sus preceptos y sus dones.

Y dime tú ahora; el día en que, avergonzado o aterrado de verte en esas tinieblas, quieras cambiar de conducta, ¿qué será lo primero que debas hacer? Pues sacudir la pereza que te tiene postrado en el lecho de tus vicios, llamar una y otra vez a las puertas de tu prisión, y con lágrimas en los ojos, y golpeándote el seno, decir desde el fondo de tu alma: "Padre, Padre, dame la luz de fe que me falta para conocerte y amarte; mira que desde hoy quiero ya siempre cumplir tu voluntad; que me pesa del tiempo que te he olvidado y ofendido, que me espanta la obscuridad en que me encuentro, y quiero salir de ella para aprender la ciencia de tus enseñanzas divinas, y ganar la gloria que tienes prometida a los que te buscan de veras."

Y Dios que no desea otra cosa, como Padre que es soberanamente bueno, vendrá a ti, romperá la prisión en que estás, te dará luz de fe; y tú, ya entonces con luz y libertad, procurarás estudiar más y más cada día su doctrina santa, y correrás desalado en busca de la Iglesia, y consultarás a sus maestros; y pidiendo y estudiando, ganarás mayor

luz cada día, y al acabar la carrera de tu vida mortal, te hallarás dueño del tesoro inapreciable de la vida eterna.

Mientras no hagas, hijito mío, lo que el estudiante que te he puesto por ejemplo, no me digas que quisieras tener fe, pero que no puedes. La fe es un don de Dios; es decir, que con las solas fuerzas de tu entendimiento no puedes adquirirla, y que no la tendrás si Dios no te la da. Ahora bien; lo que no se tiene y se quiere tener, se pide a quien pueda darlo.

¿Has pedido tú a Dios esa fe que no tienes? ¿Se la has pedido un día y otro con fervor, con propósito firme de obrar y vivir conforme a ella el día que Dios te la dé? ¿O la has pedido así como de paso, en un rato de tristeza o de mal humor, y como con miedo de obtener lo mismo que pides?

Además, antes de creer en la Religión, necesitas saberla y entenderla. ¿Qué has hecho tú para conseguir esto? ¿Qué libros has leído? ¿Qué personas has consultado? ¿Te ha ocurrido siquiera irte a oir una explicación de doctrina cristiana? ¿Has cogido un catecismo en la mano? ¿Has pensado formalmente en buscar un sacerdote *ilustrado y caritativo* para confiarle el estado de tu alma, para pedirle consejos e instrucciones, para rogarle que satisfaga las dudas y dificultades que te ocurran? ¿Has hecho todas estas cosas sin que el orgullo ni la pereza te lo estorben?

Y, sobre todo, dime: en el caso de que adquieras esa fe que no tienes, ¿estás resuelto a vivir con-

forme a lo que ella te enseña y manda, a dejar tus vicios y malas costumbres, a sacrificar tus caprichos, a sufrir privaciones, a llevar, en fin, con resignación todos los trabajos con que Dios quiera probarte? Porque ya sabes el adagio: *no hay peor sordo que el que no quiere oir,* y si tu corazón vicioso está interesado en no conocer la verdad, de seguro no la conocerás nunca.

Pero no digas entonces que no *puedes,* sino que no *quieres;* serás como un hombre que hubiese tomado aborrecimiento a la luz y no abriera los ojos por no verla.

Cuidado, hijito, que esta ceguedad voluntaria es la mayor ofensa que puede hacerse a Dios, y no te servirá ella de descargo cuando llegue el gran ajuste de cuentas ante Aquel que ha dicho: *El que cree en Mí, tendrá la vida eterna; y el que no cree, ya está condenado.* Tú conoces que Jesucristo no podía haber dicho esto, si fuera posible una sola vez siquiera que se quisiera tener fe y no se pudiera lograrlo.

Créeme, hijo mío; el que la quiere, la tiene; y el que dice que no puede tenerla, es porque no la quiere. Desea tú tenerla, pídesela a Dios, y yo, en nombre de Jesucristo, te aseguro que la tendrás.

XVIII

Lo mismo da una Religión que otra, porque todas son buenas.

R.—Eso es lo que dice el que no quiere tener ninguna, el que se figura que todas ellas son pura invención de los hombres, y el que cree, como tú creías hace poco, que la verdadera Religión es ser hombre de bien (Véase la página 41.)

¿Con que todas las religiones son buenas? ¿Con que es decir, que lo mismo da ser pagano, moro o judío que cristiano? ¿Con que es decir, que tan cristiano es un católico como un protestante?

¿Quién te ha enseñado semejantes desatinos? ¿En qué cabeza cabe que sean igualmente agradables a Dios todas las maneras que hay en el mundo de confesárle y de adorarle?

La Religión, o es nada, o es el conjunto de las verdades que Dios nos ha revelado para que le conozcamos y amemos, y de los preceptos que nos ha impuesto para que le sirvamos. Es decir, que no es Religión la que no procede de Dios mismo, la que ha sido inventada por los hombres.

¿Y cómo quieres tú que procedan igualmente de Dios la bárbara superstición pagana que manda degollar a sus hijos delante de los altares de un ídolo, como lo hacían en otro tiempo los fenicios, y la Religión cristiana que prohibe como un crimen horrendo el deseo de hacer el más leve daño a nuestros propios enemigos? El sangriento fanatismo de los caribes del Africa, que para complacer

a sus falsos dioses, tuestan y se comen a los desgraciados extranjeros que caen en sus manos, ¿será tan acepto a los ojos de Dios como la santa Religión que nos manda dar de comer al hambriento, y que ha hecho de la caridad la primera de las virtudes? ¿Serán iguales ante Dios el moro que, por su religión, puede tener diez o veinte mujeres, y el cristiano, que peca mortalmente sólo con desear a otra, que no sea la única que le da la Iglesia en el Sacramento del matrimonio?

Por obrar conforme a su religión, degollaba el fenicio a sus hijos; el caribe cree servir a Dios comiéndose a sus prisioneros; el moro piensa ganar el cielo poblando su casa de mujeres; mientras que, para obrar conforme a su Religión, está obligado el cristiano a ser casto y fiel a su esposa única, a ser misericordioso con todos los hombres, a hacer bien y deseárselo aun a sus enemigos. ¿Te atreverás a decir que tan igualmente bien obran el fenicio, el caribe y el moro cómo el cristiano, y que es igualmente buena la religión de todos ellos? No me lo dirás seguramente.

Es decir, que, cuando menos, tendrás que confesarme que hay unas religiones buenas y otras malas. Y no me dirás que las malas proceden de Dios; pues, en cuanto es infinitamente Sabio y soberanamente Bueno, Dios no puede haber mandado una cosa mala.

Pero podrás ahora decirme que, si es verdad que hay religiones buenas y religiones malas, no se sigue de aquí el que una sola sea la buena, sino que puede haber varias que lo sean.

Y a esto te respondo yo: o todas estas religiones, que tú tienes por igualmente buenas, enseñan y mandan absolutamente las mismas cosas, o enseñan y mandan cosas diferentes. Si enseñan y mandan todas las mismas cosas, entonces no son varias religiones, sino que es una sola; pero si enseñan y mandan cosas diferentes y contrarias entre sí, entonces alguna de ellas es falsa, porque, respecto a un mismo punto, no puede haber dos verdades contrarias; y si una de aquellas religiones dice *sí* donde la otra dice *no*, alguna de ellas se equivoca; no hay remedio.

Por ejemplo, los católicos creemos y afirmamos que en la sagrada Eucaristía está verdaderamente el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, mientras que los protestantes dicen que en la hostia consagrada no hay más ni menos que el polvo de masa sin levadura que ven nuestros ojos. Para los católicos, el mayor y más santo de los actos de nuestra fe es la sagrada Comunión, por medio de la cual nos hacemos unos con Jesucristo, uniéndonos en cuerpo y en espíritu a su divina persona; para los protestantes, esta creencia nuestra es una superstición bárbara y ridícula.

Si los católicos tenemos razón, los protestantes se equivocan; si los protestantes no se equivocan, los católicos la erramos de medio a medio.

Ahora bien; si diciendo y creyendo cosas tan contrarias, católicos y protestantes tenemos una religión igualmente buena, será preciso conceder que Dios, o no sabiendo cuál era la verdad, o importándosele nada de la que fuese, nos ha dejado a

todos que cada cual hagamos y creamos lo que nos parezca.

Y yo te pregunto: en cuanto es infinitamente Sabio, ¿puede Dios no saber la verdad? Y en cuanto es soberanamente Bueno, ¿puede serle igual que unos adoremos aquello mismo de que otros se burlan y blasfeman?

Por consiguiente, si toda Religión, para ser verdaderamente tal, ha de ser revelada por Dios mismo; si es posible que respecto de un mismo punto existan dos verdades contrarias la una de la otra; si es evidente que Dios, ni en cuanto infinitamente Sabio, puede ignorar cuál es la verdad, ni en cuanto soberanamente Bueno, puede querer que los hombres tengan como Religión una mentira, síguese de todo esto que una sola tiene que ser la Religión verdadera, y que esta sola Religión es la única buena, y que todas las demás son malas, no son religiones.

¿Y cuál será esta Religión, única y verdadera y, por consiguiente, única buena y aceptable a los ojos de Dios? La que reúna en su favor pruebas más claras y más numerosas de que ha sido revelada por Dios mismo.

Y esta es la Religión católica, apostólica, romana, que por la misericordia de Dios profesamos los españoles.

Ella sola enseña la verdad, sin mezcla de ninguna mentira; ella sola enseña el bien y manda obrarlo, y da medios eficaces de que se obre, sin mezcla de mal alguno. Ella sola enseña al hombre quién es quien lo creó y para qué fin fué creado;

ella sola le muestra claramente el camino que debe seguir en esta vida, y el término que le aguarda en la otra. Ella sola nos habla dignamente del poder infinito de Dios, de su infinita sabiduría, de su infinita justicia, de su infinita misericordia. Ella sola tiene fuerzas para sostener a los que vacilan, para levantar a los caídos, para socorrer a los menesterosos, para consolar a los tristes, para castigar a los malos y para premiar a los buenos. Ella sola, juntando a todos los hombres con el lazo de una misma fe y una misma esperanza, es para todos fuente de caridad que los hace a todos amarse como hermanos, hijos todos del Padre común que está en los cielos.

Con saber que todo esto es y todo esto obra nuestra Religión santa, bastaba ya y sobraba para afirmar que ha sido revelada por Dios, pues sólo Dios puede ser el autor de una doctrina que tan inmensos bienes ha hecho al mundo. Pero la divina misericordia no ha querido que se limiten a esto sólo las pruebas de nuestra Religión, sino que además ha querido confirmarla con tales testimonios, que fuera insensatez y locura dudar de su verdad.

Lloraban nuestros padres su perdido paraíso, cuando Dios mismo, al anunciarles que ellos y su descendencia quedaban por el pecado excluídos del reino de Dios, les promete ya un Reparador, un Mesías que había de venir a redimir al mundo. Entonces fué por primera vez revelada con esta promesa la Religión de Jesucristo.

Multiplicados los hombres sobre la tierra, y ol-

libertador y Rey, y luego insultado, atormentado y desconocido por el propio pueblo que lo aclamara; viéronle crucificado entre dos ladrones, y en términos claros predijeron hasta las menores circunstancias de su Pasión y de su muerte.

Llegó por fin el tiempo de que estas profecías se cumplieran: de que la luz de la Ley nueva disipara las sombras de la Ley antigua, y a las imágenes y figuras sucediese la realidad. Y todo entonces fué cumplido, en el tiempo y en la manera que había sido anunciado por los Profetas; Jesucristo nació donde se había anunciado y como se había anunciado; su persona, su doctrina, su historia entera desde su nacimiento a su muerte, fueron punto por punto el cumplimiento fiel de todas las profecías.

Entonces apareció en el mundo y entre los hombres, tal como había sido prometida, figurada y profetizada, la Religión cristiana católica, fundada por el mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y conservada hasta nosotros por los Apóstoles y ministros de su Iglesia.

Aquí ves, hijo mío, que si bien hasta Jesucristo no ha sido enseñada y fundada la Religión cristiana, tal como nosotros la profesamos, se encontraba, sin embargo, como un germen depositado en el seno de los Patriarcas de la Ley antigua, brotado y crecido en el pueblo judío desde Moisés, y manifestado al fin en toda su pompa y realidad con el advenimiento de Jesucristo y la fundación de su Iglesia.

Es decir, que desde el principio de los hombres

libertador y Rey, y luego insultado, atormentado y desconocido por el propio pueblo que lo aclamara; viéronle crucificado entre dos ladrones, y en términos claros predijeron hasta las menores circunstancias de su Pasión y de su muerte.

Llegó por fin el tiempo de que estas profecías se cumplieran: de que la luz de la Ley nueva disipara las sombras de la Ley antigua, y a las imágenes y figuras sucediese la realidad. Y todo entonces fué cumplido, en el tiempo y en la manera que había sido anunciado por los Profetas; Jesucristo nació donde se había anunciado y como se había anunciado; su persona, su doctrina, su historia entera desde su nacimiento a su muerte, fueron punto por punto el cumplimiento fiel de todas las profecías.

Entonces apareció en el mundo y entre los hombres, tal como había sido prometida, figurada y profetizada, la Religión cristiana católica, fundada por el mismo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y conservada hasta nosotros por los Apóstoles y ministros de su Iglesia.

Aquí ves, hijo mío, que si bien hasta Jesucristo no ha sido enseñada y fundada la Religión cristiana, tal como nosotros la profesamos, se encontraba, sin embargo, como un germen depositado en el seno de los Patriarcas de la Ley antigua, brotado y crecido en el pueblo judío desde Moisés, y manifestado al fin en toda su pompa y realidad con el advenimiento de Jesucristo y la fundación de su Iglesia.

Es decir, que desde el principio de los hombres

venía el Catolicismo desplegándose por grados y majestuosamente, como todas las obras de Dios, como el medio día, que antes es mañana y antes aurora; como la rosa, que antes es pimpollo y antes es botón; como el hombre perfecto que antes es joven y antes niño. Es decir, que bien considerado, el Catolicismo no es una Religión de hoy ni de ayer, ni de hace diez y nueve siglos, sino que es de todos los siglos y de todos los tiempos: residió en la mente de Dios sin principio ni fin como Dios mismo, antes de que fuesen el mundo y el hombre, y vivirá eternamente, transformada en el triunfo universal de los buenos y en el castigo de los malos.

Mira cuánta grandeza, hijo mío. ¿Cómo no ha de ser divina una Religión que enseña y contiene semejantes maravillas? No necesito darte más pruebas de su verdad.

Pero quiero todavía presentar más claro a tus ojos el cuadro de esta Religión, toda ella verdad, toda ella santidad y hermosura. Quiero hablarte de aquellos hechos en que se funda, no sólo de los que tú no has visto, y que sabes únicamente porque te los refiere la historia, sino de los que ves tú mismo con tus propios ojos.

Mira ante todo al divino Fundador de nuestra Religión, Jesucristo; considera su humildad, su sabiduría, la incomparable dulzura de sus palabras, la profundidad de su doctrina, su paciencia en los trabajos, su amor a los hombres. Mírale nacer, vivir y morir en el tiempo y en la manera que los Profetas del pueblo de Dios habían anunciado.

Mírale dominar a la naturaleza, curando a los paralíticos, dando vista a los ciegos, resucitando a los muertos, y, lo que es más, convirtiendo a los pecadores; mírale, en fin, obrar a presencia de testigos numerosos aquellos milagros que no podían negar ni aun sus propios enemigos más encarnizados. Mírale resucitar, como El mismo se lo había anunciado *catorce veces* a sus discípulos, al tercer día después de su muerte. Mírale, por último, subir al cielo en cuerpo y alma gloriosos, delante de más de quinientas personas que lo vieron.

La verdad de estos hechos no puede ponerse en duda, pues los refieren los mismos que los vieron; y estos mismos que lo refieren para probar que dicen verdad, se dejan matar, cuando para conservar la vida no hubieran necesitado más que callarse. Y no sólo se dejan matar los que vieron todas estas cosas, sino otros miles de miles que, sin haberlas visto, las habían oído a los que las vieron; y no sólo éstos que se las oyeron a los que las habían visto, sino otros innumerables que las creyeron como los mismos que las habían visto y los que se las habían oído a éstos. Estos mártires de su fe, que derramaron su sangre por confesar que Jesucristo era Dios; estos mártires, hijo mío, son muchos millones de cristianos.

Pues mira ahora a los primeros Apóstoles de esta Religión santa: míralos, de cobardes e ignorantes pescadores que eran, convertirse de repente en sabios profundísimos y valientes triunfadores. Ellos hablan todas las lenguas; ellos asombran con su doctrina, tanto como con sus milagros. Ellos mue-

ren para confesar a su divino Maestro, y en pos de ellos vienen millares de sucesores de su apostolado, predicando su misma doctrina, triunfando sobre todos los errores y muriendo también mártires de la fe que confesaban.

Oye ahora, hijo mío, las profecías del mismo Jesucristo; mira después cómo todas ellas se han cumplido y se están cumpliendo a tus propios ojos.

Anunció Jesucristo que las puertas del Infierno no prevalecerían contra su Iglesia, es decir, que ni la persecución de los tiranos, ni la perversidad de los herejes, ni la malicia del mundo, serían capaces de impedir que perpetuamente se confesara su nombre, se adoraran su altares y se siguiera su doctrina. Y ahí tienes a su Iglesia, al cabo de diez y nueve siglos de fundada, sin que el odio de sus enemigos la haya quitado predicar, confesar y propagar la doctrina enseñada por su Divino fundador.

Anunció Jesucristo que los judíos, sus matadores, en castigo de la ceguedad y la malicia con que se cebaron en la sangre del Justo, no desaparecerían de sobre la tierra, y que andarían perpetuamente vagando por el mundo, sin patria y sin honra. Y ahí los tienes que, mientras desaparecen del mundo razas y naciones de que ya no queda memoria, ellos viven diseminados por la tierra, siempre perseguidos, siempre escarnecidos por todas las generaciones de todos los pueblos.

¿Qué más pruebas quieres que éstas? Y si algo te falta todavía, contempla la santa vida de los cristianos verdaderos comparada con la natural corrupción y flaqueza de los hombres. Mira los cam-

bios que esta Religión produce en los países donde penetra, haciendo que los ignorantes se vuelvan sabios, los crueles se tornen benignos, los esclavos se hagan libres; trocando, en fin, las leyes y costumbres más bárbaras y feroces en suavidad y cultura.

Cuando todo pasa en el mundo, sólo el Catolicismo está en pie con sus dogmas, su doctrina, su apostolado, su sacerdocio, tales como los fundó Jesucristo. ¿Qué más pruebas quieres? ¿Puedes dudar, por lo que ven tus ojos, y tu razón penetra, y tus oídos oyen; puedes dudar de que esta Religión, como única que es revelada por Dios, es la única verdadera, la única buena? ¿Cuál otra pudieras comparar con ella? Sí, sí, hijo mío; ella sola nos enseña la verdad respecto a Dios y a sus obras, respecto a nuestra naturaleza, a nuestro origen, al fin con que hemos sido criados, a nuestras obligaciones y a nuestro paradero después de esta vida.

Todas las demás religiones de que oigas hablar son pura mentira, son mera *invención de los hombres*, y si acaso se parecen en algo al Catolicismo, es a la manera que la moneda falsa se parece a la de buena ley.

Respecto a la *religión judía*, debo, sin embargo, advertirte que tiene de especial el haber sido verdadera antes del Cristianismo, porque, como te dejo indicado, ella era figura y preparación del advenimiento de Jesucristo; pero después que vino al mundo el Mesías Jesucristo, ya no es verdadera, ni tiene precio alguno. Se la puede comparar con

el andamio de una obra, que no sirve sino para construirla, y que después de construirla, se quita y aparta como un estorbo.

No vuelvas, pues, en tu vida a decir que todas las religiones son buenas, pues semejante blasfemia, o es una maldad o una tontería. Maldad, si se dice por indiferencia; tontería, si se dice por ignorancia o por falta de seso.

XIX

No puede negarse que Jesucristo es un sabio eminente, un gran bienhechor de los hombres y un gran Profeta. ¿Pero es verdaderamente Dios?

R.—Escucha lo que el mismo Jesucristo responde: "Sí, LO SOY. *Tanto tiempo como hace que estoy con vosotros, ¿y aún no me habéis conocido?* EL QUE ME VE A MÍ, VE A MI PADRE; MI PADRE Y YO SOMOS UNO MISMO."

Ante todo, hijito, ten en cuenta que el que da esta respuesta es fundador de la Religión que acabo de presentarte como la única verdadera, la única santa y la única enseñada por Dios mismo. Y te digo que tengas esto en cuenta, porque antes de hablarte en particular de Jesucristo, quisiera verte pensando si cabe en lo posible que sea un mero hombre, y que no sea verdaderamente Dios, el autor de una Religión que es, y que vive, y que obra como es, vive y obra la Religión cristiana. La verdad de nuestra Religión y la divinidad de su fundador, Jesucristo, se prueban la una por la otra. Si Jesucristo es Dios, la Religión cristiana es

verdadera; si la Religión cristiana es verdadera, Jesucristo es Dios.

Y como creo haberte demostrado bien claramente la verdad, la santidad y la grandeza de la Religión cristiana, te recuerdo desde ahora toda mi demostración, para que la tengas como la primera y principal prueba de la divinidad de Jesucristo.

Sentado esto, y para comenzar a responderte de lleno, quiero fijarte bien la cuestión de que se trata.—A Jesucristo le conocemos por sus palabras y por sus obras; si las palabras y obras de Jesucristo, o lo que es igual, su persona, su doctrina, su vida y muerte, y los sucesos ocurridos en el mundo desde su predicación; si todas estas cosas, digo, *son o pueden ser* de un hombre, Jesucristo no era más que un hombre; pero si no solamente *no son,* sino que *tampoco pueden ser* de un hombre, Jesucristo era, y es, y ha sido, y eternamente será Dios.

Suponiendo que Jesucristo no sea más que un hombre, tú eres el primero a decir que fué un hombre muy grande por su poder, por el gran bien que hizo al mundo y por la gran fama que tuvo entre las gentes. Pero a esto te añado yo que ha habido en la tierra, antes y después de Jesucristo, otros muchos hombres que han maravillado al mundo con su ciencia, que le han encantado con sus virtudes y que le han dominado con su valor y heroísmo.

Pues explícame tú ahora esa diferencia. Los hombres más grandes que ha habido en el mundo, que han asombrado y dominado a la tierra, han sido

nombrados durante su vida, y durante su vida han sido grandemente amados de unos y aborrecidos de otros; durante su vida, sus doctrinas o sus hechos han sido el asunto de todos los pensamientos, de todas las conversaciones, y la causa de todos los sucesos. Algunos han logrado que este estrépito levantado con su nombre dure algunos años después de su muerte. Pero al cabo de poco tiempo, su nombre, y sus palabras, y sus hechos se han ido borrando de la memoria de las gentes, quedando sólo escritos en los libros, para que los conozcan algunos pocos sabios y curiosos, sin que ya nadie vuelva a amarlos ni a aborrecerlos, ni a tomarlos en cuenta para cosa ninguna.

Pues explícame ahora cómo sucede que desde hace diez y nueve siglos que Jesucristo vino al mundo no cesa su nombre de sonar un solo día ni cesa de ser amado de unos hasta dar su sangre y su vida por El, y aborrecido de otros con un odio indecible; explícame por qué su doctrina es hoy, como ha sido perpetuamente, asunto de estudio para todos los sabios de la tierra, regla de conducta para todos los buenos, y espanto y rabia de todos los malvados. Explícame por qué ese Jesucristo, que murió hace ya tantos centenares de años, ha sido siempre y en todas partes, y sigue siendo hoy, el espíritu de vida que penetra en los corazones más duros de los hombres, en los países más incultos y salvajes de la tierra, y que lo mismo en un país que en otro, y en una época que en otra, es siempre el que todo lo explica, todo lo resuelve, todo lo dirige y todo lo fecunda.

¿Qué hombre es ese, que al cabo de tantos años de muerto, no solamente no es olvidado del mundo, sino que cada día tiene nuevos discípulos que le oyen, nuevos mártires que mueren por confesarle, nuevos y numerosos adoradores que le levantan altares y templos? ¿Qué hombre es ese ante quien hoy, como hace diez y nueve siglos, doblan la rodilla los grandes y poderosos, los reyes y emperadores, mientras que los esclavos esperan de El su libertad, los pobres su socorro, los desgraciados su consuelo? ¿Cómo en tanto tiempo no se ha acabado el entusiasmo que produce su nombre en unos y la ira que suscita en otros? ¿Cómo hay misioneros que, por seguir su ejemplo y cumplir sus preceptos, van a predicarle en las regiones más apartadas, sin temor a los trabajos ni a la muerte?

¿Qué hombre es ese que, cuando van pasando razas y pueblos y generaciones, no cesa un punto de ser oído, invocado, adorado, por unos; insultado, aborrecido, perseguido por otros: y *El* entre tanto, *El* solo vive siempre y subsiste, y domina cada día nuevos corazones y nuevas razas, nuevas gentes y nuevos pueblos?

¿Conoces tú, hijo mío, alguno de los grandes hombres que ha visto el mundo, con quienes suceda esto que sucede con Jesucristo? ¡Ah! No. Napoleón decía bien cuando, oyendo cierto día llamar a Jesucristo *un grande hombre,* se volvió al que lo llamaba y le dijo: "En punto a hombres, me parece que soy voto competente, y yo le aseguro a usted que en cuanto a ESE, era mucho más que un hombre."

Pero lo que hay de más singular en la persona de Jesucristo, es que no sólo continúa viviendo en el mundo desde que apareció sobre la tierra, sino que antes de aparecer y desde que hubo hombres, había ya vivido, había sido deseado, conocido, amado de unos y aborrecido de otros. En El pensaban todo los pueblos y naciones cuando aguardaban al Libertador que Dios había prometido a nuestros primeros padres. Los Patriarcas, los Profetas y todo el pueblo judío, que sabían que de su seno había de nacer el Redentor de los hombres, en Jesús esperaban, en El y por El vivían, a El invocaban y creían y amaban.

A la manera que el sol en los cielos va alumbrando, no solamente el espacio ya recorrido, sino el que aún tiene que recorrer, así Jesucristo es el creído, el esperado y el amado de los hombres nacidos antes, y de los nacidos después que su sagrada persona apareciese en la tierra.

¿Qué hombre es éste, vuelvo a preguntarte, a quien se conoce, en quien se cree, a quien se espera y se ama antes de que haya nacido? ¿Sabes tú de algún grande hombre con quien haya sucedido cosa igual?

Hay más todavía. Entre todos los grandes hombres que ha conocido el mundo, hay cierto parecido, cierta semejanza, como si fueran todos de una misma familia. Al verlos pasar unos después de otros, cada cual en su época, se conoce que cada uno tiene necesidad de tomar algo de lo que el otro le deja, se ve que todos se imitan unos a otros, y, sobre todo, se halla que los más grandes no han

estado exentos de flaquezas, de errores y hasta de crímenes, con los que van a voces diciendo que son hombres.

No hay uno de ellos que al saber la vida de sus antecesores no diga para sí: "Yo puedo ser tan grande como ese, y más grande todavía."

Pero Jesucristo no tiene igual entre ninguno de los más grandes hombres que ha conocido el mundo antes y después de El; ninguno puede compararsele en nada, mientras que El reúne en sí las perfecciones de todos. Ha habido hombres grandes, de mucha virtud, de mucha ciencia, de mucho valor. Pero, ¿a cuál de ellos podrás comparar con Jesucristo? Su virtud es tan sobrehumana, que ni se envanece con los aplausos o los triunfos, ni se abate porque le insulten y atormenten, ni tiene para con sus encarnizados enemigos y feroces verdugos más que palabras de perdón, de amor y de misericordia. Su valor es tan grande como su humildad. El mal que le hacen no lo siente por sí, sino por el delito que cometen los que le maltratan, y por el castigo que les espera. Su ciencia es tan singular, tan nueva su doctrina, tan extraordinario su lenguaje, que nadie antes de El, ni los hombres más sabios, ni los de mayor talento, habían sospechado siquiera cosa parecida; nadie había enseñado las grandes verdades y las grandes virtudes que El predica y enseña.

En Jesucristo ninguna perfección falta de cuantas pueden tener los hombres, mientras que tiene, en cambio, perfecciones tan suyas propias, tan especiales e incomunicables, que los santos más san-

tos no son, comparados con El, sino pálidos reflejos, imperfectísimas copias de su perfección infinita.

Y ¡cosa singular! Con ser tan grande la perfección de Jesucristo, tan grande, que sería locura en cualquier hombre el querer igualarla, es tal, sin embargo, que lejos de asustar el ánimo con su misma grandeza, nos convida a imitarla. Y esto consiste en que, grande y todo como es, jamás peca por exceso, como suelen pecar las perfecciones de los hombres.

Estudia las virtudes de los mayores santos, y hallarás que, en aquellas mismas por donde más se distinguen, cometen cierto exceso que nos acobarda y humilla. Por ejemplo, San Vicente de Paúl se distingue por su humildad; pero parece como que hace demasiado poca estimación de sí mismo. La austeridad con que los ermitaños vivían en el desierto, tiene algo que nos espanta. San Francisco de Asís se nos figura que vive con demasiada desnudez y miseria. Tal es el hombre, que hasta en lo más bueno y santo que hay en él, se ve siempre algo de imperfecto, algo que peca, como suele decirse, una vez por carta de menos y otra por carta de más.

Pues bien, hijo mío; contempla ahora las perfecciones de Jesucristo; nada hay que falte en ellas, y nada tampoco que sobre. Porque nada en ellas falta, comprendemos que es imposible igualarlas; pero por lo mismo que nada sobra, hay en ellas tanto de suave, de dulce y atractivo, que el ignorante como el sabio, el niño como el viejo, el pobre como el rico, todos pueden aspirar a tener

algo de ellas y a imitarlas, y ninguno puede juzgarse absolutamente incapaz de seguir en algún modo el ejemplo de Jesucristo.

¿Qué hombre es éste, te preguntaré una y mil veces, qué hombre es éste, cuyas palabras y obras, siendo doctrina y modelo de lo más sublime que puede concebir el entendimiento humano, están, sin embargo, al alcance de todo el mundo? ¿Quién sino un Dios, pudiera haber conciliado tan maravillosamente lo que hay de sobrehumano en la perfección infinita, con lo que hay de posible en la imperfección humana? ¿Quién sino un Dios, pudiera ser ese a quien fuera locura querer igualar, y que, sin embargo, es maestro y modelo de todos? ¿Quién sino un Dios, pudiera haber puesto así lo más difícil en las manos del hombre, viniéndolo casi a convertir en lo más fácil?

No bien le oyes, y ya le entiendes, no bien le entiendes y ya le admiras; le ves y ya le amas. Conoces que es sublime lo que te enseña y te parece, sin embargo, que siempre lo has sabido. Y esa doctrina, que tan fácilmente entiendes, es, sin embargo, tan nueva para los hombres antes de que Jesús la enseñara, que al oirla los judíos no pudieron menos de exclamar: *Ningún hombre jamás ha hablado como este hombre.*

Esta doctrina, que tan clara te parece y tan clara es, hace ya diez y nueve siglos que viene siendo meditada por todos los sabios, combatida por todos los perversos, aplicada a todas las ciencias, a todas las sociedades, a todas las formas de gobierno, a toda clase de pueblos y de hombres, sin

que nadie haya podido encontrar en ella ni error, ni falta, ni exceso, ni delito; antes bien, permaneciendo eterna, como la luz del mundo, y de la cual pudo con verdad decirse por el Maestro divino: *Pasarán el cielo y la tierra,* PERO NO PASARÁ MI PALABRA.

Donde esta palabra reina, allí viven el bien y la sabiduría; donde ella penetra, huyen el vicio y la ignorancia; allí donde ella falta, o de donde se ausenta, se levantan la barbarie, el envilecimiento y la muerte. A esa palabra debe el mundo todo lo bueno que tiene; y de tal manera es ella la única luz del entendimiento humano, que hasta los mismos que la insultan y la niegan, no saben, ni tienen más ni menos para insultarla y negarla que lo que ella misma les da y les enseña.

Pues considera ahora, hijito mío, que esta palabra de Jesús, tan sublime y tan sencilla al mismo tiempo, que es leche para los niños y pan para los hombres, luz para el ignorante y asombro para el sabio; que es antorcha para la razón, guía para las acciones, regla para los pueblos; que ha salido de los labios de un hombre en quien concurren circunstancias tan particulares como Jesucristo; considera ahora, te digo, que esta palabra, que todo lo domina, que no se funda en ninguna otra palabra humana, que ha sido, es y será la admiración de los siglos, es la misma que incesantemente repite: *Yo soy Dios, Hijo de Dios, Verbo eterno del Padre, el Mesías prometido, el Ungido del Señor, el Salvador de los hombres, la Verdad, la Vida.*

"Dinos si eres tú el Cristo que esperamos", le

preguntaban los judíos. "*Os estoy hablando,* les responde Jesús, *y no queréis creerme, cuando los milagros que obro en nombre de mi Padre os dicen quién soy.* YO Y MI PADRE SOMOS UNO MISMO." Al oirle esta respuesta, los judíos quieren apedrearle, y El entonces les dice: "*¿Por qué queréis apedrearme? —Por tu blasfemia,* le responden los judíos; *porque no siendo más que un hombre, te haces Dios.*"

A la mujer samaritana que le habla del Redentor Cristo, como de quien había de venir para salvar a los hombres y enseñarles toda verdad, le responde Jesús: "Yo, *que estoy hablando contigo,* SOY ESE CRISTO."

Predicando en otra ocasión a las turbas, que se habían reunido para escucharle, les dice: "*En verdad, en verdad os digo, que así como el Padre resucita a los muertos, del mismo modo el Hijo restituye la vida a quien quiere...* A FIN DE QUE TODOS HAGAN AL HIJO HONOR IGUAL AL QUE ES DEBIDO AL PADRE. EL QUE NO HONRA AL HIJO, NO HONRA TAMPOCO AL PADRE.

Otro día, enseñando a un sabio judío que había ido a consultarle, le dice así: "NADIE SUBE AL CIELO, SINO EL QUE HA BAJADO DEL CIELO, EL HIJO DEL HOMBRE QUE ESTÁ EN EL CIELO... *Dios ha amado al mundo en tal manera, que le ha dado a* SU HIJO ÚNICO, *a fin de que cualquiera que cree en El, no muera, sino que posea la vida eterna... Dios ha enviado al mundo a* SU HIJO *para que el mundo sea salvado por El... El que cree en El, no será condenado;* PERO EL QUE NO CREE, YA ESTÁ JUZGADO DE ANTEMA-

NO, PUES QUE NO CREE EN EL HIJO ÚNICO DE DIOS."

Acaba, en otra ocasión, de volver la vista a un ciego de nacimiento, el cual, arrojado de la sinagoga por los judíos porque decía que su bienhechor era cuando menos un Profeta, vuelve a encontrarse con El, se postra a sus plantas, y Jesús le pregunta entonces: "¿CREES EN EL HIJO DE DIOS?" —"*¿Y quién es, Señor, a fin de que yo crea en El?*" —LO ESTÁS VIENDO, le responde Jesús: ES EL MISMO QUE TE ESTÁ HABLANDO." —"Creo, Señor, creo", dice entonces aquel hombre, y se postra ante Jesús, y le adora como a Dios.

¿No te bastan estos testimonios, hijo mío? Pues oye todavía: —"*Abraham, vuestro padre,* dice Jesús a los judíos, *se regocijó al entreverme.*" —"Cómo es eso?, le replican los judíos; ¿aún no tienes cincuenta años, y dices que has visto a Abraham?" Efectivamente, Abraham había vivido dos mil años antes que Jesucristo, y por lo que los judíos entendían, preguntaban con razón. Pero Jesús les responde: "ANTES DE QUE ABRAHAM EXISTIERA, EXISTO YO."

Llega la hermana de Lázaro a pedirle que resucite a su hermano, y Jesús la dice: "Yo SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA. *El que cree en Mí, vivirá aun después de muerto; y el que vive en Mí y cree en Mí, no tendrá ya muerte eterna. ¿Lo crees tú así?*" "*Sí, Señor,* respondió la fiel Marta: CREO QUE SOIS EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO QUE HABÉIS VENIDO A ESTE MUNDO." Pocos instantes después, llegado Jesús adonde estaba el cadáver ya corrompido de Lázaro, añade estas palabras verdadera-

mente divinas: "Gracias os doy, Padre mío, que os habéis dignado oirme. No lo digo por Mí, pues bien sé que me oís siempre, sino por este pueblo que ahora me escucha, *a fin de que crea que sois Vos el que me ha enviado.*" Y diciendo entonces en alta voz: "Lázaro, sal fuera", se levantó de su sepulcro el muerto, que aún tenía la cara, pies y manos envueltos en el sudario.

El Evangelio entero tendría que copiar, hijo mío, si hubiera de citarte todos los pasajes en que Jesucristo se llama a sí mismo Dios. Pero lee, sobre todo, su discurso sobrehumano la noche de la cena con sus discípulos: "Yo soy —les dice en aquella hora memorable— EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA. *Nadie llega hasta el Padre sino por Mí. Si me conocéis a Mí, ya conocéis a mi Padre.* EL QUE ME VE, VE A MI PADRE. *Todo lo que me pidiereis en mi nombre os lo concederé, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo. Amadme. Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre lo amará y* VENDREMOS *a El y* ESTAREMOS *en El.*"

Clavado ya en la cruz y próximo a expirar, vuelve Jesucristo a llamarse Dios y a hablar como tal, cuando, oyendo al Buen Ladrón decirle lleno de fe: "*Señor, acuérdate de mí cuando entres en tu reino*", le responde el Salvador: "*Hoy estarás conmigo en el Paraiso.*"

Por última cita, recuerda cuando el Apóstol Santo Tomás, resistiéndose a creer que Jesucristo hubiera resucitado, y no acabando de creerlo hasta que le vió y metió los dedos en sus divinas llagas, se postró a sus plantas y le dijo. "*¡Señor mío y*

Dios mío!" Jesús entonces, lejos de reprenderle porque le llama Dios, le responde: "*Porque has visto, has creído, Tomás;* BIENAVENTURADOS AQUELLOS QUE NO VIERON Y CREYERON."

Aquí tienes, hijito mío, varios pasajes del Evangelio en que Jesucristo se llama a sí mismo Dios, y consiente que otros se lo llamen, y exige que como tal le reconozcan, le crean y adoren.

De que efectivamente Jesucristo dijo y obró estas cosas no puedes dudar, porque están escritas en el Evangelio, que es la historia de su vida; historia escrita por los mismos que vieron y oyeron lo que en ella se refiere, y que murieron por confesar la verdad de aquello mismo que habían escrito; historia conocida de todas las gentes que vivían en tiempo del Salvador y no desmentida por nadie ni entonces ni después; historia, en fin, de la cual decía Rousseau (se pronuncia *Rusó*), otro francés por el estilo de Voltaire, "que bastaba leerla para conocer que era verdad". "Libros como el Evangelio, decía este tal, no los puede inventar nadie; y si alguno hubiera capaz de hacerlo, sería más de admirar por su invención que la vida misma que aquel libro refiere."

No pudiendo, pues, ponerse en duda que Jesucristo dijo y obró todo lo que se refiere en el Evangelio, y siendo tan claro, como es, que se llama a sí mismo Dios y que por tal quiere ser tenido, te digo yo ahora: O Jesucristo dice la verdad o no la dice; si dice la verdad, es Dios verdaderamente, y en este caso quedan explicadas por sí mismas sus palabras, sus milagros y sus

triunfos. Si no dice la verdad, es, o porque se engaña a sí mismo, o porque quiere engañar a los demás. Si se engaña a sí mismo es (¡blasfemia horrible!) un pobre loco que ha dado en la manía de creerse Dios, y si quiere engañar a los demás, es un embaucador que se burla de la gente.

Considera tú ahora, no con la fe de cristiano, sino con el sentido común de hombre racional, si no es tan atroz como necia la blasfemia de suponer a Jesucristo o un loco o un embaucador.

Si era loco, ¿dónde están los hombres cuerdos en el mundo? No está mal loco el que por primera vez enseña la doctrina más sabia y más santa que han oído los hombres; el que se lleva tras de sí con su palabra a millones de almas que mueren por confesarle y servirle; el que funda una Religión que dura siglos y siglos, triunfando siempre, a pesar de estar siempre combatida. ¡Jesucristo un loco! ¿Quién estaría tan verdaderamente loco que se atreviera a decirlo?

Si era un embaucador, haz el favor de decirme, en primer lugar, cómo se componía de manera que, para hacer creer sus mentiras, sanaba a los enfermos con tocarlos, resucitaba a los muertos con su palabra, calmaba los mares y ponía silencio a la tempestad con una señal de su mano. Dime, en segundo lugar, si cabe en lo natural, en lo posible, que un embaucador pueda nunca ser tan acabado modelo de todas las virtudes como lo fué Jesucristo; y si puede ser tal su habilidad y su tino, que nadie, en tanto tiempo como estuvo rodeado de gentes, le descubriera la mentira. Y

dime, sobre todo, si puede ningún hombre, por muy bien que sepa y quiera mentir, llevar su mentira hasta el punto de sostenerla, como sería necesario suponer que lo había hecho Jesucristo, cuando estaba clavado en una cruz y próximo a dar el último suspiro.

Dime, por último, qué interés tendría Jesucristo en querer pasar como Dios, no siéndolo. Porque todo el que miente, por algo miente. ¿Se proponía hacerse rico? Pues entonces, ¿cómo desprecia tan grandemente las riquezas; cómo se declara amigo y padre de los pobres, y cómo se condena *El mismo voluntariamente* a una pobreza tan grande, que no tenía ni una almohada donde reposar la cabeza?

O bien, ¿no quería riquezas, sino que solamente pretendía el aplauso y la admiración de las gentes? Pero entonces, ¿cómo era tan humilde que, pudiendo tener por amigos a los sabios que le aplaudían y a los grandes que le buscaban, se complacía solamente en vivir con los pequeños; y empezó por rodearse de ignorantes pescadores? ¿Cómo un hombre lleno de ambición y de vanidad podía enseñar tan constantemente, como Jesucristo lo hacía con su palabra y con su ejemplo, el desprecio de sí mismo? Además, ¿dónde has visto tú que un hombre amigo del aplauso empiece, como Jesucristo lo hacía, por reprender tan duramente los vicios, las costumbres, las ideas más dominantes de los mismos de quienes pretende ser aplaudido? Todo el que quiere ser adulado, tiene que adular; y si en vez de adular ofende, lejos

de aplausos, lo que ganará será lo que ganó Jesucristo: ser crucificado.

Podrías, por último, decirme que Jesucristo no quería ni riquezas ni aplausos, sino pura y simplemente reformar el mundo y hacer bien a los hombres; y que se fingió Dios para que le respetaran más, y lograr así mejor sus buenas intenciones.

Pero semejante suposición sería más absurda aún que todas las demás. Porque no cabe en juicio sano suponer que un hombre que se propone destruir los errores y vicios del mundo sea él mismo tan falso, y tan sin conciencia, que empiece su obra por el horrible sacrilegio de fingirse nada menos que Dios.

Esto por un lado. Pero por otro, ¿no había de haber conocido Jesucristo que su mentira se había de descubrir tarde o temprano, y que entonces era perdido todo el bien que con ella se hubiese propuesto? Porque es claro que nadie podía estimar ni seguir para nada la doctrina de un hombre tan atrevido y falso que hubiese intentado nada menos que ser tenido por Dios.

Y además, ¡buen modo tenía Jesucristo de hacer que se le tuviera por Dios, si efectivamente no lo hubiera sido! ¡Confesar delante de todo el mundo que había nacido en un establo, y ponerse en trance de padecer todos los tormentos y de sufrir todo género de humillaciones, hasta morir crucificado entre dos facinerosos! ¿Tan escaso conocimiento había de haber tenido de los hombres, que no conociera ser este el camino menos a propósito para que creyeran su mentira?

Porque es claro que, una vez creído por las gentes que El era Dios, su objeto estaba conseguido; pero, según el camino que llevaba y los medios que ponía en juego para esto, ¿cómo se le podía ocultar que, humanamente hablando, era imposible que le tuvieran por Dios los que le veían en tan miserable estado?

Precisamente, la mayor prueba que hay de que Jesucristo es Dios, consiste en haber sido creído y adorado como tal, a pesar de todas las contras que, humanamente hablando, había para ello.

Por consiguiente, hijo mío, tenemos que la razón y la historia, cuando no la luz de nuestra santa fe, están diciendo a voces que el Fundador de nuestra Religión, Jesucristo, no era solamente un gran sabio ni un santo, sino el Sabio de los sabios, el Santo de los santos, la misma Sabiduría, la Santidad misma, es decir, Dios verdadero, Verbo eterno del Padre, Hijo unigénito de Dios, Creador del cielo y de la tierra.

Sí, sí, hijo mío; su palabra es de un Dios, sus hechos son de un Dios, sus virtudes de un Dios: su obra en el mundo, que es nuestra Religión santa, va diciendo ella sola que nadie sino un Dios pudiera haberla fundado. El hombre de cabeza sana y de corazón no dañado, sólo con consultar a su razón, tiene ya bastante para caer postrado ante la imagen del Hijo de Dios vivo que derramó su sangre por nosotros, y adorarle, y decirle como su discípulo Tomás cuando hubo tocado sus llagas: "Verdaderamente, ¡oh buen Jesús!, eres tú MI SEÑOR Y MI DIOS."

XX

¿Por qué me ha dicho usted que los protestantes tienen una religión falsa? ¿Pues no son tan cristianos como los católicos? Yo creo que todos somos casi lo mismo.

R.—Sí, *casi lo mismo;* como la moneda falsa es *casi lo mismo* que la de buena ley: no hay más diferencia sino que la una *pasa* en el mercado y la otra *no pasa.* Del mismo modo, entre protestantes y católicos no hay más diferencia sino que unos profesamos la Religión que nos enseñó Jesucristo, y otros profesan la que a ellos les acomoda.

Ante todo, debo advertirte que protestantes son todos los que niegan alguno o algunos de los artículos de la fe que reconocemos y confesamos los católicos. Como estos artículos de nuestra fe son varios, y como de entre todos los llamados en común *protestantes,* unos niegan unos artículos y otros niegan otros, resulta que hay varias clases o *sectas* de protestantes, la cuales se distinguen entre sí por el número y calidad de los artículos de fe que cada una de ellas niega.

Llámanse todos en común *protestantes,* porque todos ellos, aunque diferentes entre sí, convienen en *protestar* contra la fe que unánimemente profesamos los católicos. Todos ellos desprecian la autoridad de la Iglesia católica fundada por Jesucristo para enseñarnos y explicarnos su divina doctrina, y para aplicarnos por medio de los

Sacramentos los méritos de nuestro Salvador, y al desechar la autoridad de la Iglesia, no admiten más regla de fe que la Biblia, según cada cual de ellos quiera y sepa entenderla.

Así es que los protestantes no admiten más sacramentos que el Bautismo, y aun éste lo entienden y administran de mala manera. Todos los demás sacramentos los desechan; así es que ni se confiesan, ni comulgan, ni reciben la Extremaunción. Como no reconocen el sacramento del Orden, sus sacerdotes no tienen ninguna autoridad espiritual, ni les sirven más que para hablarles un ratito los domingos sobre la Biblia. Como el Matrimonio tampoco es sacramento para ellos, resulta que se descasan cuando les da la gana.

Para los protestantes, como antes de ahora te he dicho, la Hostia santísima no es más que un pedazo de pan cualquiera, porque ellos no creen que en la sagrada forma esté real y positivamente presente el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Tampoco veneran a María Santísima ni a los Santos; así es que en sus templos no hay imágenes. Sobre todo, a la Virgen Nuestra Señora le tienen una verdadera aversión.

Como para ellos la Iglesia no es la comunión de los fieles regida por la soberana autoridad espiritual del Sumo Pontífice, niegan que éste sea Vicario de Jesucristo, y en lugar de obedecerlo y venerarlo como nosotros los católicos, dicen de él mil atrocidades, y le llaman Anticristo, Vicario de Satanás y otros insultos por el estilo.

Esto son los protestantes. Ahora que ya los conoces, dime tú si te parecen lo mismo que los ca-

tólicos. Donde nosotros decimos *sí*, ellos dicen *no*, y, por consiguiente, estoy en el caso de repetirte lo que ya te he dicho: o ellos tienen razón, o no la tienen; si la tienen ellos, no la tenemos nosotros, y si la tenemos nosotros, es imposible que la tengan ellos.

Y como en punto a religión, el tener razón o no tenerla vale tanto como el profesar una religión verdadera o falsa, resulta que si su religión es verdadera, la nuestra es una superstición ridícula; pero si nuestra Religión es la única verdadera, como ya antes te lo he demostrado, la suya es un error abominable y una burla del nombre de cristianos. Esta es la cuestión.

Para resolverla importa que, después de saber ya lo que son los protestantes, sepas alguna cosa del cuándo y el cómo nacieron.

Diez y seis siglos había ya que la Iglesia católica estaba en pacífica posesión del derecho que le dió Jesucristo para dirigir y santificar a los fieles cristianos, cuando salió en Alemania un fraile, orgulloso y díscolo de suyo, llamado Martín Lutero, el cual, rabioso de tener que obedecer a sus prelados, y conociendo que le sería imposible dejar de hacerlo si no se rebelaba contra la suprema autoridad espiritual del Papa, ahorcó los hábitos y renegó de sus creencias, empezando a predicar que la Religión cristiana se había echado a perder y que él quería *reformarla;* que el Papa era un nadie, un usurpador de la autoridad suprema de la Iglesia; que los Sacramentos no servían para nada, y que bastaba la fe sin obras para salvarse; que los clérigos debían ser casados, y,

por último y en resumen, que la Religión no había de ser para los cristianos lo que la Iglesia dijese y mandase, sino lo que a cada cual le pareciese conveniente.

Mientras esto predicaba Lutero, sucedió que el rey de Inglaterra, Enrique VIII, casado con una hermana de nuestro rey y emperador Carlos V, enamoróse perdidamente de una dama de su corte, llamada Ana Bolena, y queriendo casarse con ella, pidió al Papa que anulase su matrimonio con la reina su mujer. Negóse el Papa, como era natural y justo, a semejante picardía, y no fué menester más para que el rey de Inglaterra negase la obediencia al Papa y diese entrada y protección en sus Estados a la herejía de Lutero.

Pusiéronse de parte del rey muchos obispos y casi todos los grandes señores de su corte, que se repartieron bonitamente entre ellos los bienes de la Iglesia, y juntáronse con aquellos en este escándalo todos los clérigos, frailes y monjas que, mal avenidos con las virtudes de obediencia y castidad, que habían prometido a Jesucristo, quisieron campar por sus respetos y darse a la vida alegre y regalona. Los muchos fieles que se resistieron a esta abominación fueron perseguidos y tratados como traidores.

Lo mismo, y por las mismas causas que había sucedido en Inglaterra, sucedió en Alemania y algunas otras naciones; de donde vino a resultar que, pocos años después de la predicación de Lutero, la mitad casi de Europa se había rebelado contra la Divina autoridad de la Iglesia católica por dar rienda suelta al orgullo, a la avaricia y

a la lujuria que se habían apoderado de los pueblos y de los reyes.

Negada de este modo la autoridad de la Iglesia, y una vez declarado que cada cual podía entender y practicar la Religión cristiana como mejor le acomodase, resultó, y continúa hoy resultando, que cada protestante ha negado y niega lo que le parece conveniente; porque ellos no tienen más regla de fe que su opinión particular. Así ha sucedido que, negando unos un dogma y otros otro, fundándose entre ellos una nueva secta según cada nuevo dogma que niegan, han venido a parar a punto de que, si se juntaran en un libro todas las verdades de la Religión que cada una de las sectas ha negado, se vería que entre todas no han dejado en pie *ni uno solo* de los artículos de la fe cristiana, empezando por la misma existencia de Dios.

Esto sucede entre los protestantes, mientras los católicos, por la misericordia divina sujetos a la autoridad salvadora de nuestra Madre la Iglesia, creemos y profesamos unánimemente todos y cada uno de los dogmas y preceptos que dió Jesucristo a los hombres. Por eso nuestra Iglesia es y se llama *católica,* es decir, *universal;* lo cual no sólo quiere decir que es de todos los tiempos, de todos los lugares y de todos los hombres, sino que une a todos sus fieles con el vínculo común y universal de una misma fe y de un mismo culto.

Pues bien; ahora que ya conoces quiénes son y de dónde vienen los protestantes, te haré estas sencillas preguntas: —¿Es o no verdad que el protestantismo pretende fundar una religión nueva? No puedes decirme que no, pues una religión se com-

pone de fe y de culto, y los protestantes pretenden enseñar una nueva fe y profesar un nuevo culto. —¿Es o no indispensable que, o ellos se equivoquen o nos equivoquemos los católicos? O lo que es igual, ¿es o no indispensable que, si su religión es verdadera, la nuestra sea falsa, y que si la suya es falsa, la nuestra sea verdadera? Tampoco me dirás que no, pues sabes que ellos dicen y profesan lo contrario que nosotros en unos mismos puntos; y por consiguiente, alguno va errado. Si yo digo que tres y dos son cinco, y tú dices que no son cinco, sino seis, alguno de nosotros se equivoca por fuerza; si son cinco, no son seis; si son seis, no son cinco: no hay remedio. —¿Es o no indispensable, para que una religión sea verdadera, el que sea divina, es decir, enseñada por el mismo Dios, o por alguien de quien no pueda dudarse que es enviado suyo? Ya te he demostrado, y ahora te lo recuerdo, que la Religión que no es divina, que no procede de Dios mismo, y que es *mera invención* de los hombres. no es Religión, y, por consiguiente, no es verdadera.

Luego para tener por divina, es decir, por verdadera una nueva Religión, me parece que lo primero que tiene que probar el que la predique es que es Dios o enviado de Dios.

Y ahora te pregunto: los infinitos predicadores de nueva Religión, fundadores de las infinitas sectas protestantes, ¿son dioses o enviados de Dios? ¿Te atreverás a tener por tales a esos danzantes que se rebelaron contra la Iglesia por orgullo, por avaricia y por lujuria?

El enviado de Dios ha de saber la verdad y ha de tener virtudes. ¿Y dónde está la verdad que enseñan y saben los protestantes? La verdad no puede ser más que *una,* y ellos enseñan tantas verdades contrarias cuantas son las sectas innumerables en que se dividen, y que por más señas se hacen pedazos unas a otras. Además de que entre ellos, y aun dentro de una misma secta, cada cual, en punto a Religión, es dueño de tener por verdad lo que le parece, y de tener hoy por verdad lo que ayer le parecía mentira, o al contrario; es decir, que a cada instante varían; luego no saben la verdad; porque el que sabe la verdad no puede variar.

Pero ya que no poseen la verdad estos predicadores de la religión nueva, ¿tienen virtudes? Para responder a esta pregunta, necesitaría contarte la vida y milagros de todos ellos. Ya sabes la buena pieza que era el amigo Lutero. ¡Pues si leyeras en los libros *escritos por ellos mismos* lo que han sido otros fundadores de sectas, ya verías buenas cosas! Y si hoy mismo te dieras una vuelta por Alemania o por los Estados Unidos de América, que es donde el protestantismo está más en boga, tropezarías en varias tabernas con algunos apóstoles y evangelistas, que lo primero que se te acurriría al verlos, sería meterlos en un presidio correccional o en una jaula de locos.

En resumen, los enviados de Dios no pueden ser reputados tales por nadie si no tienen y obran algo de divino. Pues bien, ¿dónde están sus profecías? ¿Dónde están sus milagros? El gran fundador de secta, Calvino, viéndose apurado con

esta pregunta que le hacían los católicos, quiso una vez meterse a hacer un milagro, y pagó a un perdido para que se fingiera muerto, a fin de *resucitarlo* él en seguida. Cuando todo estaba ya arreglado para la farsa, llega nuestro apóstol rodeado de gentes, y empieza a decir al que estaba en tierra: "Levántate, levántate"; pero el otro, nada; como si tal cosa, sin levantarse; ¿ni cómo se había de levantar, si estaba real y verdaderamente muerto? Para castigar su mentira y confundir a Calvino, Dios le había quitado la vida.

El mismo Lutero, que en su calidad de fundador del protestantismo estaba más obligado a mostrarse como enviado de Dios, cada vez que alguien le pedía una prueba de lo que era, salía como un perro rabioso poniéndole de *burro, puerco, turco endiablado* y otras lindezas tan caritativas como éstas que se le ocurrían a aquel buen siervo de Dios y santo *reformador* de su Iglesia.

Cuenta, hijito, que yo no quiero decirte con esto que los protestantes sean todos gente perdida y mala, no; entre ellos hay hombres buenos y virtuosos, porque al cabo, y a pesar de sus errores, siempre su religión conserva algo de cristiana. Pero, aun así y todo, sus virtudes tienen siempre cierta cosa de frías y de estériles, que a la legua van diciendo no estar abonadas por la caridad.

Y así tiene que suceder; la razón te dice que unos hombres acostumbrados por su misma religión a no tener más regla de fe ni de conducta que su opinión particular, no pueden estar ligados entre sí con aquellos vínculos de amor que

engendra el hecho de pensar todos del mismo modo y de practicar unas mismas obras como nos sucede a los católicos.

Tú ves lo que sucede en una familia mal avenida, donde el padre tira por un lado, la madre por otro y los hijos cada uno por el suyo. En esta familia, ni se quieren unos a otros, ni se ayudan en sus necesidades, como sucede en las familias donde hay unión, es decir, donde todos los protestantes son la otra familia mal avenida, en a pensar del mismo modo, viven verdaderamente unidos, no sólo con sus cuerpos, sino con sus espíritus.

Pues bien; los católicos somos esta familia bienavenida, que, sumisos todos a nuestra Madre la Iglesia, creemos y practicamos de una misma manera lo que ella nos manda creer y practicar; y los protestantes son la otra familia mal avenida, en la cual no hay ni padre ni madre que tengan autoridad para hacerles creer y practicar las mismas cosas, y donde, por consiguiente, cada cual tira por su lado para creer y obrar lo que le parece.

Si quieres saber lo que de esto resulta, no tienes más que ver por ti mismo lo que pasa en las familias donde hay unos de un partido político y otros de otro; donde unos son, por ejemplo, liberales y otros absolutistas. En la pasada guerra civil, ¿cuántos hermanos no hemos visto que unos estaban con las tropas de la reina Isabel y otros con las de D. Carlos? Pues figúrate si esto sucede por pensar de distinto modo en una cosa de tan poca importancia como la política,

¿qué sucederá cuando la diversidad de opiniones sea sobre materias religiosas?

Respecto a los protestantes, es tan verdad lo que te estoy diciendo, que entre sus mismas sectas sucede que las menos separadas de la fe de la Iglesia católica son las que cuentan en su seno mayor número de gentes honradas y virtuosas, y que, al contrario, mientras más separadas están de la Iglesia, menos positivas, menos eficaces, menos cristianas son las pocas virtudes que conservan. Así está sucediendo hoy día que los protestantes de buena fe y de honradas intenciones van poco a poco volviendo a acercarse a la Iglesia, de tal manera, que ya nos imitan a los católicos en una porción de cosas: muchos de ellos creen ya en la Misa y veneran a la Virgen Santísima y a los Santos, y han cesado ya en sus sermones de decir las atrocidades y sandeces que tenían de costumbre contra la Religión católica.

Y no sólo sucede esto, sino que todos los días en Alemania, en los Estados Unidos y mucho más aún en Inglaterra, estamos viendo que abjuran sus errores y se convierten al Catolicismo millares de protestantes, entre ellos los hombres de más saber y más virtud que hay en sus sectas principales. Esto es tanto más notable, cuanto que hasta ahora no se ha visto nunca que un católico *verdaderamente instruído en su religión y de fe sincera* se haga protestante.

Y tú puedes estar seguro de que se convertirían muchos más protestantes si no fuera por el pícaro temor de indisponerse con sus correligionarios, o de perder en sus intereses mundanos. La

prueba de esto se halla en los muchos protestantes que se convierten *a la hora de la muerte*, sin que *jamás* haya sucedido que en semejante momento se haya hecho protestante ningún católico. Es decir, que cuando llega la hora verdaderamente de ajustar cuentas cada cual con su conciencia y de disponerse a parecer ante el tribunal de Dios, el protestante conoce que está fuera de la verdad, mientras que al católico no le ocurre nunca dudar siquiera de la fe que recibió en el Bautismo.

Estas pruebas solas y otras muchas de la misma especie que pudiera presentarte, bastarían a demostrar que solamente los católicos profesamos la verdadera Religión de Jesucristo. Pero aún te haré algunas reflexiones que te convencerán más y más de ello, sin que te dejen lugar ninguno a la duda.

La primera es el hecho constante en la historia de la Iglesia de haber siempre existido, desde San Pedro acá, una sucesión jamás interrumpida de Pontífices, los cuales han sido reconocidos constantemente como jefes supremos de la Religión católica, y a cuya autoridad, por consiguiente, han estado sujetos todos los demás sacerdotes y fieles de la Iglesia, sin que a ninguno le ocurriera decir lo contrario, hasta que apareció, hace trescientos años, la herejía de Lutero. Es decir, que la Iglesia católica es tan antigua como el Cristianismo, mientras que el protestantismo es una novedad, como quien dice, de ayer.

Lo propio que pasa con los Pontífices, pasa también con los demás Obispos, los cuales, desde los

Apóstoles acá, vienen igualmente, por una sucesión no interrumpida, siendo los pastores de la Iglesia, encargados como tales de la dirección espiritual de los fieles, y obedeciendo todos en común a la autoridad suprema del Papa, Obispo de Roma. Por eso nuestra Iglesia católica se llama también *apostólica y romana.*

Esta es la organización que perpetuamente ha tenido nuestra Iglesia, desde Jesucristo su fundador; y tan cierto es que esto ha sido así, que los mismos protestantes no lo niegan. Ellos, lo mismo que todos los demás herejes que ha habido entre los cristianos, todos han reconocido que la verdadera Iglesia católica se halla donde se hallan los Obispos unidos en una misma fe con el Papa, su cabeza y Padre común de todos los fieles.

Pero si alguno lo dudara, no habría más sino ponerle delante el Evangelio mismo, para que viese cuándo y de qué manera y a quiénes encargó Jesucristo de propagar, enseñar y aplicar los dogmas y Sacramentos de su Iglesia. —"RECIBID EL ESPÍRITU SANTO (dice el Hijo de Dios a sus Apóstoles); ASÍ COMO MI PADRE ME HA ENVIADO A MÍ, OS ENVÍO YO A VOSOTROS. ID, PUES, Y ENSEÑAD A TODAS LAS NACIONES: *bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; predicad el Evangelio a todas las criaturas.* HE AQUÍ QUE YO MISMO ESTOY CON VOSOTROS HASTA EL FIN DEL MUNDO. EL QUE OS OYE, ME OYE; EL QUE OS DESPRECIA ME DESPRECIA." (Evangelios de San Mateo y San Marcos.)

Aquí ves, hijo mío, quiénes son los verdaderos pastores encargados por Jesucristo de administrar los bienes espirituales de su Iglesia. Estos en-

cargados fueron sus Apostóles y los sucesores de ellos.

Pues oye ahora de boca del mismo Jesucristo quién es el verdadero y legítimo jefe supremo de estos apóstoles. "*Tú eres Pedro,* Y SOBRE ESTA PIEDRA FUNDARÉ MI IGLESIA, y *las potestades del infierno no prevalecerán contra ella.* A TI TE DARÉ LAS LLAVES DEL REINO DE LOS CIELOS; *y todo lo que tú desatares sobre la tierra, será desatado en los cielos.*" Por estas palabras del Salvador, ni la Iglesia entiende ni nadie puede entender otra cosa sino que San Pedro fué elegido por Jesucristo para ser el jefe supremo, el fundamento constante, el Doctor infalible y el Pastor universal de toda su Iglesia, es decir, de todos los demás Apóstoles y de todos los fieles.

Resulta, pues, de todo esto:

1.° Que hay una Iglesia cristiana, pues que Jesucristo dice: MI IGLESIA.

2.° Que no hay más que *una sola,* porque Jesucristo no dice: MIS IGLESIAS, sino MI IGLESIA.

3.° Que esta única Iglesia fundada por Jesucristo, no es ni puede ser nunca otra sino la establecida en cabeza de San Pedro, y perpetuada en sus legítimos sucesores y en los de los Apóstoles sujetos a su autoridad. Es decir, que no hay más Iglesia cristiana verdadera que la Iglesia católica apostólica romana, esto es, la congregación de todos los fieles cristianos que en cualquier parte del mundo profesan una misma fe, participan de los mismos Sacramentos y tributan a Jesús el mismo culto, dirigidos inmediatamente por sus pastores los Obispos y demás sacerdotes delegados de

éstos, y sujetos todos en común a la autoridad suprema espiritual del Papa, sucesor de San Pedro, actual Obispo de Roma, doctor infalible, Pontífice y Vicario de Jesucristo en la tierra.

Solamente los que se hallan unidos a esta Iglesia profesan la Religión cristiana. Todos los demás, aunque se llamen cristianos, profesan una religión falsa, porque ni creen, ni esperan, ni aman, ni obran lo que Jesucristo quiso que fuera por sus discípulos creído, esperado, amado y practicado.

Por consiguiente, no es verdad que los protestantes sean tan cristianos como nosotros los católicos. Lejos de eso, es indudable que el católico que se hiciera protestante dejaría de ser cristiano, así como el protestante que verdaderamente quiera ser cristiano, tiene que hacerse católico. Esta es la misma verdad que, hace ya *mil seiscientos años*, enseñaba San Cipriano, Obispo y mártir, cuando decía: NADIE PUEDE TENER A DIOS POR PADRE, SI NO QUIERE TENER A LA IGLESIA POR MADRE.

La humildad y la caridad son las virtudes propias del Cristianismo, y justamente esas dos son las que faltan a los protestantes, como poseídos que están del vicio que más las contradice y las imposibilita, esto es, el *orgullo*. El orgullo les hace desoir y despreciar a la Iglesia de Jesucristo; el orgullo les hace no tener más regla de fe que su propia opinión particular.

Acostumbrados así a no obedecer autoridad ninguna en el asunto principal de la vida, que es la Religión, fácilmente niegan toda autoridad y se rebelan contra toda especie de gobierno, aun

en los negocios puramente humanos. Por esta causa han sido ellos, desde que aparecieron, los maestros y causantes y ejecutores de las grandes revoluciones y guerras que han ensangrentado a Europa de tres siglos a esta parte.

Del propio modo, acostumbrados a no seguir más que su opinión particular, acaban por no pensar sino en sí mismos y en adorarse a sí propios como a dioses. Esto explica por qué les falta la caridad, es decir, el amor a los hombres en Dios y por Dios. Y como donde este amor falta, ya sabes (véase la objección VII) que no hay verdadera beneficencia, de aquí resulta que el mismo bien que se hace entre los protestantes es siempre una cosa fría y estéril; que no sirve ni para santificar al que lo hace ni para consolar al que lo recibe.

Por esta causa les ha sido imposible hasta hoy, aunque muchas veces lo han intentado, fundar Hermanas de la Caridad. Por esta causa sus misioneros, lejos de ser, como los misioneros católicos, apóstoles de Jesucristo, y dispuestos a morir por confesar su fe, no son más que comerciantes que van a hacer su negocio y a vender Biblias, y que en cuanto les amaga la menor sombra de riesgo, o ponen pies en polvorosa, o consienten en abrazar aquellas supersticiones mismas que están obligados a combatir en los países adonde llevan sus misiones.

Nuestra España, hijito mío, tiene la gloria de haberse salvado, gracias a Dios, hasta hoy (1),

(1) ¡Ay! Esto se escribió en 1854.

de esta peste de la herejía, y yo espero en la divina misericordia que semejante desgracia no logre nunca juntarse a las muchas con que ya castiga el cielo las ofensas que ha recibido la Religión en este suelo clásico del Catolicismo. No; aquí jamás podrán tener carta de vecindad, ni mucho menos ser seguidas por españoles, esas sectas que, aunque diferentes entre sí, están todas conformes en negar, en aborrecer y en insultar lo que más aman los católicos de todas partes, y lo que tanto amamos los españoles.

Jamás podremos creer nosotros que Jesucristo tiene su morada en esas salas desnudas, sin altares *ni* imágenes, a que por mal nombre llaman *templo* los protestantes. Jamás podremos nosotros tener por cristianos a los que desprecian y aborrecen a nuestra dulce abogada María Santísima Madre de Dios, a los que escarnecen y detestan el inefable misterio de amor que nos da en la Sagrada Eucaristía el pan celestial de vida y la posesión anticipada de nuestro Dios y Salvador Jesucristo; a los que han convertido el matrimonio cristiano en un concubinato autorizado por la ley, y a los que han hecho del sacerdocio un oficio como otro cualquiera, despojándolo de toda dignidad, de toda santidad y de todo carácter; a los que han proclamado, en fin, como *derecho del hombre,* una rebeldía que ciega el entendimiento, que pervierte el corazón, que endurece las entrañas y que mina los fundamentos mismos de todas las verdades y de todas las virtudes.

Mira, hijo mío. Atiende bien a esta regla que voy a darte, y que contiene el sentido de todo

cuanto te dejo dicho en esta RESPUESTA: "Caridad y tolerancia con los protestantes, porque son hombres, y los cristianos debemos amar a todos los hombres; pero guerra sin tregua y horror eterno a su errores abominables y a su mal llamada religión, porque no es, porque no puede ser nunca la Religión de Jesucristo."

XXI

Pero, en fin, el Evangelio de los protestantes, ¿no es lo mismo que el nuestro?

R.—Te diré: el Evangelio, como todos los demás libros Sagrados, es para nosotros los católicos lo que la Iglesia nos dice que es; sus palabras y el sentido que a ellas deba darse son lo que la Iglesia nos dice y lo que la Iglesia nos explica. Por eso entre nosotros es considerado como falso y despreciable todo libro sagrado, sea del Antiguo, sea del Nuevo Testamento, que no está aprobado por la Iglesia; y por eso también a nosotros nos está prohibido, como un pecado gravísimo, entender las palabras de los Libros Sagrados de un modo distinto o contrario del que la Iglesia enseña y explica.

Ahora bien; como los protestantes desprecian la autoridad de la Iglesia, y no se creen obligados a tener por verdadero ni bueno más que lo que a cada cual de ellos les parece, sucede que cada secta entre ellos hace lo que le acomoda con los Libros Sagrados. Cada cual los escribe y los explica como le da la gana; de donde resulta que,

generalmente hablando, su Evangelio no dice lo mismo que el nuestro, y que, aun cuando el de algunas sectas tenga las mismas palabras que el nuestro, las entienden allá como se les antoja; de lo cual viene a resultar lo mismo que si las palabras fuesen distintas.

De esta manera, los protestantes no solamente son impíos y sacrílegos al despreciar a la santa Iglesia encargada por Jesucristo de guardar, explicar, predicar, defender y poner por obra sus divinos mandamientos, sino que también son imprudentes y necios, considerado humanamente el negocio, pues es claro que una reunión de tantos hombres tan sabios como hay en la Iglesia, y cuyo oficio propio es de estudiar y aprender para enseñar, explicar y poner por obra la ley de Dios contenida en los Libros Sagrados, ha de tener necesariamente más prendas de acierto que no la opinión particular y aislada de ningún hombre, por sabio que sea.

Sucede a los protestantes con el Evangelio lo propio que sucede a los judíos con el Antiguo Testamento, pues así como los judíos se pierden por no reconocer el Evangelio de Jesucristo, por atenerse meramente a su opinión particular en la manera de entender las profecías, y por no confesar que Jesús es el Mesías prometido en ellas; del mismo modo los protestantes se pierden por no reconocer a la Iglesia de Jesucristo, por atenerse meramente a su opinión particular en el modo de entender el Evangelio, y por no confesar que la Iglesia católica, de cuyas manos han recibido ellos los Libros Sagrados, es la única au-

toridad establecida por el Redentor para guardar, explicar y practicar las enseñanzas del Cristianismo.

¿Qué replicarían los protestantes a los judíos si, al preguntarles por qué no creen que Jesucristo es el Mesías prometido, les repondieran: "No lo creemos, porque a nosotros *nos parece* que Jesucristo no es el Mesías: del propio modo que vosotros los protestantes no entendéis el Evangelio como lo entiende la Iglesia, porque *os parece* que no tiene autoridad para explicarlo?" ¿Qué podrían responder los protestantes a este argumento de los judíos? Nada.

Tan cierto es, que sin la palabra y la autoridad de la Iglesia, las Sagradas Escrituras no son más que unos libros como otros cualesquiera, y aun menos que otros cualesquiera, porque no siempre son fáciles de entender, y sólo la ciencia de la Iglesia, que no es una ciencia humana, sino la Sabiduría misma del Espíritu Santo que perpetuamente la enseña y la sostiene, es capaz de mostrar la vida que se encierra en las palabras del Evangelio, las cuales son letra muerta sin la explicación de la Iglesia. Por eso San Pablo dice, hablando de este asunto: "La letra mata; el espíritu de la letra es lo que da vida." Y esto mismo quería significar San Agustín, cuando decía que él no creería en el Evangelio si no lo propusiese la autoridad de la Iglesia. *Evangelio non crederem, nisi me cogeret Ecclesiae catholicae auctoritas.*

XXII

Un hombre de bien no debe cambiar nunca de Religión, sino que cada cual debe vivir y morir en la que ha nacido.

R.—¿Aunque la Religión en que se haya nacido sea falsa, y aunque conozca uno que lo es?—Tú no puedes querer decir semejante desatino.

Lo que querrás decir es que cuando se ha tenido la dicha de nacer en la Religión verdadera, es decir, en la católica, no solamente no debe un hombre de bien dejarla por otra, sino que comete el mayor crimen si la deja, que es la *apostasía*. Pero, cuando se ha tenido la desgracia de nacer en una religión falsa, y hay la dicha de conocerlo se está obligado a dejarla inmediatamente por la verdadera, y al dejarla, no solamente no se falta a ningún deber, sino que se practica el acto más racional y más meritorio: el más racional, porque todo hombre juicioso y honrado debe dejar el error por la verdad y el mal por el bien; el más meritorio, porque, así como no hay crimen más grande que la *apostasía*, no hay virtud mayor que *convertirse* a Dios para creer en su palabra y cumplir su santa voluntad. Esto es claro como el sol.

El que ha nacido en una religión falsa y se *convierte* a la verdadera, no solamente obra conforme a razón, y como debe un hombre honrado, sino que además ejecuta, por lo común, un acto de valor heroico, pues muy raro será el que, ha-

llándose en este caso, no tenga que prepararse a sufrir disgustos y pérdidas de importancia. Pero, aunque les amenazasen todos los tormentos del mundo, y aunque debiesen perder hasta la vida por causa de su conversión, no por eso estarían dispensados de abjurar de sus errores en cuanto los conozcan y de abrazar la verdad. Deben acordarse de las divinas palabras del Salvador:

"YO NO HE VENIDO A TRAER LA PAZ, SINO LA GUERRA. *He venido à separar al hijo de su padre, y a la hija de su madre... Porque muchas veces los mayores enemigos del hombre son sus parientes. El que ama a su padre y a su madre más que a Mí, no es digno de Mí; y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de Mí.* SERÉIS ABORRECIDOS DE TODO EL MUNDO POR MI CAUSA. EL QUE PERSEVERARE HASTA EL FIN, SERÁ SALVO." (San Mateo, capítulo X.)

Disputaba cierta señora protestante con uno de su secta que se había *convertido* al Catolicismo, y queriendo echarle en cara su conversión, le dijo esta pulla: "Yo, caballero, quiero vivir y morir en la Religión de mis padres."—"Pues yo, señora, quiero vivir y morir en la de mis abuelos", le respondió el caballero con mucho acierto, pues quiso decirla que el protestantismo era una cosa nueva, mientras que el Catolicismo era tan antiguo como el nombre de cristiano.

Lo mismo quiso dar a entender aquel Obispo que, hallándose desterrado en Inglaterra, oyó a un protestante que le decía: "Comprendo la pena que tendrá usted, si muere en Inglaterra, al pen-

sar que sus huesos quedarán sepultados entre protestantes."—"No, señor, le respondió el Obispo; no será así, porque encargaré en mi testamento que me hagan una sepultura bien honda."

Por último, aquí es ocasión de contarte la razón que tuvo para convertirse al Catolicismo el rey de Francia Enrique IV, que era protestante. Llamó a su corte una junta de doctores católicos y de ministros protestantes para consultarles. Cada cual de ellos tenía el interés que es natural en que el rey se decidiera a favor de su Religión, y disputaban largamente, sin que el ánimo del monarca se hubiera todavía decidido, hasta que tomando éste, en fin, una resolución, preguntó a los protestantes si podría salvarse haciéndose católico. Respondiéronle que sí, pero que se salvaría más fácilmente si continuaba siendo protestante. Preguntó en seguida a los católicos, y éstos le respondieron que, habiendo una vez conocido ya, como conocía, la Iglesia católica, estaba obligado a entrar en ella, y que de no hacerlo así, y de continuar siendo protestante, se condenaría sin remedio.

El rey, que era un hombre de buen sentido, pensó entonces: "Los protestantes dicen que puedo salvarme con los católicos; los católicos, en cambio, dicen que si me quedo con los protestantes me condeno; pues me atengo a lo más seguro, y me voy con los católicos." —Y así lo hizo: abjuró sus errores y se convirtió al Catolicismo.

XXIII

La Iglesia católica es una antigualla que ya pasó.

R.—Lo mismo, lo mismísimo que tú dices ahora, se viene diciendo por todos los impíos y todos los bribones de todos los siglos, desde la fundación del Cristianismo. Y la Iglesia, entre tanto, ahí está más firme y más gloriosa cada día, ganando un triunfo nuevo a cada nueva persecución que levantan contra ello los malvados, y quedando vencedora su verdad eterna de todas las herejías que en el mundo se han inventado para matarla.

Aún no se había cumplido un siglo desde que el Dios hombre fué crucificado, y ya entonces un procónsul (que es como si dijéramos un gobernador de provincia) escribía al emperador de Roma, Trajano, estas palabras: "Por aquí ando a vueltas con los cristianos; y los tengo ya tan escarmentados con mi persecución, que bien puedo asegurar que dentro de poco no quedará ni rastro de su *secta,* ni volverá a hablarse más en el mundo de ese Dios crucificado, con el que arman tanta bulla."

Y Trajano murió, y vinieron otros emperadores, y otros procónsules que perseguían a los cristianos, que los degollaban a millares... Y el Dios crucificado cada día ganaba nuevos adoradores.

Pasan dos siglos, y los mismos emperadores que habían perseguido a los cristianos, reciben el sagrado Bautismo, se postran humildes ante el Calvario, y adornan su corona y sus es-

tandartes con aquella misma cruz que había sido tan escarnecida.

Todo parecía juntarse desde entonces para asegurar la paz y completa victoria al Cristianismo, cuando un emperador cristiano reniega de su fe, y empieza a perseguir de nuevo a la Iglesia, más aún con los insultos y las burlas que con los tormentos y los suplicios. Este emperador fué el llamado *Juliano el Apóstata,* quien en tono de broma decía que *estaba cavando el sepulcro del Galileo,* con lo cual se alababa de su odio a Jesucristo, y se suponía capaz de acabar con su Religión y con su Iglesia.

Juliano murió; murió el imperio donde él era emperador; pasaron siglos y siglos, hasta trece que son ya cumplidos desde que murió el Apóstata... Y la Religión del Galileo y su santa Iglesia viven gloriosas y triunfantes.

Levantáronse cada siglo, cada año, cada mes, en todos los puntos del universo, herejes atrevidos, fundadores de sectas poderosas, que lograron contar en su seno a los reyes y grandes del mundo. Todos han dicho que iban a acabar con la Iglesia... Y la Iglesia está en pie, mientras que ellos, y sus nombres, y sus sectas, y sus poderosos protectores están sepultados en el olvido, sin que ya nadie, sino algún sabio curioso, sepa nada de ellos.

Cegado por el orgullo y alentado por la codicia, levantóse el protestantismo, hace trescientos años, en cabeza de Lutero; y como todas las herejías, salió también prometiéndoselas felices y asegurando que iba a acabar con la Iglesia. "¡Oh

Papa, oh Papa! (decía Lutero), yo soy para ti una peste mientras vivo; después que yo muera seré tu cachete."

Y Lutero murió, y su protestantismo se dividió en innumerables sectas, que se odian y despedazan unas a otras, y todas ellas juntas y al mismo tiempo se van deshaciendo hoy mismo en todas partes como la sal en el agua... Y el Papa, de quien Lutero pretendía ser cachete, va siendo cada vez más venerado, cada vez más fuerte y poderoso.

Llega, por fin, el siglo pasado, y nace Voltaire, aquel famoso impío a quien ya conoces, y su desprecio y su odio a la Religión fueron tan grandes, que le inspiraron la sacrílega extravagancia de firmar sus cartas con este sobrenombre: *Voltaire burla-Cristos, o destripa al infame.* (Este *infame* a quien quiere destripar es el buen Jesús y su santa Iglesia.) En una de sus cartas, firmada con esta firma horrible, dice así: "Estoy harto ya de oir que bastaron doce hombres para fundar la Religión católica, y quiero mostrar que con uno solo basta y sobra para acabar con ella." —"Dentro de veinte años (decía en otra carta) habremos ya dado buena cuenta del Galileo..."

Y el *mismo día* en que se cumplían cabalmente *veinte años* de haber escrito esto, moría el tal Voltaire de la manera que he contado (Véanse las páginas 66 y 67.)

Muere Voltaire, y sobre su mismo sepulcro comienza a rugir aquella horrorosa Revolución francesa, de que habrás oído hablar, que inundó la

Francia de sangre, que degolló al rey en un patíbulo, que derribó todos los templos de Jesucristo y despedazó a sus sacerdotes, y púso sobre sus altares a una ramera para adorarla.

Pero viene Napoleón y restablece el culto católico, y Jesús vuelve a sus altares y los sacerdotes a sus templos.

Napoleón mismo, que había restablecido el culto del Dios verdadero, se empeña después en exigir del Papa cosas que el Papa no podía concederle, y lo saca de Roma y lo lleva preso a Francia. Pero poco después, el mismo Napoleón dobla la rodilla ante el Vicario de Jesucristo, y lo restituye a su Silla, rodeado de honor y de esplendor... Y Napoleón muere de la manera que te he referido... Y aquella Revolución francesa, vencida por él, pasa como un huracán, dejando sin duda muchas huellas de su gran destrucción, pero no impidiendo que la Iglesia de Jesucristo saliera triunfante de la guerra infernal que contra ella habían movido juntos Voltaire, el protestantismo y la Revolución, es decir, la impiedad, el error y la barbarie.

Por último, tras algunos pocos años de calma y de reposo, salen en estos tiempos que vamos atravesando esos famosos regeneradores de la sociedad y del hombre, de quienes ya te he hablado; esos *socialistas, comunistas* y demás predicadores de su especie que, alentados y auxiliados por el protestantismo expirante y por todas las malas pasiones de las almas más depravadas, vuelven a repetir el sonsonete de que *la Iglesia no es ya de este tiempo, que es una antigualla que*

ya pasó, que la ley del progreso exige ya otra clase de religión más conforme a la marcha del siglo, etc., etc.

Y todo esto lo dicen con palabras de nuevo cuño y dándose los aires de quien inventa alguna cosa, sin que esos desdichados vean, ni quizá siquiera sospechen, que su alharacas, sus blasfemias y sus simplicidades no son ni más ni menos que una mala repetición de la carta del procónsul romano, de la apostasía de Juliano, de las herejías de todos los siglos, de las fanfarronadas de Lutero, de las asquerosas brutalidades de Voltaire, de los aullidos bestiales de la Revolución francesa, de todos los errores, en fin, y de todos los vicios que han manchado, manchan y mancharán el corazón de los hombres.

Todos ellos están demasiado ciegos para no ver cómo Dios se ha burlado y se burla de sus necedades, conservando y acrecentando más cada día el lustre y la magnificencia de su Iglesia santa.

¡Desdichados, desdichados! ¿No recuerdan la promesa del Salvador al primer Papa y a los primeros Obispos: *Id y enseñad a todas las gentes. Yo estoy con vosotros* HASTA EL FIN DE LOS SIGLOS?... ¿No recuerdan cómo esta promesa fué confirmada en cabeza del Príncipe de los Apóstoles: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,* Y LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PODRÁN PREVALECER CONTRA ELLA?...

¡Desdichados! ¿Cómo quieren luchar contra la promesa de Jesucristo? ¿Cómo no les espanta la idea de desmentir al mismo Dios?

Y ya que tan privados están de fe, que no se

arredran de cometer este sacrilegio, ¿cómo no ven que el mundo vive de lo que sabe y de lo que ama, y que en la Iglesia está toda la ciencia, y que su amor es infinito porque es el mismo amor de Dios?

No; la Iglesia no ha pasado, ni pasará hasta que pase el mundo, de quien ella es espíritu y vida. Ella nada puede temer; el mismo Dios que la ha dado victoria contra sus antiguos y poderosos enemigos, se la está dando y se la dará perpetuamente contra sus enemigos de hoy, que saben mucho menos y valen mucho menos que los antiguos.

Morirán, y no quedará memoria de ellos, estos desdichados que ahora la insultan. Vendrán otros después de ellos, porque la barca de San Pedro ha de estar perpetuamente combatida por las tempestades. Pero Dios la tiene asegurado el puerto celestial de triunfos sin medida, y nada prevalecerá contra ella, ni los enemigos de sus playas, ni el tumulto de las olas, ni los monstruos de los mares.

XXIV

Pero la Iglesia, ¿es hoy lo que el Evangelio puro la manda ser, lo que fueron los primeros cristianos?

R.—No me harías esta pregunta si hubieras ya comprendido, como se debe, que la Iglesia, fundada como está por Dios mismo y perpetuamente asistida por el Espíritu Santo, no puede menos de ser perpetuamente fiel a todos los preceptos

y a toda doctrina de qué la hizo depositaria, maestra y administradora su fundador Jesucristo.

Pero tú, sin saberlo quizá ni quererlo, te dejas llevar por todo lo que te dicen los enemigos de la Iglesia; y precisamente una de las cosas que más te repiten es: que la Religión cristiana no es ya lo que fué en su principio; que se ha echado a perder en manos de los curas; que el Cristianismo de hoy no es ya el de los primeros cristianos, y que se ha corrompido la primitiva pureza del Evangelio.

Los que estas cosas dicen descubren bien los fines que se proponen, cuando añaden: que es menester *reformar* el Cristianismo, y echar a un lado a la Iglesia católica y a los curas como causantes que son de las corrupciones del Evangelio; que lo conveniente es que cada cristiano, por sí y ante sí, se arregle una Religión allá para su uso particular, y que se basta y se sobra cada cual para saber y cumplir la verdadera doctrina de Jesucristo, sin que nadie se la explique ni le ayude a practicarla.

A poco que repares, hijito, verás que toda esta palabrería no es más ni menos que una repetición de lo que decía y pretendía Lutero, y de lo que dicen y pretenden todas las sectas protestantes. Los malos católicos que dicen y pretenden esto mismo, son, o unos hombres de poco juicio que se dejan engañar y que ignoran el daño que hacen a su Religión, o bribones que ven en la Iglesia un obstáculo perpetuo a sus proyectos depravados, y que, aparentando querer el Evangelio puro y el Cristianismo primitivo, lo que quie-

ren en realidad es matar hasta el nombre de cristiano, y no dejar con vida ni una palabra del Evangelio.

Pues bien; para responderte con sola una palabra a todo este barullo, te diré: que si tú eres buen católico, puedes estar cierto de que practicas el Evangelio en toda su pureza, y de que crees, y esperas, y amas, y obras lo mismo que los primeros cristianos.

Y la razón de esto es muy clara. El Cristianismo es una ley de Dios, y no puede alterarse ni destruirse como las leyes de los hombres. Puede, sí, parecer distinta, y lo es, efectivamente, en algunas de sus prácticas exteriores, que no se realizan hoy de la misma manera que en tiempo de los primeros cristianos; pero el fondo siempre es el mismo, es decir, siempre es uno mismo el dogma y una misma la doctrina, hoy, como el primer día de su existencia, y como ha sido diez y nueve siglos que lleva de vida.

La Iglesia ha sido fundada por Dios y para los hombres. En cuanto es obra divina, salió de manos de su autor con toda la perfección que le es propia; pero en cuanto ha sido fundada para los hombres, es indispensable que no veamos de un golpe toda su perfección, sino que la vayamos descubriendo y se vaya realizando entre nosotros, como todo se realiza entre los hombres, es decir, poco a poco, por grados y sucesivamente.

¿Naciste tú con toda la perfección de hombre que te es propia? No; primero fuiste niño, luego adulto, luego ya hombre hecho y en todo el lleno de tu fuerza y de tu razón. Y, sin embargo, ¿no

eres tú hoy *el mismo* que eras cuando niño y cuando adulto?

Pues, comparativamente, así sucede con la Iglesia. De manos de Dios salió fundada ya con todo cuanto la era necesario para llegar a su perfección; pero, como todas las obras de Dios hechas para el hombre, se va perfeccionando por grados a la vista de los hombres para quienes ha sido fundada.

Ahora bien; todo lo que se desenvuelve y se perfecciona por grados, varía en sus formas y tiene tantos estados diferentes cuantos son los grados por donde pasa para llegar a la perfección. Pero esta diferencia de estados no lleva consigo una diferencia de la cosa en sí misma, sino únicamente de las formas con que se desenvuelve y perfecciona.

No es diferente de sí misma la encina que ves en el bosque de lo que fué cuando era tallo y cuando era arbusto; son, sí, diferentes su tamaño y la cantidad de sus frutos. No eres tú hoy otro ser distinto del que eras cuando niño y cuando joven; son, sí, distintas las formas de tu cuerpo y el caudal de tus conocimientos y tus afectos.

Pues del propio modo, la Iglesia católica no es hoy otra distinta de lo que fué en el Cristianismo primitivo; son, sí, mayores los tesoros de verdad, de poder y de virtud que ha descubierto a los hombres, y son distintas algunas formas exteriores de su organización; pero éstas en nada alteran ni varían lo que en su fondo fué desde su principio en tiempo de los primeros cristianos.

Esta verdad se comprueba más y más cada día

que ya siendo mejor estudiada y más conocida la historia de la Iglesia. Este estudio y este conocimiento, aumentados cada día con los nuevos descubrimientos que se hacen, han bastado para convertir al Catolicismo a muchos protestantes sabios y hombres de buena fe, que registrando los escritos y monumentos de los tres primeros siglos de la Iglesia, han encontrado pruebas indudables de que los primitivos cristianos tuvieron ya la misma fe y el mismo culto que tenemos hoy los católicos.

Han visto que siempre se ha creído en la soberanía espiritual del Papa, Obispo de Roma, sucesor de San Pedro, y que se le ha tenido por maestro supremo de la doctrina cristiana, juntamente con los Obispos, sucesores de los Apóstoles.

Han visto que los primeros cristianos celebraban el culto divino con la misma pompa que nosotros, y, sobre todo, el Santo Sacrificio de la Misa, con todas las ceremonias que hoy se celebran en los altares católicos, y cuya mayor parte data del tiempo mismo de los Apóstoles.

Han visto que los primeros cristianos profesaron el culto de la Santísima Virgen, Madre de Dios, y de los Santos, y que veneraron sus imágenes y reliquias, como lo hacemos los católicos, y que recibieron y practicaron los mismos Sacramentos que nosotros, inclusa la confesión auricular al sacerdote, etc., etc.

Y si alguna duda pudiera quedar de todo esto, acaban de descubrirse, hace poco tiempo, en las *Catacumbas de Roma* (principalmente en la llamada de **Santa Inés, que data** de *mediados del siglo*

segundo de la Iglesia), varias capillas subterráneas, con altares en que estaban guardadas algunas reliquias con pinturas e imágenes de la Santísima Virgen, con una silla pontifical, con pilas de agua bendita, y confesonarios, y otras muchas cosas que prueban hasta qué punto, aun en las prácticas más exteriores del culto, obramos los católicos como obraron los cristianos primitivos.

Por aquí puedes comprender la contradicción en que incurren los protestantes y los malos católicos que secundan sus intenciones, al decir, por un lado, que ellos pretenden restablecer el Cristianismo primitivo, y por otro, al condenar creencias y prácticas que está probado sernos comunes a los católicos y a los primeros cristianos.

En resumen, hijito, la Iglesia católica sabe perfectamente, porque así se lo prometió Jesucristo, lo que los cristianos debemos creer y lo que debemos obrar; oigamos dóciles la voz de la Iglesia, sigamos sus preceptos y sus consejos, y así tendremos el Evangelio puro, es decir, la fe verdadera y el verdadero culto que tuvieron y profesaron los cristianos primitivos, sumisos en un todo a la voz de la Iglesia.

Los que nos dicen que la Iglesia ha falseado la Religión, los que quieren que tengamos una fe y un culto distinto de los que ella enseña, nada más pretenden sino apartarnos de nuestra madre que nos ama, para entregarnos sin defensa en manos del error y de las más brutales pasiones.

XXV

Pues señor, yo me formo acá mi Religión, y la practico como me parece. Cada cual tiene su manera de servir a Dios.

R.—¡Ya! Y *tu manera* es no servirle de ninguna. Lo mismo que tú piensan todos estos que salen por ahí predicando la *libertad de conciencia* y la *libertad de cultos*. Todos ellos entienden por estas *libertades* la de no tener ninguna conciencia y de no profesar culto ninguno.

¿Quién te ha dicho que cada cual es libre de servir a Dios como se le antoje? Esto fuese bueno si El no hubiera dicho cómo *quiere* ser servido; pero lo ha dicho, y no se puede ni se le *debe* servir ni se le sirve de otra manera que no sea la que El quiere.

Me dices que este es negocio solamente tuyo, y yo te respondo que la yerras de medio a medio; porque antes que tuyo, es negocio de la Iglesia, la cual, antes que tú nacieras y después que te hayas muerto, es la encargada y mandada de Dios para enseñarnos a todos cómo se le ha de servir. A ser de otro modo, de más estaba haber dicho como dijo a sus Apóstoles, primeros Obispos de su Iglesia: ID Y ENSEÑAD A TODAS LAS GENTES A OBSERVAR MIS MANDAMIENTOS. *El que os escucha, me escucha; el que os desprecia, me desprecia; pues Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo.*

Esto es muy clarito, hijo mío; y no hay remedio: o negar que ha sido dicho por el mismo Dios,

o confesar que no hay otra manera de servirle sino la que enseñan éstos a quienes El ha encargado de enseñarnos.

Si me niegas que esto ha sido dicho por el mismo Dios, declaro que he perdido lastimosamente el tiempo al ponerte tan manifiesta, como lo he hecho en mis respuestas anteriores, la divinidad de Jesucristo, y, por consiguiente, de su Religión. Pero si me lo confiesas, entonces te digo, y concluyo:

Que el que no cree las verdades contenidas en el *Credo* y explicadas en el *Catecismo;* el que no guarda con la mayor fidelidad los Mandamientos de Dios y de la Iglesia; el que no procura ser casto, dulce, humilde, sumiso, sobrio, caritativo, en fin, como la Iglesia le manda entender y practicar estas virtudes cristianas; el que, por último, no implora y busca el auxilio divino con la oración y Sacramentos que le propone la Iglesia, este tal *no sirve a Dios,* sino a su amor propio y a su propio capricho. ¿Dice que tiene Religión? Falso. ¿Dice que es cristiano? Blasfemia.

No hay más que una Religión, ni más que un Cristianismo. O ser cristiano como la Iglesia lo enseña, o condenarse uno a sí propio ante el tribunal de Dios.

XXVI

Pero, en fin, la Iglesia se compone de hombres: hombres son los Papas y los Obispos y los curas. ¿Cómo han de ser infalibles? Yo estoy pronto a obedecer a Dios, pero no a hombres que son como yo, ni más ni menos.

R.—Es como si un soldado dijese: "Mi regimiento se compone de militares como yo: militares son mi general y mi coronel y mi capitán, ¿por qué me han de mandar a mí? Yo estoy pronto a obedecer al rey, de quien todos somos *súbditos*, pero no a militares que son como yo, ni más ni menos."

Suponte que es sólo un soldado el que esto dice, y el que, obrando en consecuencia, desobedece a sus jefes. ¿Qué resultará? Que lo fusilarán por indisciplinado. Pues suponte que son todos los soldados los que dicen y obran lo mismo. ¿Qué resultará? Que no habrá ejército, y que el mismo rey de quien los soldados se declaran súbditos y al cual dicen que están prontos a obedecer, se quedará sin defensores, y el reino caerá en poder de sus enemigos.

Pues aplica el ejemplo. Dios, nuestro Señor Jesucristo es el Rey de cielos y tierra, del cual somos súbditos todos los fieles, soldados que peleamos mientras vivimos contra el error y el mal. Para que sepamos y obremos perpetuamente lo que conviene, a fin de que no nos venzan estos enemigos, nos ha dado nuestro Rey Jesús un general, y coroneles y capitanes que nos enseñen y defiendan;

es decir, nos ha dado a su Vicario y Jefe de su Iglesia, a sus Obispos y demás sacerdotes.

¿Qué resultará si es un sólo cristiano el que, negándoles fe y obediencia, por considerarlos hombres como él ni más ni menos, los desprecia y los desoye? Que perderá la vida eterna. Pues suponte que no es un solo cristiano el rebelde, sino todos los cristianos. ¿Qué sucedería? Que no habría cristiandad, y que el mismo Dios, al cual dicen que están prontos a obedecer, se quedaría sin adoradores, y el mundo entero de los cristianos caería en poder del error y de los vicios, que son sus perpetuos enemigos.

¿Ves ahora claro, con este ejemplo, la atrocidad que me has dicho? ¿Conoces ahora que tu objeción es insensata?

Ya se ve que la Iglesia se compone de *hombres*, y de hombres tan flacos y miserables como tú y como yo, tan expuestos a equivocarse y a pecar. Pero estos hombres son los encargados por Jesucristo de enseñarnos a ti y a mí su doctrina, de administrarnos sus Sacramentos, de dirigir su Iglesia y de salvar nuestras almas. Y justamente este encargo es el que los hace diferenciarse de nosotros y el que los hace nuestros maestros y jefes naturales en todo aquello que dice relación con el encargo que tienen respecto a nosotros.

Pero así como el poder y el mando que el general, el coronel y el capitán tienen sobre los soldados, no les proviene del solo hecho de ser militares, sino de la autoridad que en ellos delega el rey que les da aquellos grados, del mismo modo la autoridad *infalible* y santa que sobre los fieles tienen los sacer-

dotes no les proviene de ser hombres, pues en cuanto a hombres no son más ni menos que otro cualquiera, sino de la divina autoridad, del sagrado carácter que en ellos delegó Jesucristo en cabeza de los Apóstoles y sus sucesores los demás Obispos, autoridad y carácter que reciben con el Sacramento del Orden, instituído para eso por el mismo Jesucristo.

De manera que todos los sacerdotes juntos y cada uno de por sí, incluso el Sumo Pontífice, pueden engañarse y se engañan muchas veces, como hombres que son ni más ni menos que nosotros, en todo aquello que *no tiene que ver nada* con el especial encargo que Jesucristo les dió respecto a nosotros. Pero ni pueden engañarse ni se engañan nunca cuando, en virtud de su carácter sacerdotal, y *con las reglas y condiciones prescritas por la Iglesia,* nos proponen lo que es propio de su especial encargo, como es la declaración de artículos de fe, la regla de las costumbres, la disciplina general de la Iglesia, la liturgia, la canonización de santos, etc., etc.

En todo cuanto se refiere a estos puntos, Jesucristo les dió plena autoridad, y les prometió que les asistiría perpetuamente con su divino Espíritu cuantas veces, después de haberle invocado, hablaren en su nombre.

Por esta razón *los Mandamientos de la Iglesia* nos obligan a los fieles lo propio que los mismos *Mandamientos de Dios,* pues entre unos y otros no hay más diferencia sino que éstos nos fueron dados directamente por el mismo Dios en el Sinaí, y aquéllos nos son dados por la Iglesia, a quien

Dios autorizó para dárnoslos, prometiéndola al mismo tiempo que estaría con ella hasta la consumación de los siglos. He aquí por qué, cuando obedecemos a la Iglesia, obedecemos a Dios; del propio modo que, cuando el soldado obedece a sus jefes, obedece al rey que se los ha dado para que le manden, le enseñen y le defiendan.

Por consiguiente, hijito, tú ves que el que obedece a la Iglesia no obedece a los hombres, aunque la Iglesia se componga de hombres, sino a Dios.

¿Sabes quiénes son los que verdaderamente no obedecen ni quieren que se obedezca más que a los hombres? Pues son los que locamente pretenden destruir la Iglesia de Jesucristo. Esos son los que quieren envilecernos y tiranizarnos al pretender que desoigamos y despreciemos a los que Dios encargó de enseñarnos para nuestro bien, y que sigamos a los que desean sólo hacernos rebeldes a la voz de Dios para entregarnos sin defensa en manos de los hombres.

¿Quieres una prueba de esta verdad? Pues oye, hijo mío, oye esto que te digo con toda la veracidad de un hombre honrado. El hombre que se rebela contra la Iglesia, cae al instante en poder de sus pasiones, que lo envilecen y lo matan. El pueblo que se rebela contra la Iglesia y niega la infalibilidad del sacerdocio cristiano, sale de las manos de Dios para caer irremisiblemente en las de tiranos que lo envilecen y lo destruyen, que lo degradan y lo oprimen, que le roban y lo matan.

De lo primero, puedes hacer la experiencia por

ti mismo todos los días; de lo segundo, te responde toda la historia del mundo, desde la creación acá, y te seguirá respondiendo toda la historia venidera.

XXVII

¿Con que es decir que fuera de la Iglesia *nadie* puede salvarse? Pues ¿qué es entonces del gran número de vivientes que no son católicos?

R.—Entiendo, hijito, entiendo tu dificultad, y te alabo si ha nacido en ti de un impulso de caridad que te haga desear la salvación de todos los hombres. Pero este impulso de caridad es cabalmente lo que forma la vida y el espíritu de la Iglesia; con que figúrate, aun antes de que yo responda a tu pregunta, si su inmensa caridad no enseñará y practicará, en el particular de que se trata, lo más conforme a la justicia y a la misericordia de Dios.

Cuando la Iglesia dice: "Fuera de mí no hay salvación", tú entiendes que lo que quiere decir es: "El que, *por cualquier causa y de cualquier manera que sea,* no es católico, está condenado."

Pero el sentido común te debía ya desde luego hacer sospechar siquiera que la Iglesia ni dice ni puede querer decir semejante desatino. Lo que la Iglesia quiere decir y dice, cuando enseña que "fuera de ella no hay salvación", es que siendo ella sola, como lo es, la única maestra y dispensadora de la única Religión divina, en ella sola se hallan los tesoros de la verdad y de la virtud necesarios para salvar a los hombres.

Lo que de aquí se deduce no es ni puede ser que todo el que esté fuera de la Iglesia, *por cualquier causa que sea,* se condena; sino que todo el que la conozca está obligado, si quiere salvarse, a entrar en ella; y que todo el que, después de haberla conocido, la rechace y desprecie, se condena necesariamente.

Ahora bien; como la Iglesia puede no ser conocida de cualquier hombre, o porque nunca haya oído hablar de ella, o porque no haya oído lo bastante para penetrarse bien de la verdad y la virtud que ella sola posee para salvar las almas, claro está que con el que se halle en este caso no habla la regla de la Iglesia, pues nadie está obligado por ninguna ley divina ni humana a hacer una cosa que no conoce ni puede de manera ninguna conocer.

Aquí tienes por qué, según la racional y caritativa doctrina, comúnmente enseñada por los Doctores y admitida por la Iglesia, un protestante o cismático que de *buena fe* profesan su error, y que por una causa involuntaria *no han podido verdaderamente* conocer y abrazar la fe católica. son considerados como si formaran parte de los fieles, aunque en realidad no la formen; y respecto de ellos te enseña que si han vivido rectamente, según lo que de buena fe creían ser la verdadera ley de Dios, tendrán parte en el reino de los cielos.

Muchos protestantes hay, y aun entre ellos algunos ministros de su culto, que gracias a Dios, profesan de buena fe sus errores. El Ilmo. Sr. Cheverus, Obispo de Boston, convirtió a dos, muy sabios

y muy piadosos, que declararon no haber tenido duda ninguna acerca de la verdad de su religión, hasta que oyeron a aquel buen Prelado.

De todos modos, lo más prudente y más cristiano que hay que hacer en estas materias, hijito, es no meternos a cavilar el cómo juzgará Dios a los protestantes y a los incrédulos. Bástenos saber que Dios, en cuanto es soberanamente bueno, quiere que todos los hombres se salven, y que, en cuanto es infinitamente justo, no puede menos de dar a cada cual lo que merezca. Con esto, y con servirle nosotros lo mejor que podamos, no tenemos necesidad de más.

Seguramente nos habríamos ahorrado todo lo que te llevo dicho en esta RESPUESTA, si tú no hubieras dado oídos a otra palabrota que anda también muy en boga por el mundo, juntamente con la de *libertad de conciencia* y demás de su especie que antes de ahora te he mencionado. Esta otra palabrota es la *tolerancia.*

La idea que con esta palabra se expresa, buena y santa es; porque nada más bueno y santo, sobre todo para un cristiano, que *tolerar,* es decir, mirar con caridad los errores y compadecer los extravíos de los hombres. Pero no es esto lo que predican y pretenden los nuevos apóstoles de la *tolerancia,* sino que exigen como una obligación el que se consientan y se aprueben todos los errores y todos los vicios, y niegan que la Religión y el Gobierno tengan derecho a detestarlos y condenarlos.

Estos tales son los que acusan a la Iglesia católica de *intolerante,* confundiendo, por ignorancia o por malicia, dos cosas que no pueden confundirse,

a saber: *la intolerancia respecto a las doctrinas con la intolerancia respecto a las personas.*

La Iglesia es *intolerante con las doctrinas*, y en esto no hace más de lo que debe, y aun lo que hace cualquier hombre de razón en los negocios comunes de la vida. Todo el mundo es intolerante con los errores que sabe que lo son, y esto es lo que hace la Iglesia, ni más ni menos. La Iglesia sabe que lo que ella enseña en materia de Religión es la verdad, y que no hay otra verdad sino la que ella enseña, como que Dios mismo es el Maestro que se la ha enseñado a ella. ¿Cómo ha de tolerar, por consiguiente, que nadie la contradiga y la desmienta?

¿Qué quieren los que acusan a la Iglesia de *intolerante?* ¿Que renunciando al encargo que tiene de enseñar y de salvar al mundo, oiga en silencio los errores más monstruosos contra la religión, y que no solamente los oiga en silencio, sino que también los proteja, declarando que pueden ser tanta verdad como lo que ella enseña? Cuando la Iglesia enseña, por ejemplo, que el Soberano espiritual de los fieles cristianos es el Sumo Pontífice, como sucesor que es de toda la autoridad de San Pedro, príncipe de los Apóstoles, ¿pretenderán los que la acusan de *intolerante* que, mientras esto confiesa por un lado, confiese por otro que puede ser soberano espiritual cualquier lego motilón en lugar del Papa?

No; la Iglesia no puede ser *tolerante* con el error por la misma razón que tú en tu casa no puedes ser tolerante con el que venga a decir a tu hija que no tiene obligación de obedecerte, o a tu mujer que

no tiene obligación de criar a tus hijos. La Iglesia está en posesión de la verdad, y su doctrina sola es la verdadera, y no puede, por tanto, tolerar ninguna otra doctrina contraria a la suya.

Pero si la Iglesia es *intolerante con las doctrinas*, es, en cambio, *caritativa con las personas*. Obrando en esta parte como el Dios mismo a quien representa, *detesta y condena* el error y el pecado; pero *compadece y ama* al que yerra y al que peca. Mientras por una parte nos enseña que ella sola posee la verdad, y nos asegura que sólo en ella podemos salvarnos y que fuera de ella nos perdemos, también por otra parte nos enseña que todos los hombres somos hermanos, y que debemos, por tanto, amarnos todos recíprocamente como hijos de un mismo padre. Por eso nos manda condenar el error, pero amar al que yerra.

¿Qué hay en esto de cruel, de duro, de bárbaro como suponen los enemigos de la Iglesia cuando la acusan de *intolerante?* Jamás la Iglesia ha dicho lo que uno de los más famosos, entre ellos Rousseau, de quien ya te he hablado. Este tal ha sido uno de los grandes predicadores de *tolerancia*, y, sin embargo, no se ha estremecido al enseñar esta máxima horrible: "El soberano (dice) puede arrojar del Estado al que no *no cree* en la Religión del país donde manda..." "Si algún ciudadano, después de haber reconocido públicamente esta Religión, *se portase como si no la creyera*, debe ser castigado *con pena de la vida.*"

¿Qué te parece la *tolerancia* de este dichoso *tolerante?* **Preciso es confesar que la Iglesia sabe algo**

más y obra bastante mejor, en punto a tolerancia, que los que la acusan de intolerante.

XXVIII

Pero ¿y la Inquisición?

R.—Ya yo esperaba que tú salieras por este registro. Pero ten un poco de cachaza, hijito, qué en esto, como en todo, quiero responderte la verdad..

De la Inquisición habrás oído contar y habrás leído horrores; que fué un tribunal injusto, sangriento, tenebroso, donde no se distinguía al inocente del culpable, donde no había medio de defenderse, y de donde jamás se salía sin llevar, cuando menos, los huesos rotos o el pellejo tostado. No faltará quien te diga que ha sido un tribunal inventado por los curas para entretener sus ratos de ocio en quemar vivos a sus semejantes.

Y no faltará quien esto diga, porque la clase de gentes que por lo general mueven este asunto no acostumbran a pararse en barras cuando se trata de suscitar el odio o el desprecio contra la Iglesia de Jesucristo. Todos ellos saben poner en práctica a las mil maravillas aquella máxima célebre del famoso Voltaire: "Calumniad, y calumniad sin tregua, que de la calumnia siempre queda algo." Fieles a esta regla, se han compuesto para escribir la historia de modo que en su mano todos los hechos se desfiguran y falsean. Unas veces callando la verdad, otras veces mintiendo con un descaro inaudito, tienen muy buen cui-

dado, cuando quieren poner en mal lugar una cosa, de no decir lo que la explica o la disculpa, y de exagerar todo lo que la puede presentar como odiosa.

Esto han hecho al hablar de la Inquisición; no han contado sino los abusos cometidos en nombre de este tribunal, y han callado las razones justísimas que le dieron origen, y los fines convenientísimos para que fué establecida.

El Santo Oficio de la Inquisición fué fundado por Santo Domingo de Guzmán, en una época de fanatismo religioso y de costumbres bárbaras, cuando el nombre de *hereje* o *judaizante* era el dictado más odioso que se podía dar a una persona por cualquier enemigo malintencionado que quisiera vengarse de ella; cuando las excomuniones de la Iglesia bastaban para apartar del excomulgado a sus vasallos, a sus amigos, a sus criados y aun a sus parientes más cercanos; cuando muchos de los infelices realmente excomulgados por herejes o solamente sospechosos de herejía, eran destrozados por el pueblo en medio de las calles, o arrojados a las llamas, sin proceso ni juicio ninguno despojados de sus bienes, y denigradas sus familias con nota de infamia perpetua.

Figúrate que en nuestro tiempo se cometiesen estos excesos populares, y que, no pudiendo ser contenidos por ningún gobierno ni autoridad ninguna, viniese un hombre sabio, piadoso, desinteresado, ajeno de toda pasión y respetado por todo el mundo, que se ofreciese a conocer nuestras causas, a absolver a los inocentes, a reducir al arre-

pentimiento a los culpados y a suavizar las penas durísimas que las leyes determinaran contra ellos; figúrate que, para conservar estos bienes y evitar que se repitieran aquellos excesos, se organizase un tribunal, compuesto de jueces instruídos y sin interés ninguno en faltar a la justicia, ¿no aclamaríamos a este tribunal como un salvador de nuestras vidas y haciendas, y no tendríamos al hombre que lo hubiese imaginado y organizado por un bienhechor insigne de la patria y un sabio reformador de las costumbres?

Pues esto cabalmente fué Santo Domingo de Guzmán, y esto fué en sus principios el Tribunal de la Inquisición. Los que por ignorancia o malicia dejan de referir este su origen verdadero, ocultan por las mismas causas que la Inquisición ha salvado la vida del alma y la del cuerpo a infinitas personas, y que ha sido por mucho tiempo, y desde luego lo era en el tiempo que se estableció, el tribunal más *piadoso*, más humano y más justo que se ha conocido.

Háblase mucho de *las ruedas, las cuerdas, los hierros encendidos* y demás tormentos que se usaban en aquel tribunal para obligar a los reos a declarar; y se calla maliciosamente que esta bárbara costumbre no fué inventada por la Inquisición, sino que ella al establecerse se la encontró ya usada por todos los tribunales de toda especie que entonces había. La verdad es que la Inquisición fué precisamente el primer tribunal que empezó a suavizar en la práctica y a poner en desuso aquel bárbaro modo de enjuiciar a los reos.

Esta es la verdad pura en cuanto al origen de la Inquisición y en cuanto a su primera época. Después se ha dicho que los príncipes de varias naciones, alterando las leyes primitivas de aquel tribunal y haciéndolo instrumento de sus miras políticas, metieron dentro de él, por decirlo así, las pasiones del mundo, y lo pusieron al servicio de intereses que no siempre eran los de la Religión, con lo cual se desnaturalizó grandemente y cometió abusos. Pero, aun dado que así fuese (pues sobre esto hay mucho que hablar), ¿qué hombre prudente y de buena fe hará un cargo a la Religión por los abusos y crímenes que se cometan en su santo nombre?

Los que, confundiendo, por ignorancia o malicia, estas cosas, pretenden que se achaquen a la Religión horrores y excesos que ella es la primera en condenar, son los mismos que callan o disculpan hábilmente los grandes crímenes cometidos por los enemigos de la Iglesia.

Ellos no dirán que en las guerras suscitadas y mantenidas por los herejes en Inglaterra, Alemania y Francia, desde el siglo XV acá, se ha derramado más sangre, en algunas batallas solamente, que toda la derramada por la Inquisición en todo el tiempo que ha durado.

Ellos no dirán que los mismos herejes, tan dispuestos siempre a culpar a la Iglesia de crímenes que no son suyos, sino de los que han abusado de su nombre, han sido más injustos, más sangrientos y bárbaros con los pobres católicos que

cuanto exageradamente se refiere de la Inquisición.

Ellos no dirán que hoy día mismo el fanatismo de los herejes en Alemania, en los Estados Unidos, en Holanda y aun en Inglaterra, está cometiendo con los católicos iniquidades y atrocidades que espantan y avergüenzan a la humanidad.

Ellos no dirán que en algunas naciones, y principalmente en nuestra España, a la Inquisición se ha debido el conservar el preciosísimo bien de la *unidad religiosa,* que nos ha evitado las guerras largas, sangrientas y desastrosas que han afligido, que afligen hoy mismo y que amenazan afligir a algunos países donde existe la libertad de cultos.

Ellos no dirán, por último, las muchas ocasiones en que la Inquisición, no solamente ha refrenado, corregido o castigado a los herejes, corruptores de la moral y perturbadores de la paz pública, sino que también ha descubierto y castigado las patrañas y sacrilegios de los falsos devotos y perversos hipócritas que con capa de Religión estaban cometiendo maldades.

Quede, pues, sentado, hijito mío, que, atendida la época y los fines con que se estableció aquel tribunal, fué una institución altamente piadosa y convenientísima; y que si la justicia manda no callar ni disimular los abusos que se han cometido en su nombre, si se probare que tales abusos se han cometido, manda también no ocultar los bienes que ha hecho al mundo.

Y, sobre todo, hijo mío, te haré esta sencilla reflexión: El que la Inquisición haya sido todo

lo que se quiera, ¿nos impide a nosotros el vivir como cristianos? ¿Será cosa de que, por vivir cristianamente, debamos temer que nos obliguen a llevar a la hoguera a nuestros semejantes?

Dejemos a los que hayan cometido excesos o crímenes que Dios los juzgue, sin renunciar por eso a estudiar en la historia lo que haya de verdad en cuanto de ellos se diga. Pero que aquellos excesos o crímenes, si los ha habido, no nos sirvan de pretexto o de excusa para dejar de cumplir nuestras obligaciones de cristianos.

XXIX

¿Qué es el infierno? ¿Dónde está? ¿Ha venido alguna vez de allá quien nos lo cuente?

R.—No; y si tú entras en él, tampoco volverás para contarlo. Pero precisamente porque nadie vuelve, es, cuando menos, una tontería el no hacer lo posible para libertarse de caer en él.

Tú me podrás decir a esto que no crees que haya tal infierno; pero yo te respondo, por de pronto, que eso que tú te atreves a negar así, tan resueltamente, ha sido objeto de grande duda para los impios más famosos. Ahí tienes a Rousseau, que a la pregunta de si hay infierno nada tuvo que contestar más que un *¿qué sé yo?* Y si esto no te contenta, te volveré a citar a Voltaire, quien, respondiendo a un amigo suyo que se figuraba haber descubierto la prueba de que no había infierno, le decía: "¡Dichoso usted! Yo, por mi parte, no he podido llegar a tanto."

De modo que los más desalmados entre los incrédulos tienen, cuando menos, al hablar de este asunto, un *quizá*, un *¿qué sé yo?*, sin que jamás se atrevan a decir un *no* redondo y seguro. ¿Serás tú más atrevido que ellos?

Por si tal disparate te ocurriera cometer, empezaré diciéndote que ese infiero, del que tú dudas o que niegas, ha sido revelado a los cristianos por el mismo Dios.

Quince veces nada menos habla nuestro Señor Jesucristo del infierno en su Evangelio.

Lee si no el capítulo IX de San Marcos, y allí verás, dicho por el mismo Jesús, que vale más perderlo todo y sufrir en este mundo todas las penas, que "ir al infierno, al fuego que jamás se apaga, donde no tiene fin el remordimiento; donde todo el que entre será *salado* por el fuego", es decir, donde será penetrado, devorado y conservado todo a un tiempo mismo por el fuego, a la manera que la sal, penetrando las carnes, las conserva sin que se destruyan.

Repasa luego el capítulo XXV de San Mateo, donde dice el propio Jesús: "Apartaos de mí, malditos: id al *fuego eterno*, que fué preparado para el demonio y sus ángeles... Y éstos irán al *suplicio eterno*, y los justos a la *vida eterna...*"

Por último, en el capítulo XV de San Juan, dice: "Si alguno no viviere unido a Mí, será arrojado al *fuego y arderá*", etc., etc.

Como ves por estas citas, no puede ser más terminante la palabra de Jesucristo, es decir, de Dios mismo. Con que tenemos que aquel buen Jesús, tal dulce y misericordioso, que todo se lo per-

dona a los pecadores arrepentidos, que recibe en su seno con tanto amor a la culpable Magdalena, a la mujer adúltera, al publicano Zaqueo y al ladrón crucificado a su lado; ese mismo buen Jesús, tan misericordioso y dulce, te dice que hay un *infierno* y un *fuego eterno*, y para que no te quede duda alguna, te lo repite *quince veces*.

Esto supuesto, ya no puedes negarme ni poner en duda la existencia del infierno, sin que me niegues o dudes de que Jesucristo es Dios, o de que su Evangelio dice lo que dice. Pero si te ocurriese la insensata blasfemia de dudar o negar cualquiera de estas cosas, todavía, contra tu impiedad, y tu falta de fe, hablaría a tu razón la voz de todo el género humano.

Porque has de saber que desde que el mundo es mundo, no hay religión ninguna de ningún tiempo y de ningún lugar que no haya creído en el infierno. Desde luego lo creyeron y enseñaron los judíos, como primitivos depositarios que fueron de la revelación divina. Lo han creído todos los filósofos, poetas y naciones de la antigua gentilidad. Lo creen hoy todos los paganos, los moros, los salvajes más incultos. En todas las tierras habitadas que se han descubierto y se van descubriendo se ha visto que la existencia de un infierno sin fin ha sido punto de fe de las religiones más bárbaras y groseras.

¿Qué más? Los protestantes mismos, que apenas han dejado en pie un solo artículo de la fe católica, no se han atrevido a negar el infierno.

¿Ni quién puede tampoco negarlo, por poco sentido común que tenga? Pues qué, ¿no es infi-

nita la justicia de Dios? ¿No es infinita su misericordia? En cuanto es infinitamente misericordioso y bueno, ¿no nos ha dado Dios todos los medios de conocer su voluntad y de cumplirla, y no está igualmente propicio a perdonarnos si nos arrepentimos de haberle ofendido?

Claro es que sí; pero, por lo mismo que es claro, ¿no se deduce de aquí necesariamente que, siendo Dios infinitamente justo, no puede menos de castigar con una pena infinitamente grande al que se empeñe en desoirle y ofenderle, sin tener jamás un remordimiento ni un pesar de haberle ofendido.

¿Qué idea tienen de la justicia los que niegan el infierno? ¿Quieren que Dios tenga reservado el mismo lugar al ladrón y al santo, al opresor y al oprimido? ¿Quieren que Dios haga lo que no consentirían hacer a un magistrado cualquiera? ¿Qué dirían de un juez que, llamado a sentenciar entre un pupilo huérfano y el tutor que le hubiere usurpado sus bienes, declarara absuelto al tutor y dejara al pobre pupilo morirse de miseria?

Pues esto quieren que haga Dios los que niegan el infierno; quieren que el bribón que ha pasado su vida a costa de los sudores y lágrimas del pobre y del desvalido tenga luego en la otra vida el mismo lugar de la gloria y bienaventuranza que el mismo desvalido y pobre a quien haya oprimido y vejado.

Mira, hijito: la ofensa que se hace a Dios es infinita, porque lo es la majestad del Dios a quien se ofende; y si bien la infinita Misericordia del

Señor puede perdonar y perdona al arrepentido, su infinita Justicia no puede dejar de castigar con una pena infinita, es decir, eterna, al que le ofende sin jamás arrepentirse.

¿Cómo se puede poner esto en duda? Y si esto no te bastara, examina los frutos que produce la creencia en el infierno, y piensa los que produciría la falta de esta creencia. ¿Cuánto y cuánto crimen no deja de cometerse por temor a las eternas penas de la otra vida? ¿Cuánta y cuánta buena acción no ha inspirado el justísimo y saludable deseo de evitarlas? ¿Cuánto y cuánto desenfreno no sería el del mundo si llegara a faltar el santo temor que nos infunde la creencia en estas penas?

¿Quieres creer en el infierno? Pues pórtate de manera que no tengas por qué temerlo, y verás entonces cómo no niegas ni dudas su existencia. Los pícaros lo niegan, porque lo temen; quisieran que no lo hubiese, y esta es la mejor prueba de que lo hay.

Por consiguiente, hijito mío, no pongas tú en duda una verdad que tan de cerca te toca, que es creída y confesada por todo el género humano es conforme a todas las ideas de razón y de justicia, y, sobre todo, que ha sido enseñada por aquel buen Jesús, que dice de sí mismo: "Yo soy la VERDAD: el cielo y la tierra pasarán; pero no pasará mi palabra."

XXX

Pero Dios es demasiado bueno para que vaya a condenarme

R.—Ya se ve que sí. Y por eso, no es Dios el que te condena, *sino tú mismo.*

Tú eres el que pecas, no Dios el que peca por ti. Tú eres el que cierras los ojos, los oídos y el entendimiento, para no ver ni oir ni entender las reglas que la bondad de Dios te ha dado para que evites tu condenación.

Tú eres el que usas como te acomoda de ese *libre albedrío* que Dios te ha dado para que obres según tu voluntad. Dios te ha dicho, por ejemplo: "Te prohibo matar a tu prójimo; si lo hicieres, te condenarás; ahora haz lo que quieras." Si después de oído y sabido esto matas, no digas que Dios es el que te condena; quien se condena eres tú que, usando de tu libre albedrío, has matado a tu prójimo.

¿Qué querías? ¿Que Dios no te hubiese dado el *libre albedrío?* Entonces, no serías hombre, es decir, no serías un ser racional, capaz de conocer y de querer lo bueno o lo malo; capaz de merecer premio por el bien, y castigo por el mal que obres. Sin libre albedrío, serías como una bestia, que obra como obra y vive como vive, porque no puede obrar ni vivir de otro modo. Pero tú eres libre, tan libre, que Dios es el primero a respetar tu libertad.

¿O querías que Dios, después de haberte hecho

libre, te *forzara* a obrar de este o del otro modo? Entonces, hijito, destruiría Dios la misma libertad que te ha dado; y en ese caso, en lugar de ser un Señor soberanamente Sabio y soberanamente Justo, que te ha dado lo que te hace ser hombre, y que ha puesto en tu mano todos los medios de que puedas conocer y ejecutar su voluntad soberana, vendría Dios a ser un tirano caprichoso e ignorante, que no sabe lo que te da, y que después de habértelo dado te lo quita.

Luego tu *libre albedrío* es un bien, un derecho, una propiedad que debes a la Sabiduría infinita y a la infinita Justicia de Dios: es como una arma que Dios te ha dado para que te defiendas de todos tus enemigos; es decir, para que huyas de todos los vicios, de todos los pecados. Si en lugar de emplear este arma contra tus enemigos, la vuelves contra ti propio, ¿tendrá Dios la culpa de que te mates con ella? No; la culpa será tuya toda.

Dos caminos tienes abiertos delante de ti, para que tu libre albedrío escoja el que quiera. El uno, que es el del vicio, suele ser, sobre todo en el principio, más agradable a la vista; el otro, que es el de la virtud, suele ser un poco más escabroso. Pero el primero conduce a un abismo y el segundo a una eterna bienaventuranza.

En el viaje de la vida, la fe y la razón son los guías que van mostrando a tu libre albedrío cada uno de aquellos caminos. Si tu libre albedrío toma el de la perdición, si se empeña en no oir a la Religión que te ama y a la razón que te grita, tuya es la culpa, repito; tú eres el que se condena a sí mismo, no Dios quien te condena.

XXXI

Haga yo lo que quiera, no ha de ser de mi salvación más que lo que Dios tenga previsto de toda la eternidad. Con que...

R.—Con que me echaré a dormir, dejaré rodar la bola, o soltaré la rienda a todas mis inclinaciones más perversas. ¿No es esto? ¡Buen discurso, por vida mía, hijito!

¿Quieres saber lo disparatado que vas al hablar así? Pues figúrate que tu mujer te dice una mañana: "Mira, hombre; Dios tiene previsto de toda eternidad si tú has de comer hoy o no. Hágase en casa lo que se quiera, no hemos de poder evitar que suceda lo que Dios tiene previsto. Con que de más está que vayamos al mercado a comprar comestibles y que yo encienda la lumbre y eche el puchero. Por consiguiente, me voy a pasear, y ahí te quedas. Hasta la vista."

¿Qué responderías a tu mujer? O creerías que se había vuelto loca, y que quería burlarse de ti; y en ese caso, le dirías poco más o menos: "Oye tú, mujercita; y el que Dios con su infinita sabiduría tenga previsto si yo he de comer hoy o no, ¿es una razón para que no preparemos la comda, y para que tú te vayas a picos pardos?"

Pues esto mismo te respondo yo a ti. El que Dios en su infinita sabiduría tenga previsto si tú has de salvarte o condenarte, ¿puede servirte de fundamento o de disculpa para que te olvides de todos tus deberes y te des a vivir sin ley

y sin Dios? Respóndame por ti tu propia conciencia.

Ello, sí, es verdad, y yo te lo confieso, que hay un gran misterio en este asunto; misterio que no descubriremos con entera claridad sino en el día de gloria cuando, participando del reino de los cielos, hayamos merecido ver la verdad en Dios mismo sin los velos que nos la ocultan mientras vivimos en la tierra.

Pero, con todo, sucede en este misterio lo propio que en todos los demás que nuestra Religión nos propone: y es que si por un lado tienen de obscuros para nosotros el que no podemos ver *cómo* son ni *cómo* suceden, tienen, por otro lado, de claros el que podemos ver en ellos todo lo que necesitamos para no dudar de su verdad, de su justicia y de su conveniencia.

En el caso presente es para nosotros un misterio cómo la infinita Sabiduría y la perfecta Justicia y la infinita Bondad de Dios puede consentir que los hombres usemos mal de nuestro libre albedrío y que de sus resultas nos condenemos. Pero sabemos lo bastante acerca de nosotros mismos y acerca de Dios para poder asegurar que en estas cosas no hay la contradicción aparente que se *nos* muestra.

En primer lugar, sabemos que somos libres, y de tal modo lo sabemos, que no es posible hacérnoslo dudar. Yo sé, al escribirte lo que tú ahora estás leyendo, que soy dueño de poner una palabra en lugar de otra, que puedo seguir escribiendo, o dejarlo y marcharme de paseo, si así me

acomoda. Tú sabes, por tu parte, que eres dueño de leer o de cerrar el libro, de cantar o de estarte callado, de sentarte o de levantarte, etc., etcétera. Luego tú y yo somos libres.

Sabemos, en segundo lugar, que esta libertad nuestra, o sea lo que se llama nuestro *libre albedrío,* es tan propia, tan natural a nosotros, que es lo que nos hace ser hombres, como el calor y la luz son lo que al sol le hace ser sol.

Sabemos también que Dios, en cuanto es infinitamente Sabio, no ha podido dejar de saber eternamente si nosotros habíamos de usar bien o mal de nuestro libre albedrío. Pero también sabemos que, en cuanto es infinitamente Bueno, nos da todo lo que necesitamos para conocer y entender lo que es bueno y lo que es malo, así como su divina Misericordia nos da el auxilio de su gracia para suplir todo lo que falta a nuestra voluntad imperfecta, y ayudarnos de este modo a ganar la gloria con el cumplimiento de la divina voluntad.

Sabemos, igualmente, que en cuanto Dios es tan soberanamente Justo como Misericordioso, no puede pedirnos cuenta de haber obrado un mal del que realmente no hubiéramos sido responsables, y, por tanto, que cuando nos castiga, lo hace con razón.

Sabemos por consiguiente, y en resumen de todo lo dicho: 1.° Que los hombres somos libres, y que no podemos dejar de serlo sin dejar de ser hombres. 2.° Que Dios es Justo, y que no puede dejar de serlo sin dejar de ser Dios.

Si el hombre no puede dejar de ser libre sin

dejar de ser hombre, libres somos, y cuenta debemos a Dios de la libertad que nos ha dado. Si Dios no puede dejar de ser Justo sin dejar de ser Dios, estemos ciertos de que no nos pedirá cuenta sino de lo que deba pedírnosla, y, por consiguiente, que en nada se opone a la Justicia de Dios el que su infinita Sabiduría haya *previsto* de toda eternidad si nosotros hemos de salvarnos o condenarnos.

Con esto basta y sobra para que no nos metamos en más averiguaciones.

Sí, Dios mío, yo sé que Tú sabes de toda eternidad el uso que he de hacer yo de mi libre albedrío; porque sé que para Ti nada hay oculto en el pasado, ni en lo presente, ni en lo porvenir. pues para Ti siempre es todo presente, para Ti no hay *antes* ni *después,* sino un eterno *ahora.* Pero sé también que yo soy libre: mi conciencia me dice a gritos que yo, y yo sólo, soy dueño de mis acciones; que puedo salvarme si quiero, y condenarme si así me acomoda. Sé también, ¡oh Dios mío!, que sin tu ayuda usaría mal de mi libertad, y por eso tu misericordia viene con el socorro de tu gracia en auxilio de mi flaqueza. Sé que eres Bueno, y que quieres que yo me salve, y que me has dado lo que necesito para conseguirlo. Sé, en fin, que eres Justo, y que cuando me salve, será porque yo lo he merecido, y que cuando me condene, será por culpa mía.

Esto que dice la fe, es lo propio que dice la razón. Y aquí tienes, hijo mío, cómo el misterio que parecía y es tan profundísimamente obscuro,

tiene para nosotros toda la claridad que neccsitamos para nuestra salvación.

XXXII

La Religión nos prohibe ciertas comidas en determinados días. ¿A qué viene esto? ¿Por qué me condeno yo si como carne en viernes? ¿Qué más tiene la carne el día de abstinencia que el que no lo es?

R.—¿Qué más tiene? Tiene el que el día de abstinencia se te prohibe comerla: tiene que te condenas si la comes, no por el solo hecho de comerla, que en sí es un hecho indiferente, sino porque comiéndola *desobedeces* a la Iglesia de Dios, que te *manda* abstenerte de ella.

Lo que condena no es la carne que se come, sino el desprecio que, al comerla, se hace de la ley de Dios, la rebeldía contra el mandato de nuestros pastores legítimos, a quienes dijo Dios: "Id, Yo os envío: el que os escucha me escucha,; el que os desprecia, me desprecia." No se trata aquí de días, ni de carne, ni esta es cuestión de estómago, sino del corazón que se niega a cumplir un precepto obligatorio y fácil.

Nuestros primeros padres en el paraíso no se perdieron, y con ellos el género humano, por el solo hecho de comer la fruta del árbol prohibido; sino porque al comerla, *desobedecieron* el único precepto que les había impuesto Dios. Ni en la Majestad de Dios cabía, ni cabe tampoco en hu-

mano entendimiento, que el género humano entero se condenara porque nuestros primeros padres quisieran refrescarse la boca; pero es digno de Dios y conforme a la razón, que se condenaran por la *rebeldía* contra la divina voluntad; y por esta *rebeldía* se condenaron.

Sin duda tú te figuras que el precepto de la abstinencia es, por lo menos, un capricho de los curas o cosa inútil, cuando no sea perjudicial, y cegado con estas preocupaciones de pagano y de hereje, no has sospechado siquiera que, aparte de las razones puramente de Religión que la Iglesia ha tenido para imponer este precepto, hay otras de importancia que, no por ser de orden inferior, debieran echarse en olvido.

Y para decirte alguna desde luego, ¿no te ocurre pensar cuán útil debe de ser para la salud del cuerpo el abstenerse en determinadas épocas de comer alimentos muy pesados y nutritivos? Todos los médicos del mundo aconsejan la frugalidad como el mejor medio de gozar salud, y recomiendan abstenerse en ciertas épocas del año de alimentos fuertes.

Elevando ahora un poco el ánimo, ¿no te ha ocurrido que una de las intenciones de la Iglesia al mandarte que en determinados días cercenes un poco tu alimento, sea el que, ahorrando algo de tus gastos diarios, puedas hacer mayores limosnas? Y, sobre todo, ¿no es conveniente, no es justo tener alguna práctica, ejercer algún acto que diga a los demás, nos recuerde a nosotros mismos, que somos cristianos? Pues la abstinencia es una de esas prácticas que por la circuns-

tancia de ejercerse en viernes nos recuerda la Pasión y Muerte de nuestro Salvador, y que, por ser semanal y pública, da testimonio a todo el mundo de que somos cristianos.

¿No te parece todo esto racional, hijito mío? Pues todavía te lo parecerá más si consideras la grande caridad con que la Iglesia está pronta siempre a dispensarnos del precepto de la abstinencia, y sin otra obligación que la de consultarlo con nuestros confesores, en cuanto lo exigen nuestra salud o nuestras ocupaciones o cualesquiera otra causa legítima. Como que la Iglesia lo que quiere es nuestro bien, y está pronta a evitarnos todo cuanto nos puede dañar.

Mira, hijito, si quieres mostrarte, no sólo cristiano, sino hombre prudente y amigo de vivir como Dios manda, procura cumplir lo mejor que puedas el precepto de la abstinencia, y ríete de los tontos, que al burlarse de él prueban que no han visto lo que tiene de santo, en primer lugar, y, en segundo, lo que tiene de útil, de inofensivo y de fácil.

APENDICE A LA RESPUESTA XXXII

OBJECIONES

1.ª Si tan útil y buena y santa es esa abstinencia, ¿por qué la Iglesia me dispensa de ella pagándole unos cuantos reales, que (dicho sea entre nosotros) sabe Dios en lo que se emplean?

2.ª ¿No es éste uno de los muchos abusos de la Iglesia, que por cierto corre parejas con el tráfico que se hace de indulgencias plenarias y parciales, y otros por el estilo?

3.ª Con razón se dice que a Roma se va por todo, y que quien lleva allá dinero, todo lo consigue.

4.ª Y lo propio sucede por acá, pues cada parroquia es una socaliña perpetua; nacer y enterrarse, y todo lo que hay intermedio, cuesta un ojo de la cara.

R.—A todas estas objeciones voy yo a contestarte en una sola respuesta.

Y desde luego, te diré que es menester estar muy cegado por las preocupaciones que te han metido en la cabeza los protestantes y los impíos, para acusar, como lo haces, a la Iglesia de aquello mismo en que te da una muestra de su inmensa caridad.

Cuando la Iglesia nos dispensa de cumplir algún precepto suyo, no lo hace como una autoridad caprichosa y tiránica, ni mucho menos se propo-

ne dejarnos libres y horros de nuestras obligaciones de cristianos, sino que obra con nosotros como una madre amorosa y prudente, que, ya por satisfacer alguna imperiosa necesidad, ya por otorgar alguna gracia a nuestra flaca naturaleza, nos perdona algo que la debemos, y del tesoro de los méritos de Jesucristo, que ella posee y administra, nos aplica aquella parte que baste para satisfacer nuestra deuda.

Como justo reconocimiento de la autoridad con que nos perdona, y en cierto modo como equivalencia del deber cuyo cumplimiento nos dispensa, suele la Iglesia exigirnos ciertas y determinadas obras, como limosnas, oraciones y cualesquiera otros actos de piedad.

Pues bien; esto es lo que nos exige la Iglesia cuando, al dispensarnos de la abstinencia, nos pide esos cuantos reales que tú dices. Al concedernos la Bula, no se propone la Iglesia vendernos sus favores como se vende una carga de peras, pues es imposible poner precio a lo que no lo tiene. Propónese únicamente conmutar la abstinencia aquella de que nos dispensa en la limosna que le damos para nuestra santificación.

Y es preciso que entiendas bien de una vez esto de la Bula, sobre la cual tantos disparates se oyen y tanta ignorancia hay, aun entre gente que la echa de sabihonda y cristiana. La Iglesia, autorizada legítimamente por su Autor Divino, puede imponer, y efectivamente impone, ciertas obras de aspereza y mortificación moral, como medicina del alma de sus hijos y preservativo de recaídas en el pecado, que es la enfermedad de que quisiera

siempre verlos libres, y dice así: "Todo católico, esto es, todo hijo mío llegando al uso de la razón, se abstendrá, en tales y tales días o tiempos, de tal género de alimentos, y adoptará otros para ejercicio de penitencia. Con esto pretendo dar gloria a Dios y que se la den mis hijos; pero como yo soy la única llamada a discernir el medio más a propósito para glorificarle, y juzgo que contribuyendo una parte de ellos, v. gr., los españoles, con una pequeña limosna a una obra grande, glorificarán más a Dios, yo los dispenso de aquella maceración y aspereza de la carne si dan esa limosna, y no los dispenso si no la dan."

Aquí ves, hijo mío, cómo la Iglesia no te manda que tomes la Bula, sino que, en uso legítimo de sus facultades superiores y divinas, te pone en la disyuntiva, o de acomodarte a la ley universal, que comprende al católico alemán, al francés, al inglés, al italiano, etc., etc., y abstenerte de carnes en días fijos; o si quieres comerlas, contribuir a la gloria de Dios, fin único de la Iglesia, alargando tu óbolo o tu limosna para los fines consabidos...

De modo que esos reales que damos al tomar la Bula de la Santa Cruzada, por ejemplo, no son el *precio* de un derecho que *compremos* para comer carne, sino una *limosna* que damos en *reconocimiento* de la autoridad con que la Iglesia nos dispensa del privilegio contenido en la Bula, y una *obra piadosa,* con la cual *conmutamos* la que dejamos de hacer al usar de este privilegio.

Porque sí, no lo dudes, este género de limos-

nas, que en estas ocasiones y con estos motivos damos a la Iglesia, se hallan destinados a objetos piadosos, como redención de cautivos, conservación del culto en los Santos Lugares, socorros a indigentes, fundación o mantenimiento de casas de caridad y otros semejantes, que en la mente de la Iglesia equivalen juntos a la gloria que resultaba a Dios de la grande empresa de las Cruzadas, síntesis de nuestras mejores glorias, y de las que se originó la Bula.

Ahí tienes en lo que se emplean, es decir, en lo que la Iglesia quiere que se empleen, esos reales que tú le das de limosna. Ahora, si me dices que alguna vez puede suceder o haber sucedido que las personas encargadas de recoger y distribuir estas limosnas han sido infieles a su cargo, nada tengo que responderte, sino que este será un pecado cometido por hombres, y del cual darán cuenta a Dios en su día; pero no que sea un abuso consentido, ni mucho menos, mandado por la Iglesia.

Y con esto vengo a responder a tu segunda objeción en que me hablas de los *muchos abusos de la Iglesia.*

La Iglesia *no comete* abusos ni muchos ni pocos, pues siendo como es santa e infalible, es por su naturaleza divina, impecable. Lo cual no quiere decir que en la Iglesia no se hayan cometido alguna vez abusos. Pero éstos jamás han sido tolerados en silencio por ella: antes bien, perpetuamente los ha condenado dondequiera que los ha

visto, y ha tratado de reprimirlos, y los ha reprimido y los ha castigado.

Las indulgencias plenarias y parciales te escandalizan, según veo; pero doy en sospechar que esto consiste en que tú no sabes lo que son las indulgencias.

Tú te figuras, sin duda, que cuando el Papa o un Obispo concede una indulgencia a los fieles, se propone que éstos se echen a dormir en la seguridad de que sin más trabajos ni fatigas, ni más Confesión ni más Comunión, quedan ya horros y libres de las penas del infierno y del purgatorio.

Si así es como entiendes las indulgencias, mal negocio haces, porque de nada te aprovecharán.

Las indulgencias no tienen por objeto perdonarnos las culpas que hayamos cometido, pues esto solamente es propio del Sacramento de la Penitencia, sino remitirnos, condonarnos la pena temporal con que debemos satisfacer a la Justicia Divina, aun después de remitida la culpa y la pena eternas, que se nos perdonan en el tribunal de la Penitencia.

Al conceder una indulgencia, la Iglesia no se propone decir, ni dice: "Oye, tú, pecador; sabrás cómo hoy día de la fecha se me ha antojado quitarte de encima tantos o cuantos días que debías estar penando en el purgatorio por tus culpas: toma allá esa indulgencia, guárdatela en el bolsillo, y con eso tienes ya bastante."

No; la Iglesia no quiere decir ni dice semejante ridiculez y blasfemia, sino que dice: "Oye, pecador; yo, que soy tu Madre tierna y misericor-

diosa; yo, que, como esposa de Jesucristo, tengo y guardo, y dispenso y administro el tesoro de los merecimientos de su preciosa sangre, te llamo hoy a penitencia, y fiada en la promesa del Salvador, te digo que, si después de lavada tu culpa en el tribunal de la penitencia, y bien arrepentido, ejecutadas tales o cuales obras de piedad que te prescribo y encomiendo, te será remitida tal o cual parte de las penas temporales que debes satisfacer, en expiación de tus culpas, a la Justicia Divina. En esta indulgencia que hoy te otorgo, quiero conmutarte, con las buenas obras de la caridad o penitencia que te mando hacer, la pena que tendrías que pagar en el purgatorio. Espero que la Misericordia Divina, atendidas tus buenas disposiciones, confirmará en el cielo la gracia que yo la Iglesia te otorgo hoy en la tierra, aplicándote los méritos de Jesucristo."

Esto mismo se entiende de las indulgencias que se conceden en calidad de sufragios por las almas del purgatorio, y que suelen contenerse en las llamadas *Bulas de Difuntos,* en los *altares privilegiados* llamados *de alma,* o en cualquier otra forma canónica. Con estas indulgencias no pretende la Iglesia que se saquen almas del purgatorio contra viento y marea, como suele decirse, sino únicamente aplicar tales o cuales actos de piedad que ejecutan los fieles vivos en alivio de las almas del purgatorio a quienes se dediquen sus sufragios. Dios puede aceptar o no, según quiera, el sufragio de los fieles, y la Iglesia no pretende forzar la soberana voluntad de Dios en este pun-

to, sino únicamente dar a los fieles un medio eficaz para que, ofreciendo a la Justicia Divina los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, inclinen la Misericordia de Dios a aliviar aquel alma por quien usamos del sufragio de la indulgencia.

¿Qué hay en todo esto que no sea tan racional como bello, y tan justo como caritativo? ¿De qué manera cabe en todo esto hacer ese *tráfico de indulgencias* que tú señalas entre los supuestos abusos de la Iglesia?

Ya se ve: tú te has figurado que las gracias espirituales son cuestión de comercio entre la Iglesia y los fieles: te empeñas en considerar como un cambio de servicios mutuos lo que no es sino una sujeción de hijos a su madre, de súbditos a su soberano, de criaturas a su Dios; y de este modo, todo lo trabucas y lo enlodas.

Por eso y porque eres eco desdichado de las blasfemas insulseces que has oído a tanto necio y a tanto pícaro, te pàrece razonable decir que *a Roma se va por todo*, y que en llevando allá dinero, todo se consigue.

Como esto fuera verdad, no habría estado y estaría Roma tan hostigada y perseguida por tanto enemigo como tiene. Precisamente lo que a los pícaros no les gusta de Roma es que a ella *no se va por todo*, y que no hay tesoros en el mundo capaces de hacerla consentir en lo que no es justo y santo.

Si los fieles que piden gracias a Roma, es decir, a la Santa Sede, al Soberano de la Iglesia, al Vicario de Jesucristo en la tierra, le dan algún di-

nero, no es esto a fe la paga de una cosa vendible, sino una señal de gratitud y reconocimiento.

Por otra parte, los donativos de los fieles son el único presupuesto con que Roma cuenta para sufragar los dispendios que le ocasiona ser la capital del orbe católico, donde se sustancian y resuelven todos los negocios de la Iglesia.

Aun así y todo, la verdad es que las cosas que cuestan verdaderamente dinero en Roma, cuestan muchísimo menos sin comparación de lo que cuesta el pleito más insignificante que hay que seguir en un tribunal civil, o el negocio menos gravoso que hay que despachar en cualquiera de las oficinas del Estado.

En cuanto a la *socaliña* de las parroquias, que tanto te enciende la sangre, permíteme que yo sienta arder la mía sólo al oirte.

¿Cómo es eso? ¿Se despoja a la Iglesia de sus bienes, se le priva de aquello mismo que solemnemente se le ha ofrecido dar de lo que es suyo, y en seguida se le insulta diciendo que sus ministros son careros y que llevan un sentido por ejercer sus funcicnes?

¡Pobres sacerdotes! ¡Míralos qué medrados están con todos esos dinerales que dices tú nos llevan por bautizarnos, casarnos y enterrarnos! Quiera Dios que tengan lo preciso para no caer muertos de hambre en las gradas mismas del altar donde piden al cielo por sus calumniadores y enemigos!

Antes de ahora te lo he dicho: el sacerdote es hombre como los demás, que necesita comer y vestirse y dormir. Para todo esto es menester di-

nero. Si no se lo damos los que nos aprovechamos de su ministerio para la salvación de nuestras almas, ¿de dónde les ha de venir?

Ellos no pueden ocuparse en ganar dinero con ninguna de las industrias humanas: ellos *sirven al altar, y del altar han de vivir,* como dice el Apóstol.

Acúsalos cuando veas que se regalan con tus liberalidades y que medran y engordan, como les sucede por cierto a los ministros anglicanos y de otras sectas protestantes, que tienen rentas escandalosas, y que llevan dinero y mucho dinero hasta *por auxiliar a los moribundos.*

Pero si ves cómo viven los sacerdotes católicos; si eres testigo de las privaciones y miserias que pasan, soportándolas con resignación heroica; si todo esto ves y sabes, y si tienes sangre en las venas, y alma de hombre siquiera, cuando no corazón de cristiano, deja de insultar su desgracia con tus inoportunas quejas de su avaricia, que son un cruel sarcasmo y una ironía sangrienta.

No te diré yo que una dotación fija, decorosa y bien satisfecha, que conciliase al clero el prestigio que se le debe, y alejase la odiosidad de los tan cacareados *derechos de estola* no fuera acaso preferible a éstos, en sentir de personas sensatas, cuya opinión no seré yo quien la deseche. Pero mientras aquella dotación no aparece, y un portero de una oficina esté mejor retribuído que un párroco, te suplico por Dios, hijo mío, que calles, y no eches tú también tu astilla en el fuego anticlerical e inhumano que desgraciadamente va cundiendo por horas.

XXXIII

Dios no necesita de mis oraciones, pues demasiado sabe lo que me hace falta sin que yo se lo pida.

R.—Verdad es que lo sabe; y por eso no se le pide para ponerlo en su noticia, sino para demostrarle que le reconocemos como el principio de donde todo bien nos llega, y para probarle que realmente ponemos a sus plantas con humildad todo nuestro entendimiento y todo nuestro corazón.

¿Negarías a Dios lo que concedes de buena gana a cualquiera persona de respeto para ti? Aunque ella no necesite para nada de tus obsequios, tú, sin embargo, juzgas con razón muy justo el pedirle aun aquello mismo que sabes que te ha de dar, y el darle gracias después que lo has recibido, y el saludarla cortésmente donde te la encuentras y felicitarla en sus días, etcétera, etc.

¿Y habrás de negarle tus obsequios a Dios, de quien todo lo has recibido, que piensa en ti perpetuamente con amor de padre, que perpetuamente te colma de beneficios y te llama a todas horas a buscarle y conversar con él?

Y luego ¡si fuera la oración algún trabajo penoso, o desagradable o indigno! Pero, ¿dónde hay obligación más fácil de cumplir, más satisfactoria para nuestro espíritu y corazón, más propia y digna de nuestro ser? ¡Cómo! Tenemos a honra el conversar con los grandes y poderosos

de la tierra, complácenos el confiar a nuestros padres los secretos de nuestras almas y el comunicar con nuestros amigos nuestros pensamientos y afectos, ¿y no habíamos de tener a grande honra el conversar con Dios Omnipotente, nuestro Padre celestial, nuestro amigo invariable y eterno?

La oración es la que nos alienta si desmayamos, la que nos consuela en nuestras aflicciones, la que nos alivia el peso del remordimiento cuando hemos pecado, la que apaga nuestras más ardientes pasiones, la que colma verdaderamente nuestras más grandes alegrías.

Sí, Dios mío, Dios de mi alma. ¡Con qué placer tan grande te llamo y te adoro! ¡Cómo te doy gracias por este privilegio de mi sér de hombre, que nadie puede quitarme, y qué bien estoy conociendo la felicidad que me causa el cumplir esta obligación que tu infinita bondad me impone!

Lo que siento dentro de mí, esta paz interior que voy ganando, esta altura a que se va elevando mi espíritu, me explican, ¡oh mi Dios!, por qué me has dicho: *¡Orad, orad a todas horas, y no os canséis nunca!* ¡Qué bien estoy conociendo que éste es como el espíritu de toda la vida cristiana!

¡Sí, sí, Dios mío! Te invocaré perpetuamente con los labios y con el corazón a todas horas del día, en todos los momentos de mi existencia, al dormirme y al despertar, en el trabajo y en el descanso, en el peligro y la tentación, en el dolor y en el goce, en la inocencia, para

que me la guardes, y en la culpa, para que me la perdones!

Sólo con volverme a Ti soy ya mejor que era y conozco que valgo más que valía.

¡Hombre desdichado, que no has orado nunca! Inténtalo una vez siquiera; inténtalo, sobre todo cuando tu corazón esté angustiado. ¡Haz la prueba, y vuelve luego a decirme si te ha parecido inútil la oración!

XXXIV

¡Ah! Yo he pedido mucho a Dios, y ha sido en vano. He perdido mi tiempo.

R.—¡Hombre de poca fe! ¿Perdió su tiempo Santa Mónica, la madre de San Agustín, cuando durante *diez y seis años* pidió a Dios la conversión de su hijo, que era enemigo del nombre cristiano? ¿Perdió su tiempo San Francisco de Sales cuando durante *veintidós años* pidió a Dios la mansedumbre?

¿Perdió su tiempo nuestra católica España, cuando *durante siete siglos* de combate y de guerra pidió a Dios que la libertase del yugo mahometano?

Por ventura, ¿el Padre celestial a quien pedimos no es el que ha dicho: *Buscad y encontraréis?* ¿Cuándo ha faltado Dios a su promesa? Y si El ha prometido que nos oirá, ¿quién se levantará con derecho para reconvenirle de tardanza en escucharnos? ¿Quién será tan ciego y tan impio que, dándose por desairado de su Dios, se atreva

a insultarle, diciéndole: "Basta; no quiero pedirte más, Padre sin entrañas, tirano sin misericordia?"

Acuérdate, hijo mío, de aquella pobre Cananea del Evangelio, que *tres veces* pidió a Jesús le sanase a su hija atormentada, y hasta *tres veces* después de haberle pedido, no la vió volver a la salud. Y ese a quien se lo pedía, ¡era Jesús, el Dios de la Misericordia!

Pide y pide siempre, hijo mío. El momento en que te cansaras, es quizás el que Dios había señalado para venir en tu ayuda.

XXXV

Pero, ¿qué le he hecho yo a Dios para que me mande tantos trabajos?

R.—¡Hombre de poca fe! Vuelvo a decirte, ¡pobre hijo mío, que, ciego como estás, no ves un rastro siquiera de los ocultos designos de Dios! ¿Qué has hecho, le preguntas, para que te mande tantos trabajos?

No te acuso de esta impiedad, porque la pena te tiene sin conocimiento. Pero vuelve en ti, hijo mío, y piensa lo que *casi siempre* pudiera responderte Dios, si te presentara delante el cúmulo espantoso de las ofensas que le has hecho, y en seguida te manifestase, de modo que lo vieras, el castigo que merecían tus culpas en el infierno.

Esto podría Dios hacerlo casi siempre, porque *casi siempre* nuestros trabajos, por grandes que

sean, son muy inferiores a los castigos que merecemos.

Pero, aun suponiendo que tu vida haya sido punto menos que santa, podía *siempre* Dios responderte, mostrándote las faltas que de seguro habrás cometido, como hombre que eres débil y miserable, y que pudiera decirte: "Esas faltas que has cometido no te quitan la gloria, pero necesitas satisfacerme por ellas. Esta satisfacción me la has de dar, o padeciendo trabajos en este mundo, o sufriendo el fuego del purgatorio en el otro. Escoge."

Pero supongamos todavía que ni aun estas leves faltas has cometido, sino que has vivido como un santo. Todavía en este caso pudiera Dios decirte: Santo soy Yo, pues soy la santidad misma, y por ti sufrí pasión dolorosa y afrentosa muerte. La gloria que tengo prometida a los que, siguiendo mi ejemplo, llevan sus tribulaciones con paciencia, es tanto mayor cuanto más grande ha sido la tribulación sufrida. Yo pruebo más al que más amo, porque quiero en mi reino dar más al que más me haya dado en la tierra. Sufre tú con paciencia la prueba que te mando porque te amo mucho, y mayor será tu gloria."

Esto te diría Dios, y esto te ha dicho en su Evangelio. Oye sus palabras: *En verdad os digo, vosotros lloraréis y sufriréis, mientras el mundo estará alegre; pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. La mujer que está de parto, sufre y se queja cuando llega su hora; pero luego se rego-*

cija al ver que ha dado a luz a un hombre. Así vosotros estáis ahora atribulados, pero pronto volveré, y vuestro corazón se alegrará, y nadie ya podrá quitaros vuestro gozo.

¿Has entendido, hijo mío? ¿Comprendes ahora, ya seas justo, ya pecador, comprendes el misterio de los dolores? ¿Comprendes que el padecer y sufrir es el mayor bien que Dios manda a sus escogidos, la prenda más segura y preciosa de su amor?

Ese bien, esa prenda fué lo mejor que en sus tesoros de Misericordia halló Dios, para dar a Jesucristo su Hijo Unico, y a María Santísima, su Esposa, su Madre, su Criatura predilecta, y a sus Santos, y a sus Mártires, y a todos sus amigos.

Sufre con Jesucristo, y con El serás glorificado. La cruz del Salvador es la escala de la gloria.

XXXVI

El invocar a la Virgen ¿no es una superstición? Y además, ¿cómo ha de poder oirnos cuando la rezamos?

R.—¿Cómo puedes tú oirme a mí? —Vaya una pregunta, me dirás: le oigo a usted con mis oídos.

—Sí, ya lo sé. Pero no es eso lo que pregunto, sino, ¿cómo sucede el que puedas tú oirme con tus oídos? ¿Cómo sucede que el pensamiento que yo tengo ahora te lo traslado a ti, sin

más que mover mis labios y agitar un poco el aire con unos cuantos sonidos que precisamente van a dar en tu *tímpano*, que es un huesecito colocado dentro de tu oreja y cubierto con una pielecita en la que rebotan como en un tambor? ¿Cómo sucede que con esta operación tan sencilla me entiendes tú lo que yo te quiero decir? ¿A que no lo sabes? Y eso que es cosa que estás viendo y haciendo todos los días.

Pues, hijito, cuando puedas tú explicarme este misterio, te explicaré yo cómo puede suceder el que la Santísima Virgen y los Santos puedan oirme y responderme. El que ellos estén en el cielo, y tú a dos pasos de mí, no hace nada al caso. Tan misterioso, tan incomprensible es lo uno como lo otro, sin más diferencia que lo uno lo estás viendo todos los días, y a fuerza de verlo no te admira ya ni te sorprende.

El mismo Dios que te hace a ti entenderme de un modo tan incomprensible lo que te digo, es el que hace que me oiga a mí la Santísima Virgen cuando yo la invoco.

¿De qué manera hace Dios este milagro? No lo sé ni me importa. Bástame saber que El, no sólo consiente, sino también quiere y agradece que le pidamos el remedio de nuestras necesidades por la intercesión de Aquella que es bendita entre todas las mujeres, superior a todas las criaturas y la más amada del Hacedor Supremo, la obra más maravillosa de sus manos, la Esposa y Madre de Dios, y Madre de los hombres, y Abogada del mundo, Reina de la tierra y del cielo.

Bástame saber que ella es en las moradas celestiales la poderosa intercesora a quien nada niega su divino Hijo Jesús, y la que, supliendo con su mediación la pequeñez de nuestros méritos, puede y desea abrirnos las puertas de la gloria.

Bástame saber que nada hay tan dulce, tan tierno y consolador como amar a la Virgen Santísima, confiarle nuestras penas y ofrecerle nuestro corazón.

Bástame sentir en mí mismo que, mientras más la amo y la venero, me reconozco más casto, más puro, más humilde, más pacífico y más contento en mi interior.

Amar y servir a esta criatura privilegiada, no es más ni menos que imitar, en cuanto nos es posible, a su Santísimo Hijo Jesús, nuestro Salvador y Maestro, que fué el primero en amarla, en servirla, en honrarla y obedecerla como a su Madre, que era, purísima y santa.

¡Ah dulcísima Madre de Dios y Madre mía! ¡Gran verdad debe ser que el amarte y venerarte es la prenda y el tesoro mayor del perfecto cristiano, cuando no hay herejía que no haya empezado por apartarse de ti! ¡Gran verdad es que no se puede dejar de amar a la Madre sin dejar de amar al Hijo! ¡Gran verdad es que nadie se ha apartado jamás de ti para hacerse mejor ni más santo! De todos los errores que ciegan a los protestantes, ninguno más digno de compasión profundísima que este de no conocer y no amar a la Madre de los cristianos, de rechazar con desprecio o con odio a Aquella que

Jesucristo escogió y amó y unió inseparablemente al misterio de su encarnación y de su nacimiento, de su vida y de su muerte, de su resurrección y de su gloria.

¿Cómo no se estremecen estos desgraciados al tender la vista por todos los siglos del Cristianismo, y no encontrar uno solo que no los condene, pues dondequiera que ha sonado el nombre de Jesucristo, allí ha sido realizada aquella gran profecía de su Santísima Madre, cuando, arrebatada en éxtasis delante de su prima Santa Isabel, exclamó llena de amor y de fe: *¿Todas las generaciones me llamarán bienaventurada?*

No; en ningún lugar, en ningún tiempo de la vida del Salvador se encuentra a ese Cristo solitario imaginado por los protestantes, sino tal y como lo anunciaron las antiguas profecías, tal y como lo vemos en el Evangelio, Hijo de la Virgen, formado de sus entrañas purísimas, arrullado en sus brazos maternales, sumiso, obediente y amoroso para con ella, expirando luego a vista de ella, y, por último, reposando en su seno doloroso antes de pasar desde la cruz al sepulcro.

¡Desgraciados!, repito. Temen ofender a Jesucristo si veneran a María. Pero, ¿dónde han aprendido que un Hijo se ofenda de que se honre a su Madre? Por ventura, ¿no es la Madre María honrada por justo obsequio al Hijo Jesús? El amar y venerar a la Madre, ¿no viene, en resumen, a ser una manera de adorar al Hijo?

Concedámosles que haya algunos abusos, algunas imprudencias hijas de la ignorancia, y no de otra cosa, en el culto que algunas gentes sen-

cillas tributan a la Virgen. Pero, ¿de qué no se abusa en este mundo? Y además, ¿no está ahí la Iglesia para reprobar y prohibir lo que en este punto no deba ser tolerado o permitido?

¡Ah! No es ciertamente el exceso de veneración, sino más bien la falta, lo que hay que temer en el homenaje de amor y de honra que debemos a la Madre de Jesucristo.

¡España, patria mía! Si algo me consuela y me alienta, en medio de estos grandes infortunios que hoy te oprimen o te amenazan, es la esperanza en la protección de esa Patrona Santísima, a quien con tanto afecto, con tan singular ternura hemos amado siempre y amamos los españoles.

XXXVII

¿Por qué no hay ya milagros como antes?

R.—¿Estás bien seguro de que no los hay? Porque un milagro, por más que sea un *hecho extraordinario,* obrado por Dios fuera de las leyes comunes de la naturaleza, siempre es un *hecho sensible,* es decir, una cosa que sucede y que conocemos por medio de nuestros sentidos; lo mismo que cualquier otro hecho común y ordinario.

Pues bueno. ¿Estás tú a un mismo tiempo y a todas horas en todos los lugares de la tierra? O bien, ¿te llegan tan exactas noticias de todo lo que a todas horas sucede en todas partes, que puedes con seguridad decir: "No se ha verifica-

do ningún milagro"? No, ciertamente. Luego cuando dices que ya no hay milagros, dices lo que no sabes, hijito, y lo que no te consta de ninguna manera.

Pero es el caso que esto que a ti no te consta de ninguna manera, les consta a muchas personas particulares que han presenciado milagros; y le consta, sobre todo, a la Iglesia, que en estos mismos últimos años ha *canonizado* a algunos Santos.

Y como la Iglesia no canoniza a ningún Santo sin que se pruebe que por su intercesión se han realizado *cinco milagros cuando menos,* claro está que cuando la Iglesia canoniza a algún Santo, declara que *ha habido milagros.*

Y, ¿qué declara la Iglesia al declarar esto? Declara que, examinado todo por ella con la mayor escrupulosidad que puede poner un tribunal sabio, desinteresado y prudente, en averiguar la verdad de un hecho, encuentra que *por la intervención de Fulano de Tal, en tal lugar y tal día y a tal hora, delante de tales y tales testigos,* ocurrió *tal suceso,* que evidentemente está fuera de las leyes comunes y ordinarias de la naturaleza; por ejemplo, que un muerto fué resucitado, que se convirtió en pan una piedra, etc., etc.

Ahora bien; o la Iglesia al declarar esto dice la verdad o no la dice: si la dice, milagros hay; si no la dice, será, o porque se engaña ella o porque quiere engañar a los demás.

¿Quiere engañar a los demás? Y, ¿con qué interés, para qué fin, con qué medios probables de

hacer que se crea su mentira? El sentido común responde a estas preguntas que la Iglesia, cuando declara un milagro, no quiere engañar.

Pero, ¿se engaña ella? A esto, por toda contestación, te referiré un caso público y tan sabido, que regularmente ya lo habrás oído tú contar.

Y fué que, en tiempo del Papa Benedicto XIV, llegó a Roma un protestante de los más rabiosos contra la Iglesia católica; y hablando cierto día con un Cardenal acerca del negocio de estos milagros se burlaba grandemente de la simplicidad con que, según él decía, obraba la Iglesia cuando declaraba que real y positivamente habían sucedido.

Encargado poco tiempo después el Cardenal de examinar los documentos relativos a la beatificación de un siervo de Dios, se los entregó al protestante, diciéndole que los examinara él en su casa despacio y con toda la minuciosidad que quisiese.

Volvió, en efecto, nuestro protestante, al cabo de algunos días, con sus documentos ya examinados con toda la escrupulosidad e interés que puedes figurarte; y preguntado entonces por el Cardenal "qué le había parecido de aquellos papeles", le respondió:

—Verdaderamente, señor Cardenal, le confieso a usted con toda lealtad, que si todos los milagros que la Iglesia declara están tan probados como los que constan en esos documentos, digo que ni se engaña ni quiere engañar a los demás.

—Pues, amigo —le replicó el Cardenal sonriéndose—, por acá en Roma no somos tan contenta-

dizos, porque nos ha parecido que en esos documentos no hay bastante prueba, y hemos negado la beatificación.

—¿Es posible? Pues yo no he encontrado absolutamente modo de dudar.

—¡Ahí verá usted si cuando la Iglesia declara un milagro, lo hila delgado!

El protestante, que era hombre de talento y de buena fe, dió en pensar en el asunto, y al poco tiempo era ya católico.

No digas, por consiguiente, *que no hay ya milagros*, pues es cosa, por un lado, que tú no puedes asegurar; mientras que, por otro, te dice que *los hay* una autoridad tan prudente, tan sabia y tan santa como la Iglesia.

Lo que podrías decirme con verdad, es que ya no hay *tantos* milagros como al principio del Cristianismo.

Y así debe ser, por tres razones:

1.ª Porque ya está cumplido el fin que Dios se proponía con aquellos milagros, es decir, la conversión del mundo y el triunfo de la Religión cristiana.

2.ª Porque ya es en sí un milagro perpetuo, que prueba la verdad de todos los anteriores, el solo hecho de que fuera recibida en un principio y de que viva hoy triunfante y gloriosa una doctrina enseñada por un Jesús pobre y crucificado, tan contraria a las ideas y pasiones del mundo, y propagada y defendida, en su principio y en el día de hoy, por su Iglesia, tan pacífica y humilde como perseguida y contrariada.

El mayor de los milagros sería que hubiese podido triunfar sin milagros una Religión con estas condiciones.

3.ª Porque nosotros tenemos ya a la vista una prueba tan grande de la divinidad de nuestra Religión, como los milagros mismos lo fueron para los primeros cristianos; y es el modo con que vemos haberse cumplido e irse cumpliendo en el mundo las profecías del Evangelio.

Los cristianos de hoy hemos visto y vemos cómo fué destruída Jerusalén y disperso el pueblo judío, y cómo este pueblo disperso, que debía ya haber desaparecido hace largo tiempo de la tierra, se conserva y vive separado de todos los demás. Vemos también cómo se conserva la autoridad del Pontífice y de los demás Apóstoles, y cómo se mantiene la Cátedra de San Pedro, y la obediencia con que a ella está sumiso todo el pueblo cristiano.

Todas estas cosas y otras varias que vemos, fueron profetizadas por Jesucristo; y basta que nosotros las veamos cumplirse tan cabalmente como se han cumplido, para que no necesitemos mayor prueba de la divinidad de nuestra fe; prueba tanto más convincente, cuanto mayor tiempo vaya pasando, y cuanto mayores sean los obstáculos que al completo y perfecto triunfo del Cristianismo opongan las pasiones y los errores del mundo.

Pero los primitivos cristianos no podían haber visto el cumplimiento de estas profecías; y, por consiguiente, para creer en ellas necesitaban ver milagros, como si Dios les dijera con ellos: "Fi-

guraos si quien puede obrar estos prodigios que os presento, se engañará ni os engañará a vosotros cuando os hace estas profecías."

Esto es enteramente claro, hijo mío; sin los milagros, los primeros cristianos no hubieran creído, porque no habían visto cumplirse las profecías; nosotros, que vemos cumplirse las profecías, no necesitamos ver milagros para creer.

Ahí tienes por qué hay *menos* milagros hoy día. El fin de los milagros es hacer creer: hoy tenemos para hacernos creer, las profecías cumplidas. ¿Qué mayor milagro que el milagro perpetuo de su perpetuo cumplimiento?

XXXVIII

¿Por qué la Iglesia habla latín, que es una lengua tan poco conocida?

R.—Porque a los dogmas invariables que la Iglesia enseña, conviene una lengua que, por ser ya *muerta,* es decir, que no habla ya ninguna nación, es también invariable como el dogma expresado con ella.

Esta lengua, que es invariable, por lo mismo que no es ya propia de nación ninguna, es la lengua de todas, y, por consiguiente, la lengua universal, que conviene a una religión universal o *católica.*

Los enemigos de la Iglesia saben bien esto, cuando la hacen tan graves cargos porque habla latín; ellos, que quisieran desfigurar para destruirlos todos los dogmas católicos, conocen bien hasta qué punto se

opone a sus proyectos el uso de una lengua que ni puede desfigurarse por lo mismo que no es ya *viva*, ni puede tampoco destruirse porque es y ha sido y será la lengua de los sabios.

¿Quieres convencerte de lo que importa hablar una lengua que no pueda ya variar? Pues no tienes más que observar por ti mismo lo que sucede con las lenguas de uso común, empezando por la castellana. El vocablo que hoy significa una cosa, mañana, por el uso distinto que se le da, significa otra diferente, y quizá contraria.

Tú ves, por consiguiente, cuán fácil sería que la palabra más sagrada del lenguaje religioso llegara, por el mal uso que la ignorancia, la malicia o la casualidad hiciesen de ella, a tener una significación ridícula o indecente.

Por último, no puede ser cargo contra la Iglesia el hablar latín, tanto porque hay muchas personas que saben esta lengua, como porque para los que la ignoran se halla traducido todo lo que un cristiano debe decir y conocer; y, además, porque la predicación se hace siempre en la lengua común de cada país.

XXXIX

Los curas están siempre pidiendo dinero.

R.—¡Ya! Como que con dinero hay que socorrer a los pobres y a los necesitados, los cuales a quien acuden siempre en primer lugar, es a los curas. Como que con dinero hay que comprar velas y hos-

tias, y edificar templos y hacer casullas, y sostener, en fin, el culto divino.

Arréglate tú las cosas de manera que todo lo que tienen que gastar los curas en cumplir sus obligaciones se lo den de balde, y verás entonces cómo no piden dinero. Pero mientras ellos tengan que comprar, como todo el mundo, lo que necesiten para sostener con la debida decencia el culto de que son ministros; o mientras se les quite, para no volvérselo de modo ninguno, lo que deben a la generosa piedad de los fieles, ¿qué han de hacer más que pedir?

¿Quieres que no pidan? Pues anticípate a darles tú lo que necesiten. Hazlo, y nada perderás en ello, pues obligación tienes de hacerlo si eres buen cristiano. No temas que esto te arruine, pues nadie se arruina por hacer limosnas. Si tienes mucho, da mucho; si poco, poco; pero este poco dalo de buena gana y sin murmurar, que no se lo das a ningún perdulario.

El sacerdote es el hombre de la fe y de la caridad. Si nosotros tuviéramos más caridad y más fe de la que tenemos, ya comprenderíamos por qué siempre nos están pidiendo.

¡Es muy singular la gracia en que, sobre todo en estos tiempos, han dado los enemigos de la Iglesia! A propósito de que Jesucristo recomendó a sus discípulos la pobreza, haciendo de ella una de las primeras virtudes, quisieran aquellos tales que los curas viviesen del viento como los camaleones, y que no tuvieran ni aun zapatos que ponerse.

Los curas, hijito, son hombres como nosotros,

que viven en sociedad, y que necesitan comer y vestirse como todo viviente. Su necesidad es tanto mayor, cuanto que su ministerio ni les da tiempo ni les permite ocuparse en otra cosa más que en cumplir su sagrado encargo de salvar nuestras almas. Ellos no pueden ni deben consagrarse a los oficios que producen dinero. Conque si no se lo damos nosotros, se morirán de hambre.

"El que sirve al altar, del altar ha de comer", dice San Pablo. Arréglate como quieras, no puede ser de otro modo. Por consiguiente, o adelántate tú a darles lo que necesitan para vivir y para sostener el culto, o no cometas la cruel iniquidad de hacerles un cargo porque te pidan que les des lo que buenamente puedas darles.

XL

La confesión es cosa inventada allá por los curas.

R.—Es decir, que Dios nuestro Señor, Jesucristo no ha mandado que nos confesemos, sino que los curas, por el gusto de saber nuestros secretos, han hecho creer que Dios lo mandó. ¿No es eso lo que quieres dar a entender?

¡Pobre hijito mío! ¡Cuánta preocupación y cuántas falsedades te han metido en la cabeza los interesados en perderte! ¡Qué bien saben ellos que la confesión es el primero de los actos cristianos, y el remedio más eficaz de nuestras flaquezas, y el preservativo mejor de nuestros vicios! Por eso no

quieren que te confieses; por eso te dicen que la confesión es una patraña inventada por los curas y no determinada por Dios mismo.

Pero ven conmigo, hijo mío, y abre el Evangelio; en él verás cómo Jesucristo *prometió* primero, y *cumplió* después la promesa hecha a sus Apóstoles, de darles poder para perdonar en su nombre los pecados.

Lee la *promesa* en el Evangelio de San Mateo, cap. XVIII: "*Todo lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo,* Y TODO LO QUE DESATÉIS EN LA TIERRA, SERÁ DESATADO EN EL CIELO."

Para que entiendas ahora lo que esta promesa significa, y veas cómo la *cumplió* Jesucristo, lee el Evangelio de San Juan, cap. XX.—Acaba de resucitar el Salvador; los Apóstoles, por temor a los judíos que habían crucificado a Jesús, están encerrados en el Cenáculo, haciendo oración. De repente y sin que las puertas se hubieran abierto, ven al Señor aparecer en medio de ellos y decirles: "La paz sea con vosotros, soy Yo; no temáis." Los Apóstoles, que creían a su Maestro muerto y sepultado, se aterran creyendo ver una aparición, hasta que, tocando el cuerpo mismo y las llagas de sus pies, manos y costado, se convencen de que Aquél es realmente Jesús resucitado, y se echan a sus plantas y le adoran.

Jesús, entonces, difunde su aliento divino sobre las frentes de sus discípulos, y les dice: "*Recibid el Espíritu Santo. Como mi Padre me ha enviado a Mí, así os envío Yo a vosotros.* LOS PECADOS SERÁN PERDONADOS A AQUELIOS A QUIENES VOSOTROS LOS PERDO-

NÉIS, Y SERÁN RETENIDOS A AQUELLOS A QUIENES LOS RETUVIEREIS."

¿Lo quieres más claro, hijo mío? ¿Cabe duda en el sentido de estas divinas palabras? "Todo el poder —dice con ellas Jesucristo— que Dios mi Padre, igual a Mí, me ha dado al enviarme para ser Salvador del mundo, Yo, eterno y Todopoderoso como mi Padre, os lo doy a vosotros al enviaros para que seáis como Yo salvadores de los hombres; en vosotros deposito los tesoros de salvación que yo dejo fundados para el mundo con los méritos de mi pasión y muerte. Yo, desde mi cielo, perdonaré al que perdonéis vosotros en la tierra, y retendré los pecados que retengáis vosotros; pues aunque no sois sino hombres como los demás, quedáis, sin embargo, por el Espíritu Santo que de mí habéis recibido, como jueces competentes de las conciencias de los hombres, y con autoridad bastante para perdonar o retener sus pecados."

¿Resulta o no claro de estas palabras de Jesucristo, que los Apóstoles y sus sucesores en el Episcopado y sacerdocio tienen autoridad para perdonar o retener los pecados? ¿Resulta o no claro que esta autoridad se la dió de una manera clara e indudable?

Sí, por cierto. Pero, por lo mismo, te pregunto yo ahora: ¿Cómo han de poder los sacerdotes perdonar o retener los pecados si no los conocen? ¿Y cómo han de conocerlos si nosotros no se los decimos?

El que quiere una cosa, quiere también nece-

sariamente los medios de que suceda. Jesucristo quiere que sus ministros perdonen o retengan los pecados de los fieles; luego quiere que conozcan estos pecados; luego quiere que nos confesemos.

Así lo dicta el sentido común, y así lo ha entendido y lo ha practicado perpetuamente la Iglesia. Tan verdad es esto, que nadie hay que sèñale un siglo, un tiempo en que los fieles cristianos no se hayan confesado, mientras que sabemos positivamente que se han confesado en todo tiempo.

La Historia nos ha conservado el nombre del confesor del gran emperador Carlomagno, que vivió en el siglo IX. El autor de la vida de San Ambrosio, Obispo de Milán, y que vivía en el mismo tiempo que este santo, es decir, en el siglo IV, refiere "que el santo Obispo lloraba de tal modo por los pecados que le confesaban, que los pecadores mismos no podían menos de llorar con él."

Por la misma época, el gran San Agustín, disputando con los herejes de Africa, que pretendían, como los protestantes de hoy, no confesarse más que a Dios solamente, les dice: "Pues qué, ¿será en balde que Jesucristo haya entregado a la Iglesia las llaves del cielo, al decir a sus Apóstoles que todo lo que ellos desataran sobre la tierra sería desatado en el cielo? ¿Os atreveréis a contradecir el Evangelio y a creeros autorizados para cosa que él os niega?

Del propio modo, tenemos los escritos de los Santos Padres, correspondientes a los siglos II y III, donde varias veces se habla, en pasajes muy

claros, de la obligación de confesarse a los sacerdotes y de la necesidad de hacerlo para obtener el perdón de los pecados.

Tenemos también que en las más antiguas catacumbas de Roma, como ya te he dicho antes (página 156), pertenecientes a los primitivos tiempos del Cristianismo, se han encontrado, entre otras cosas, varios confesonarios, que prueban que ya entonces se confesaban los fieles.

Por último, ahí está el libro mismo de los *Hechos de los Apóstoles*, en el cual se dice de los paganos de Éfeso recién convertidos al Cristianismo, que, dóciles a la voz de San Pablo, *acudían en masa* A DECLARAR Y CONFESAR SUS ACCIONES. *Confitentes et annuntiantes actus suos* (*Actos de los Apóstoles*, cap. XIV, v. 18 y 19). Es decir, que acudían a confesar sus culpas, pues nadie dice que se confiesen los actos buenos, sino los malos, o sean los pecados.

Tenemos, por consiguiente, que la confesión ha sido instituída por Jesucristo, y que así lo han entendido y lo han practicado todos los siglos cristianos, sin que ningún hombre juicioso y de buena fe pueda dudarlo.

Luego no es la confesión una cosa inventada allá por los curas, sino mandada por el mismo Dios; luego hay que confesarse para obedecer a Dios; luego no es verdadero cristiano el que no cree y practica el precepto de la confesión.

XLI

¿Para qué sirve la confesión?

R.—Para algo servirá cuando está mandada por Dios mismo; pues Dios no manda nada sin razón muy bastante ni sin causa muy justa.

Por de pronto, te diré que tú no eres juez en la materia, si no tienes costumbre de confesarte. *Ve a hacerlo, y entonces verás de lo que sirve.*

Y mientras lo haces o no, pregúntale de lo que sirve a ese jovencito que, lleno de vicios, había arruinado su caudal y su salud; pregúntale por qué de algún tiempo acá está más tranquilo, goza mejor salud y va reponiendo su caudal; pregúntale cómo se realiza en él ese milagro. ¿Qué le pasa? Nada más sino que antes no se confesaba y ya se confiesa.

Pregúntale a aquel artesano, que era un borrachín, holgazán y quimerista, qué le ha pasado que de repente se ha convertido en un padre de familia, trabajador, honrado y pacífico, modelo en todo de sus camaradas. ¡Poca cosa! Salió una mañana a la iglesia: estuvo una horita de conversación con el cura de su parroquia en el confesonario.. Su mujer y sus hijos dicen, llenos de alegría, que desde aquella mañana *está desconocido.*

A esa otra pobre mujer, cargada de familia, maltratada por el bribonzuelo de su marido, y que, desesperada la infeliz, ha estado mil veces para echarse por el Viaducto, pregúntale por qué un día ofreció a Dios con humildad sus trabajos y

aflicciones, y desde entonces sufre como una santa sus miserias y las palizas de su marido y las molestias de sus hijos, sin que nadie ya la oiga una queja, y viendo todo el mundo la risa siempre en sus labios. ¿Qué ha sucedido en aquella casa, que de repente el marido empieza a respetar a su mujer y a tener mejor conducta? Nada; que el marido, admirando primero a su mujer, y queriendo después imitarla, se ha confesado como ella, y a consecuencia sucede la friolera de haberse evitado un suicidio, de haberse reconciliado un matrimonio y de haber entrado la paz y la abundancia y la virtud en una familia donde antes vivían la miseria y el vicio y la guerra.

A aquel otro vecino tuyo, que siempre se estaba quejando, y con razón, de que en su casa se gastaba más de lo regular, pregúntale si sabe por qué de poco tiempo acá se da mejor trato con menos dinero, y de dónde le ha venido cierta onza de oro que un día le llevó el cura de su parroquia, diciéndole que era una restitución de dinero que le habían robado. Tu vecino no lo sabe; quien lo sabe es el raterillo de un su criado, que había hecho pacotilla a fuerza de sisarle, y que, entrando a cuentas con su conciencia, fué a confesarse. ¿Qué se ha conseguido con esta confesión? Nada; un ladrón menos, un grillete menos en el presidio, o quizá un banquillo menos en el garrote.

Algo parecido a esto debió de haber visto Rousseau, cuando, a pesar de su odio al Catolicismo, no ha podido menos de decir: "*¿Cuántas restituciones y desagravios no consigue la confesión en-*

tre los católicos?" Lo mismo le debió parecer a cierto ministro protestante, gran mofador de la confesión y comunión de los católicos, el día en que un sacerdote fué a entregarle una cantidad, no floja, de dinero que le habían robado. El buen ministro se enterneció, hasta el punto de que muchas veces desde entonces ha dicho: *Preciso es convenir en que la confesión es cosa buena.*

Respóndante de esta verdad los pobres de tal pueblo, que, llenos de gratitud, llaman su providencia al ricacho aquel convecino suyo, que antes no se acordaba de ellos para nada, que toda su renta se la gastaba en su propio regalo, y que de algún tiempo a esta parte se ha convertido en padre de todos los desdichados y en remedio de todos los menesterosos del pueblo. ¿Qué ha pasado en el alma de aquel rico, antes tan sin entrañas, y hoy tan bueno y caritativo? Pregúntaselo al cura de su pueblo, que le echó un día en cara su crueldad, le hizo llorar y lo llevó a los pies de su confesonario.

¿Que para qué sirve la confesión? Para salvarnos de un vicio que empieza a poseernos; para librarnos del remordimiento que nos está quitando el sueño y la paz y la alegría; para acostumbrarnos a esta dificilísima tarea de estudiarnos y conocernos a nosotros mismos, haciéndonos examinar nuestra conciencia.

Pregúntale de qué le sirve la confesión a ese pobre moribundo, que veía llegar lleno de terrores su última hora, y que ya la aguarda con confianza y hasta con alegría. "¿Qué poder es éste de

la confesión de los católicos?", preguntaba el médico protestante M. Tissot, al ver cómo una señora católica, a quien él asistía sin esperanza de salvarla, empezó a mejorar desde el punto que fué administrada, hasta sanar enteramente.

No menos notables son las palabras de otro médico, también protestante, M. Badel, que, enseñado por sus experiencias propias, dice sin reparo que "la confesión es útil, no sólo a los particulares, sino a la sociedad toda entera, y que es cosa que merece fijar la consideración de todo el que se interese en el bien de la humanidad".

¡Ah, hijo mío! ¡Ojalá que, volviendo nuestra España a practicar la Religión de nuestros padres con la fe y el celo que en otros tiempos lo hizo, se restableciese en todas las familias la saludable costumbre de confesar siquiera una vez al año para cumplir el precepto de la Iglesia! ¡Ojalá que acudiéramos con más frecuencia y más generalmente a este Sacramento de misericordia y de redención!

¡Cuán otro sería el estado de nuestras costumbres! ¡Cuánto ganaría la paz de nuestros pueblos! ¡Cuán pronto se acabarían estos rencores y luchas políticas que nos envilecen y arruinan! ¡Cuánto y cuánto ganaríamos hasta en estos mismos bienes materiales, que son hoy día tan codiciados y buscados!

XLII

Yo no he robado, no he matado, no he hecho mal a nadie; conque, ¿para qué y de qué he de confesarme?

R.—¿Y es esto lo que sacas en limpio del examen de tu conciencia? Se me figura, hijito, que te has mirado a ti mismo con demasiado buenos ojos, y no te incomodes si te digo que no te has visto bien por dentro.

¿Conque, por no haber robado, ni matado, ni perjudicado a nadie en sus intereses, se te figura que nada tienes de qué acusarte? Entremos un rato a cuentas tú y yo, pues sería curioso que viera yo más claro en tus acciones que tú mismo.

No me negarás que pecado es faltar gravemente a las obligaciones que tenemos para con Dios, para con nuestros prójimos y para con nosotros mismos. ¿Has cumplido fielmente todas estas obligaciones?

Veamos, por de pronto, las primeras. ¿Te has acordado perpetuamente de reconocer a Dios como tu Creador y Maestro, tu Padre y tu último fin? ¿Le tributas diariamente el homenaje de adoración que se le debe? ¿Le das gracias por los beneficios que de su mano has recibido? ¿Le pides perdón de las faltas que cometes contra sus divinos mandamientos? Porque mucho me engaño, si en este particular no vives como si tal Dios hubiera para ti, mil veces más culpable en este ol-

vido que los pobres salvajes idólatras, pues éstos al menos adoran a sus falsos dioses, mientras que tú, que conoces al Dios verdadero, no te acuerdas para nada de su nombre.

Pues veamos ahora cómo cumples tus obligaciones para con los demás. Creo desde luego que no has matado ni robado a nadie; pero, ¿a cómo estamos de caridad con tus hermanos, de tolerancia para sufrir sus flaquezas y defectos, de generosidad para perdonar sus injurias, de misericordia con los pobres, de respeto a la estimación de los demás? ¿No has formado nunca un juicio temerario? ¿No se te ha escapado una sola palabra que manche el honor de alguien, o que haga poner en duda su hombría de bien? ¿Has sido siempre buen padre, buen hijo, buen esposo, buen ciudadano, buen amo, buen servidor, bueno y leal amigo? En los tratos y ocupaciones de tu vida, ¿te has portado con propósito firme de no perjudicar los intereses de nadie, de no ganar más que lo justo?

Paréceme, hijito, que si registras bien tu conciencia, y si consideras lo larga que es esta lista de nuestros deberes para con los demás, no te faltará materia para una larga confesión. Pero, y los deberes para contigo mismo, ¿cómo los cumples? ¿Qué cuentas llevas de ese alma que Dios te ha dado? ¿Qué motivos te guían cuando haces algún bien? ¿Lo haces por cumplir con lo que debes a ti mismo y por servir a Dios, o más bien por algún interés mezquino, porque te alaben, porque te consideren las gentes? ¿O te parece que cuando haces una limosna

por vanidad no pecas? ¿Tú no sabes que Dios pide cuenta de las intenciones?

Esto en cuanto a tu alma. Pero, por lo tocante a tu cuerpo, ¿a cuántos estamos de templanza y de sobriedad? ¿No has cometido nunca ni el más leve exceso de comida ni de bebida? ¿Has cuidado de tu salud como Dios te manda cuidar?

Y en punto a *castidad,* ¿cómo andamos? ¡Ah! Si tu hijo hiciera o dijera delante de ti lo que en este particular haces y piensas tú sin reparo delante de Dios, es seguro que lo echarías a palos de tu casa; y si viniese cualquiera a decir a tu mujer o a tu hija cosas que tú dices sin aprensión ninguna a las hijas y a las mujeres de otros, estoy cierto de que no se las oirías con mucha calma. Y, ¿cómo puede parecerte a ti inocente lo que tienes por culpable en otros?

Sería no acabar nunca el seguir en este examen de tu conciencia, pues la mina es muy honda, y a poquito que cavaras, ya verías si tenías que confesar.

Vamos, hijo, ¡valor y un poco de buena fe! Examina tu conciencia con toda la escrupulosidad que debe un hombre honrado; llégate a un buen sacerdote, pues no dejarás de conocer alguno, el cual te recibirá con los brazos abiertos y deseando descargar el peso de tu alma en nombre del Dios misericordioso. Anda, y ve de buena voluntad. Quizá al pronto se te haga un poco cuesta arriba; pero muy luego verás cómo te alegras de haberlo hecho.

—¡Es que hace ya tiempo que no me confieso!— me dirás.

—Razón más —te respondo yo— para que te apresures.

—Pero, ¡si es tanto y tan grave lo que tengo que decir!

—Mejor que mejor. Pescada grande vale más. Mientras más grande pecador seas, como vayas bien arrepentido, mejor día darás a tu confesor.

—Es que no podré acordarme de todo.

—No importa nada de eso. Di lo que buenamente recuerdes, y arrepiéntete con toda tu alma de lo que recuerdes y de lo que no. Dios no tanto te pide memoria como buena voluntad y, sobre todo, sincero pesar de haberle ofendido. Esto es lo principal. Conque anda, hijo mío, pronto, pronto a confesarte. Créeme: tú agradecerás mi consejo después que lo hayas hecho. Ya verás qué paz tan grande en tu corazón desde que descargues tu conciencia.

XLIII

Y luego eso de confesarse es muy fastidioso.

R.—Ni yo tampoco te digo que sea ninguna corrida de toros. Pero no siempre lo que es bueno, es útil y divertido. ¿Te divierte tomar quina cuando tienes calentura? No; pero la tomas para ponerte bueno. ¿Te divierte estar trabajando todo el día de Dios para ganar un pedazo de pan, o para hacer algún ahorrito por si hace falta el día de mañana? Tampoco, y, sin embargo, cuando llega la hora, arrimas el hombro y sudas la gota gorda.

Pues, hijito, eso sucede con la confesión. Efectivamente, no es una cosa divertida, pero es un remedio *necesario*, y hay que tomarlo: es medicina para

curar tu alma enferma, es tarea para ganar el cielo, es tesoro de perdón para que la muerte no te coja desprevenido.

¡Que es fastidioso el confesarse! ¡Cómo se conoce que vives en un tiempo en que no se habla más que de gozar, y en que pocos piensan en cumplir sus obligaciones! Ten valor, hijo mío; pórtate como un hombre que eres, y, por compasión de ti mismo, piensa un poco más en el Dios justiciero.

XLIV

Eso de ir a confesar era bueno cuando yo iba a la escuela; pero ahora ya...

R.—¡Pero ahora, ya que lo necesitas mil veces más que entonces, no quieres hacerlo! ¡Ahora, ya que estás metido en medio del mundo, que te amenazan más peligros, que tienes pasiones más dominantes, quieres renunciar a tu mejor defensa!... ¡Válgame Dios, hijo! ¡Cómo nos ciegan nuestras preocupaciones y nuestros vicios!

Cuando ibas a la escuela, y ahora y siempre, tienes una ley de Dios que te manda obedecer a su Iglesia, la cual te impone obligación de confesar lo menos una vez al año. Ahora y siempre eres hombre miserable y expuesto a pecar. Ahora y siempre puedes morir cuando menos te figures; y ahora y siempre la confesión de tus culpas es el único pasaporte para la gloria.

Cuanto más entramos en años, tanto más fie-

ros y repetidos son los combates que tenemos que sostener con nuestros enemigos. ¿Hemos de dejar las armas cuando más falta nos hacen?

XLV

Devotos conozco yo que se confiesan muy a menudo, y a fe que no tienen nada de santos.

R.—Eso puede consistir, o en que no se confiesan como es debido, o en que tienen una pícara condición, pues que, ni aun confesándose, logran mejorarla.

Pero, ¿no puede ser también que tú te equivoques, y que los juzgues mal? Por lo mismo que tú no tienes costumbre de confesarte, ¿no puede suceder que te haga injusto, sin saberlo tú mismo, el deseo de hallar en falta a los que no la tienen?

No te diré yo que baste el confesarse para hacerse santo. El mejor de los cristianos no deja de ser hombre débil y veleidoso, y lleno de deseos y de pasiones, y rodeado de peligros, como todos los demás hijos de Adán. Lo que te digo y te aseguro, cuando menos, es que, en igualdad de circunstancias, el hombre que se confiesa como debe, es menos malo que el que no se confiesa. Y ahora te añado que sólo el que se confiesa adopta el medio conveniente para llegar a ser todo lo perfecto que cabe en la natural imperfección humana.

No hay ningún malo que, empezando a confesarse como es debido, no principie desde luego por

ser menos malo, no logre en seguida ser bueno, y no acabe por ser bonísimo.

Como tú verdaderamente quieras convencerte de esto, no tienes más que hacer la experiencia por ti mismo. Observa con cuidado y verás que la mayor parte de los que tanto hablan contra los *maulas de los devotos,* valen, en todo y por todo, diez veces menos que ellos. Es muy fácil ver la paja en el ojo ajeno, y no ver la viga en el propio.

La Religión hace mejores a los que la practican.

Los defectos que, aun practicándola, tiene un cristiano, serían mucho mayores si no la practicara; y tendría, sobre todo, el mayor y más grave de los defectos, que es el que tú estás cometiendo ahora; es decir, el de no adorar ni obedecer a Dios como es debido, y el de murmurar maliciosa o ligeramente contra los que procuran servirle lo mejor que aciertan.

XLVI

¿Cómo ha de estar realmente presente en la Eucaristía el cuerpo de Jesucristo? Imposible.

R.—*¿Lo está? Luego es posible que lo esté.*—Esto es cuanto tengo que responderte, y basta y sobra.—*Lo está*: *luego debemos creerlo,* aunque no comprendamos el cómo puede ser.

Digo que *lo está;* o para que entiendas bien cómo la Iglesia propone este misterio, digo que el pedacito de pan sin levadura y el poco de vino que se consumen en la celebración de la Misa, y que

antes de la consagración no son ni más ni menos que el pan y el vino que ven nuestros ojos, se convierten, por las palabras de la consagración, en el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual se digna realmente descender a las manos del sacerdote que celebra, y está realmente, aunque nosotros no lo veamos, bajo los accidentes del pan y del vino que vemos.

¿Cómo sucede esto? ¿Cómo en una cosa tan pequeña y reducida como la hostia y el cáliz ha de estar el cuerpo mismo de Jesucristo? ¿Y cómo este incomprensible milagro ha de verificarse diariamente en todas y en cada una de las hostias que se consagran en los millares de Misas que a un mismo tiempo se celebran en toda la cristiandad?

Lo ignoro, hijo mío: ni sé cómo esto sucede, ni mi entendimiento puede comprenderlo. Pero sé, a no dudar, que así es y así sucede: *lo sé a no dudar*, porque así me lo ha enseñado el mismo Dios Nuestro Señor Jesucristo, que ni puede engañarse ni engañarnos.

Dos veces, en su Evangelio, habla Nuestro Señor de la Eucaristía: la primera vez para prometerla (un año, poco más o menos, antes de su Pasión); la segunda vez (la víspera de su Pasión), ya para instituirla, y cumplir así su promesa.

La primera vez, cuando la promete, se halla en el capítulo VI de San Juan.—Oye cómo habla entonces Jesús: "*En verdad os digo, que el que* CREE *en Mí, tiene la vida eterna.*" Observa, hijo mío, cómo Jesús empieza exigiendo que se crea en su

palabra, es decir, que se tenga por cierto, aunque no se entienda, el incomprensible misterio que va a anunciar. Y sigue:

"*Yo soy el pan de vida. Yo soy el pan que bajó del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que Yo le he de dar,* ES MI CARNE PARA LA VIDA DEL MUNDO." Observa también que Jesús no dice aquí que *da el pan de vida,* sino promete que lo *dará.* Por consiguiente, se engañan los protestantes cuando dicen que Jesús emplea aquí un lenguaje figurado, y que este *pan de vida,* de que habla, es su doctrina. No, no es su doctrina, porque ésta la está dando en el hecho mismo de hablar, y Jesús habla aquí, no de una cosa que *esté dando* en aquel momento, sino que *promete dar* más adelante.

La prueba de que los judíos lo entendieron como yo te lo explico y como la Iglesia lo enseña, y no como lo pretenden los protestantes, es que se preguntan a sí mismos: "¿Cómo nos ha de dar a comer su propia carne? ¿Cómo ha de ser esto?" Y se resistían a creerlo. Jesús penetra sus pensamientos, y para no dejarles duda de lo que verdaderamente quiere decirles, les añade estas clarísimas palabras:

"EN VERDAD, EN VERDAD OS DECLARO, *que si no* COMÉIS LA CARNE *del Hijo del hombre y* NO BEBÉIS SU SANGRE, *no tendréis la vida en vosotros. El que* COME MI CARNE Y BEBE MI SANGRE, *tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré el último día.* MI CARNE ES VERDADERAMENTE UNA COMIDA Y MI SANGRE ES VERDADERAMENTE UNA BEBIDA. *El que* COME MI CARNE Y

BEBE MI SANGRE, *permanece en Mí y yo en él. El que comiere de este pan, vivirá eternamente.*"

¿Puede ser esto más claro? Digan los protestantes y los incrédulos lo que quieran, ¿se puede dudar de la palabra de Jesucristo, que nos afirma estar su cuerpo y su sangre en la Eucaristía?

Pero esto no es todavía más que la promesa.—Oye ahora cómo Jesucristo cumple esta promesa al instituir la Eucaristía, cuando la noche de la Cena, víspera de su Pasión, toma en sus divinas y venerables manos el pan, lo parte y lo da a sus Apóstoles, diciéndoles: "*Tomad y comed*: ESTE ES MI CUERPO."

¿Lo quieres más claro, hijito? ESTO, es decir, lo que veis ahora en mis manos y os doy Yo, ES ¿qué es? MI CUERPO.

En seguida el Señor da a sus Apóstoles, es decir, a los primeros sacerdotes cristianos, el mandato y la potestad de hacer lo mismo que Jesús acababa de hacer en aquel acto, y les añade estas palabras: "*Cuantas veces hiciereis vosotros esto, lo haréis en memoria mía*"; es decir, como Yo mismo lo acabo de hacer.

Y ahora te pregunto yo: Jesucristo, ¿no es el mismo Dios? ¿No ha dicho en su Evangelio las palabras que te dejo citadas? ¿Pueden entenderse estas palabras de otro modo que las explica la Iglesia, sin faltar a todas las reglas del sentido común y de la buena fe? Y si nada de esto puede ponerse en duda, ¿dudarás, por más que no lo entiendas ni sepas *cómo* puede suceder, de que realmente *está* en la Eucaristía el cuerpo de Jesucristo?

Ni ¿con qué derecho podrías tú dudar de un dogma que han creído y practicado todos los siglos cristianos, a contar desde los *mismos* Apóstoles, y que ha sido enseñado, defendido y adorado por los más sabios y santos doctores de la Iglesia?

Pero hay más. ¿Con qué razón puedes dudar de que Dios obra milagrosa y sobrenaturalmente con su poder infinito una cosa que estás viendo obrarse todos los días por la naturaleza, de la cual es autor y conservador ese Dios Omnipotente? Dime tú, *hombre de poca fe*, ¿*por qué te parece imposible* que la hostia y el cáliz se conviertan en cuerpo y sangre de Jesucristo, y no te ocurre dudar de que el pan y la carne y el vino que entran diariamente en tu estómago, se convierten, como es verdad, por medio de la digestión, en carne y huesos y sangre de tu cuerpo?

¿Te parece mayor un milagro que el otro? ¿Te parece menos incomprensible ese misterio, que continuamente se obra en ti de un modo *natural*, que el misterio realizado *sobrenaturalmente* en los altares del Dios vivo?

¡Misterio inmenso de amor, que pone perpetuamente en medio mismo de sus hijos al Padre de la vida, al Rey de las almas, al Jefe de la Iglesia, a Jesucristo, en fin, Salvador de los hombres, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, Dios y hombre a un tiempo mismo, vínculo eterno que nos liga con su Padre y nuestro Padre celestial, a quien El adora perfectamente, supliendo así la imperfección de nuestras adoracio-

nes, y pidiéndole misericordia para los continuos pecados del mundo!

¡Misterio inefable! ¡Si mi entendimiento se rebelara a creerte, todavía mi corazón se humillaría para amarte!

Creamos, hijo mío, amemos y adoremos este misterio santo.

XLVII

Ninguna falta me hace ir a Misa. Para hablar con Dios, me basta mi casa.

R.—No se trata de saber lo que a ti te basta, hijito, sino lo que te hayan mandado Dios y su Iglesia. Y Dios te ha mandado, desde el principio del mundo, que en memoria de su creación y de la eternidad, descanses el séptimo día y te entregues todo entero, es decir, con tu alma y tu cuerpo, a pensar más que los otros días en tu Dios, en su creación y en la eterna paz de su gloria, de la cual es imagen y recuerdo el santo reposo del domingo, que quiere decir *día del Señor*.

Y la Iglesia, que es, como ya sabes, la intérprete y depositaria de la autoridad divina, te dice que el modo de celebrar dignamente el *día del Señor* es irte a su templo, y asistir con devoción al Santo Sacrificio de la Misa. Y como a la Iglesia no se la puede desobedecer sin injuriar al mismo Dios a quien ella representa, resulta que si la desobedeces en este precepto, pecas mortalmente y te condenas. ¿Estamos?

Ahora que ya te he dicho lo que mandan Dios y su Iglesia, y que, por consiguiente, te he dado la principal razón que hay para que obedezcas, te diré algunas otras que, si tienes juicio, han de hacerte fuerza.

En primer lugar, tú te llamas cristiano, no sólo porque *particularmente* profeses la fe de Jesucristo, que recibiste en el Bautismo, sino porque eres miembro de la *familia cristiana;* es decir, de la Iglesia, y como tal tienes obligación de hacer lo mismo que hagan tus hermanos. ¿Qué dirías a tu hijo si, llamado a la mesa donde comes con toda tu familia, te respondiera que él no tenía necesidad ninguna de acudir al comedor, porque para comer estaba bien en su cuarto?

Lo que tú responderías a tu hijo te respondo yo a ti: "Bribonzuelo, le dirías; ¿cómo es eso de no querer venir a comer con tu madre y tus hermanos? ¿Te da vergüenza de ser hijo nuestro? ¿Pues qué más honra para ti que el que, viéndote a nuestra mesa, conozcan que eres de nuestra familia? ¡Qué amor has de tener a los tuyos, ni cómo ellos han de amarte a ti si así los desprecias y abandonas!"

Pues bien; esto mismo te digo yo a ti, mal cristiano, que tienes a menos juntarte con los tuyos y asistir a su mesa. Si así dejas a tus hermanos en Cristo, ¿cómo has de amarlos? Y, ¿qué ejemplo les das con tu desprecio?

Renuncia, pues, a ese orgullo insensato, y vete a asistir con devoción humilde a la Misa, verdadero centro de la Religión cristiana, repetición fiel

en los altares del Santo Sacrificio del Calvario, consagración perpetua del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, conjunto hermoso y dulcísimo de todas las oraciones de la Iglesia.

Allí van tus sacerdotes y los fieles tus hermanos a pedir a la Víctima santa de aquel sacrificio sin sangre, que se digne proteger y extender y exaltar su sagrada Iglesia; que dé paz y salud y prosperidad a tus príncipes y a tu nación; que tenga misericordia de tus culpas, y que, por la intercesión de su dulcísima Madre y de sus santos, te dé la gracia en la vida y la gloria después de la muerte.

¿Y serías hombre tan sin entrañas que te negaras a tomar parte en este tierno espectáculo, donde están maravillosamente juntos todos los misterios de tu fe con todas las esperanzas de tu Religión? ¡Ah! ¡No, hijo mío.

XLVIII

No tengo tiempo para eso.

R.—¿Tienes tiempo para comer? —Toma, sí, señor. —¿Y para qué comes —¡Buena pregunta! Para vivir, para alimentar mi cuerpo. —¿Y qué vale más, tu cuerpo o tu alma? —Mi alma; claro está. —Pues bueno; haz por tu alma siquiera lo que haces por tu cuerpo.

Tu cuerpo vive de lo que come; tu alma vive de la verdad que conoce y del bien que ama. Si dejan de entrar en tu alma la verdad y el bien,

morirá como puede morir el alma, es decir, perderás la vida eterna, del propio modo que si dejara de entrar alimento en tu cuerpo, cesarías de existir.

Tú no quieres morirte, y por eso alimentas tu cuerpo, y por eso, a toda costa, tienes buen cuidado de tomarte algún ratito para comer. Sé, por Dios, tan cuidadoso de tu alma como lo eres de tu cuerpo, y tómate a toda costa algunos momentos para alimentarla, si no quieres que muera.

Tómate todo el tiempo que necesites para cumplir las muchas obligaciones que tienes para con tu Dios, y tómalo, cueste lo que cueste, aunque debieras sacrificar y perder todos los bienes de este mundo. Se trata de tu alma, de la parte más noble que Dios te ha dado, de lo que te hace ser hombre y te distingue de las bestias.

El cuidado por tu alma es cosa que nadie en este mundo puede impedirte, ni tu amo, ni tu superior, ni tu padre mismo; *nadie, nadie.* Si tu amo o tu superior se empeñaran en quitarte tiempo para comer, ¿qué les dirías? "Quédense ustedes con Dios, que yo me voy a otro lado, donde no quieran matarme de hambre; lo primero es vivir."

Pues eso deberías responder al que quisiera quitarte tiempo para cumplir tus deberes religiosos: "Quédense ustedes con Dios, que yo me voy adonde nadie me impida mirar por mi alma; mi salvación es lo primero."

¿Me dices que tu oficio o tu estado no te dejan tiempo para atender a este asunto principal? Míralo bien antes de asegurármelo; porque si me lo

aseguras, yo te diré: "Deja al instante, y sin consideración a nada en este mundo, ese estado o ese oficio, y toma otro." Que pierdes tu conveniencia, que arruinas tu caudal, no importa nada; tu vida pasa como un soplo, mientras que la eternidad no tiene fin. ¿De qué te servirán todas las conveniencias y caudales del mundo, si tu alma se condena?

Pero hablemos francamente: ¿Es verdad que tu estado o tu oficio te impiden vivir como cristiano? Porque yo he oído decir siempre que *obligación no quita devoción;* y por más que tú me digas, yo no acabaré de creer que te falte un ratito de vagar para pensar en la salvación de tu alma.

Lo que desde ahora te aseguro es que nadie ni nada te impide encomendarte a Dios al levantarte y al acostarte; ni sé por qué no has de poder ofrecerle tu corazón y pedirle su auxilio soberano hasta en medio mismo de tus ocupaciones. Por muy grande y continuo que sea tu trabajo, alguna vez has de descansar para tomar aliento. Pues bueno, encomiéndate entonces a Dios; llámale desde el fondo de tu alma. Todo esto te lo digo en el supuesto de que seas efectivamente hombre muy ocupado y de muchas obligaciones. Porque todavía puede suceder que, si echáramos cuenta del tiempo que malgastas en recreos y distracciones, había de resultar muy sobrado para que pudieras hacer obras de cristiano y ganarte la salvación.

Dígasme lo que quieras, yo no puedo creer que te falte media hora para irte a oir tu Misa el día de precepto; ni tampoco es posible que una noche siquiera en cada mes, si no puedes de día, te vayas,

después de salir de tu trabajo, a hacer una confesión de tus pecados (que será más corta cuanto sea más frecuente), y a pedir a tu confesor consejos y ánimo para vivir mejor cada día. En esto, como en todo, hace más el que quiere que el que puede.

Acaso suceda que tú no puedas todo lo que quieras. Pero a eso te digo: lo que quieras; quiérelo muy de corazón, y aunque no puedas hacerlo, Dios misericordioso y justo te agradecerá tu buena voluntad y te lo pagará como si lo hicieras. Pero mira no te engañes, y achaques a falta de tiempo lo que no es sino falta de voluntad.

XLIX

Ni tampoco puedo: es cosa muy difícil.

R.—Bastante menos difícil de lo que a ti te parece, y quizá de lo mismo que tú crees; pues me voy sospechando, al ver los reparos que me pones, que lo que te falta es voluntad, y no otra cosa. Dime que no has tenido nunca, o que has perdido ya la costumbre de vivir cristianamente, y no me digas que te es difícil hacerlo.

Si se tratara de escribir libros sobre materias profundísimas de ciencia, o de asaltar fortalezas defendidas con cañones, me haría fuerza tu dificultad. Pero nada de eso, hijo mío; se trata de una Religión fundada, en primer lugar, para los humildes de espíritu y los mansos de corazón.

El secreto para ser buen cristiano no es saber mucho, sino el amar mucho y tener mucha confian-

za en Dios y en la intercesión de su Santísima Madre. El que mucho ama, no tiene ni *vanidad* ni *pereza,* que son las dos verdaderas, las dos grandes dificultades para vivir cristianamente.

Yo no te negaré, ni te lo he negado nunca, que el verdadero cristiano tiene que estar muy sobre sí para no dejarse sorprender ni dominar por los vicios y pasiones que continuamente nos asaltan. Pero también te he asegurado, y te lo repito ahora, que todo el que *quiere* vencer, vence.

¿Y quién es el que verdaderamente quiere vencer? El que busca y emplea las armas que la Religión le ha dado, es decir, el que usa de los medios que Jesucristo nos ha enseñado para que obtengamos el auxilio de su gracia. Estos medios ya los conoces tú, y a fe que, cuando eras buen cristiano, demasiado bien te servían. Hoy no te sirven, porque no los usas. Estos medios son la oración, la santificación de las fiestas, el estudio y la meditación sobre la doctrina cristiana, el huir las ocasiones peligrosas, las malas compañías y las malas lecturas, y, por último, el confesarse a menudo y comulgar.

Sin que emplees estos medios, todo te será difícil; pero empléalos, y verás cómo todo se te vuelve facilísimo y agradable. Te hablo por experiencia. He conocido a muchas personas que estaban muy viciadas, muy perdidas, y que, sin más que emplear aquellos medios, se han hecho modelo de cristianos.

Me acuerdo ahora de un antiguo militar que desde su niñez tenía el pícaro vicio de estar siempre jurando y maldiciendo. Reprendido cierta vez por

una persona caritativa, propúsose nuestro veterano quitarse aquella perversa costumbre; y con tan buen ánimo lo emprendió, que al cabo de *quince días* lo había ya logrado. Cada vez que se le escapaba, o que oía a sus camaradas una blasfemia, decía compungido en su interior: "¡Perdón, Dios mío! ¡Bendito sea tu nombre!"

Con este sencillo medio logró dejar de ofender a Dios, y eso que, según él decía, tan dominado estaba por el vicio, que no podía descuidarse ni un instante, y que hubo días en que tuvo que reprimirse más de cincuenta veces.

Otra persona he conocido yo que era muy honrada y de muy buenos sentimientos, pero que poco a poco se fué aficionando al vino más de lo regular, hasta llegar a ser un borrachón de primera. En una de las buenas que tomaba, dió una paliza a su mujer que por poco la mata. Cuando volvió en sí y vió lo que había hecho, le entró una pena y un remordimiento tan grande, que hizo voto de no volver en su vida a beber una gota.

Pero lo más singular no es esto, sino que tuvo el valor de hacer que todos los días le pusieran a su lado en la mesa una botella de vino con su vaso correspondiente. Veintiún años estuvo de este modo, y ni un solo día faltó a su promesa de no volver a tocar el vino con sus labios.

Yo le vi atacado de la enfermedad que se lo llevó al sepulcro, y me acuerdo que el peor rato que en ella pasó fué un día que el médico

le mandó tomar unos buches de vino blanco. Cada vez que tomabá un buche, se ponía de mil colores, y no cesaba de decir: *¡Válgame Dios!*

—¿Tanto odio ha tomado usted al vino? —le preguntó el médico, que sabía la historia que te he contado.

—¡Odio! —le contestó el enfermo—. No, señor; me gusta hoy más que el día que lo dejé, hace ya más de veinte años; pero mi palabra es palabra, y esta pobrecita (decía señalando a su mujer) sabe por qué hago lo que hago.

¿Qué te parece, hijito? ¿No te admira el valor y la constancia de este hombre? ¿Y sabes cuál es el secreto de su victoria? Muy sencillo: el secreto consiste en que era *buen cristiano.*

L

Quiero que nadie se burle de mí, ni singularizarme, sino hacer lo que los demás.

.—Perdona si te digo que eso es discurrir como las cabras. De estos animales, sabido es que por donde salta la una, salta la otra; si la primera se echa por un derrumbadero, allá va detrás la segunda, y luego la tercera, y después todas. Cada una de ellas *hace lo mismo que las demás.*

¿Es así cómo debe obrar un hombre, hijito? ¿Quieres no valer más que una cabra, y echarte de cabeza en el infierno, nada más que porque otros se echan?

El refrán dice: *adondequiera que fueres, haz lo*

que vierc; y yo te digo: adondequiera que fueres, *haz lo que debes.* Que hay muchos que te siguen en obrar lo bueno, mejor para ti. Que hay pocos, que no hay ninguno más que tú, paciencia, y tener el valor de ser único y solo.

Mira, hijito; aunque en el mundo hay más gente buena que la que quisieran los pícaros, verdad es al cabo que los malos son más que los buenos. Por consiguiente, el que quiera ser bueno, o lo que es igual, cristiano, tiene que resignarse a ser de los menos. Es uno de tantos sacrificios como tenemos que hacer para salvarnos.

Ya Jesucristo te lo enseña así bien claramente: *Entrad* (dice en su Evangelio de San Mateo, cap. VII) *por la puerta angosta; porque la puerta que conduce a la muerte es ancha, y el camino espacioso, y muchos son los que van por él. ¡Cuán estrecho es el camino que lleva a la vida, y cuán pocos son los que le siguen!*

Y luego, en otros capítulos del mismo Evangelio, añade: "*No temáis a los que matan el cuerpo, y luego no pueden hacer nada más. Yo os diré a quién debéis temer: temed al que puede matar el cuerpo y el alma en el infierno. En verdad os digo, que a ese sólo debéis temer.*" —"*Si alguno se avergonzare de Mí delante de los hombres, Yo me avergonzaré de él delante de mi Padre, y delante del universo en el juicio final.* EL QUE PERSEVERARE HASTA EL FIN, ESE SÓLO SERÁ SALVO."

El que perseverare hasta el fin. ¿Entiendes, hijito? Es decir, el que me obedezca y me ame, a

pesar de todos los peligros, de todas las amenazas, de todos los malos ejemplos, ese sólo será salvo.

¿Qué tal? ¿Se puede decir más claro de lo que Jesús te lo dice, que para no condenarse en el otro mundo es necesario singularizarse un poco en éste; y que el singularizarse para un asunto de tanta importancia, lejos de causarnos temor o vergüenza, debe ser nuestra mayor gloria de cristiano?

Que habrá algunos que se burlen de ti.—Que los haya. ¿A ti qué te importa? ¿Te has de morir por eso? Ten lástima de ellos, hijo mío, porque son unos pobres locos que se burlan de un cuerdo.

Figúrate que dieran en burlarse de ti porque comes, o porque andas con los pies; ¿habrías por eso de matarte de hambre, o te pondrías a andar de cabeza? No. ¿Y por qué? Porque tú estás seguro de que obras en razón comiendo y andando con tus pies, y que quererte obligar a hacer lo contrario es una barbaridad estupenda.

Pues, hijo, más estupenda es todavía la de quererte hacer vivir como un perro, sin Religión ninguna; por lo cual, serías un insensato si te dejaras llevar de las burletas de cuatro necios, y si perdieras tu alma por darles gusto. La desaprobación de estos tales no deshonra; lo que deshonra son sus alabanzas. ¿Murmuran de ti? ¿Se mofan de tu piedad? Pues date la enhorabuena, porque es señal de que no eres como ellos.

Pero no hay que exagerar las cosas. En este punto te sucederá muchs veces hallarte menos solo de lo que tú creas. Hay muchos malos, y esto ya te lo he confesado yo; pero hay también muchos buenos, que salen en nuestra ayuda cuando menos lo esperamos. De mí te sé decir que que donde veo un hombre de buena crianza y de costumbres decentes, allí creo siempre ver un cristiano, y la mayor parte de las veces no me he equivocado.

Sucedió ha pocos años, en un colegio militar, que uno de los alumnos se encontró en el suelo un rosario. Creyendo que se le habría perdido a alguno de sus compañeros, y proponiéndose reirse a costa de él, colgó el rosario en un árbol del jardín del colegio, y dijo: "¿Quién es el santurrón que ha perdido ese chisme?" En esto salió otro de los alumnos y dijo: "Es mío; ese rosario es un recuerdo de mi buena madre; y yo, que soy cristiano, añadió con tono muy resuelto, lo rezo todos los días." "Muy bien dicho, y muy bien hecho, dijo entonces una voz que salió del corro." Volviéronse los alumnos, y vieron que era la del general director del colegio, el cual, dando un abrazo al joven del rosario, le dijo: "¡Bravo! Eso es lo que se llama portarse como hombre de corazón. Siga usted en esos buenos sentimientos, y nada perderá." Desde aquel día, los colegiales miraron a su compañero con respeto y trataron de imitarle, tanto más cuanto que era uno de los jóvenes más aventajados que había en el colegio.

Sucedió en otra ocasión, que un viajero recién llegado a la posada en un día de los de abstinencia, sentóse a la mesa redonda con los demás huéspedes, y pidió que le sirvieran comida de viernes. Empezaron los presentes con risitas burlonas y cuchicheos, hasta que uno de los que más la daban de chistoso, dijo al recién venido con aire zumbón: "¡Hola! Parece que usted come de viernes, caballero." "¡Hola! Y usted parece que come de carne, señor mío." "Sí, señor; de carne como." "Pues tanto peor para usted, pues que no cree que un hombre de honor debe preferir la salvación de su alma al gusto de comerse una chuleta."

Con tan oportuna salida, pusiéronse todos de parte del recién venido, riéronse del impertinente que había querido sonrojarle, y, lo que es más, uno de ellos saltó y dijo: "También yo soy cristiano y no quiero ser menos que el señor; tiene razón en lo que hace. ¡Muchacho! (dijo al criado de la posada), tráeme comida de viernes."

Conque ya ves, hijo mío, que rara vez el que quiere vivir y obrar como cristiano está solo en medio de las bufonerías de los necios. Estos no parece que son tantos, sino porque la gente buena y de razón mete menos ruido; y ya sabes el refrán: "Más bulla hace uno que habla, que ciento que callan."

Sé tú amable y cortés con todo el mundo; ríete con los demás de todo lo que de reir sea, con tal que no haya ofensa de Dios, y verás có-

mo no se meten en si tu cumples o no tus deberes de cristiano. Si, a pesar de todo, alguno se obstinara en burlarse de ti, respóndele con prudencia y procura mostrarle su error. Si no se corrigiere, déjalo con su desgracia. Para todos llegará la hora del gran juicio; y, como suele decirse, *al freir será el reir.*

LI

¿Quiere usted hacerme un santurrón fanático?

R.—No; pero quiero hacerte cristiano, que no es lo mismo. *La santurronería y el fanatismo no son la Religión, sino el abuso de la Religión.*

Quiero que seas religioso *devoto,* no supersticioso y *mogigato.* Dios exige y acepta lo primero, pero prohibe y condena lo segundo; quiere que le amemos de corazón y que cumplamos sus mandamientos; no que nos entreguemos a prácticas supersticiosas y ridículas, que hacen dejar lo principal por lo accesorio, y confundir el gran fin que la Religión se propone con algunos de los medios que nos han sido dados para conseguirlo.

No es la velita rizada o la lámpara de aceite que ofreces en el altar de la Virgen lo que la Virgen te agradece, sino el amor con que la ofreces y la intención con que lo haces.

Pero también te digo que estos abusos de la Religión no son ni tan numerosos ni tan perversos como se dice. Por lo general, no son más que

efectos de celo mal entendido de gentes sencillas o ignorantes, que ningún mal hacen a nadie con sus inocentes manías.

No te digo que son laudables ni pretendo que las imites. Pero te aseguro con mi experiencia que, ridículas y todo como son, valen mucho más y son harto menos perjudiciales a la Religión y a la sociedad, que la mayor parte de los que tanto gritan contra ellas.

Valiera más que estos críticos zumbones pensaran un poco en sí mismos, y ya que tanto charlan contra los abusos de la Religión, trataran de corregir los que ellos cometen contra todas las cosas más santas. Porque, si malo es que haya santurrones mogigatos y fanáticos supersticiosos, mil veces peor es que haya libertinos desvergonzados, incrédulos blasfemos y herejes escandalosos. Cuando estos tales dan en su manía favorita de echar sapos y culebras contra los otros, me recuerdan a cierto presidario que estaba condenado por *asesino*, y se puso furioso porque le habían dado a un *ladrón* por compañero de cadena.

Compadezcamos, pues, y procuremos ilustrar a esas pobres gentes que practican su Religión de mala manera, y seamos nosotros buenos cristianos, amando a Dios de veras, cumpliendo todos sus mandamientos, llenando todos nuestros deberes y oyendo dócilmente los consejos de nuestros pastores ministros de Jesucristo.

LII

La vida cristiana no es para mí. ¡Privarse de todo! ¡Tener miedo a todo! ¡Quite usted allá!

R.—¿Y de dónde has sacado eso de que el ser cristiano te obligue a privarte de todo y a tener miedo a todo? ¿Quién te ha enseñado semejante paparrucha? Verdad es que la ley del Evangelio es un yugo; pero (como dice el mismo que nos lo ha impuesto. Nuestro Señor Jesucristo) "*es un yugo dulce y una carga ligera*".

Cualquiera pensaría, al oirte, que no se puede ser cristiano sin llevar siempre una cara de agonizante, y sin estar a todas horas receloso hasta de su sombra. Nada de eso, hijito.

El verdadero cristiano debe, sin duda, estar continuamente alerta contra sus propias pasiones y los peligros del mundo, y tampoco te negaré que la costumbre de pensar en la humana miseria y en las grandes cosas de que nos habla la Religión, le hagan naturalmente grave y reservado.

Pero de aquí a ser un cazurro impertinente y un ave triste, hay mucha diferencia. Todo lo contrario; el verdadero cristiano, por lo mismo que tiene la conciencia tranquila y confiada en la misericordia de Dios, suele llevar en su semblante una apacible dulzura y derramar en derredor de sí un cierto perfume de inocencia y de alegría, que todo lo purifica y lo embellece.

Este bien, este privilegio de la vida cristiana, claro es que, como todo lo que vale mucho, no se logra de balde. Sin duda hay que luchar contra las malas inclinaciones, hay que hacer algunos sacrificios. Pero, ¿qué estado me señalarás en que no sea menester hacer lo mismo? Para aprender tú el oficio que tienes, para ganarte tu vida, ¿no necesitas tomarte trabajos y pasar privaciones, a veces muy grandes?

Hasta para *divertirse* hay muchas veces que pasar por el mismo punto Y el negocio más importante de tu vida, como es tu salvación, ¿quieres que nada te cueste?

¡Ya se ve! Las gentes del mundo, que ven a los cristianos abstenerse de ciertos placeres, hacer penitencias, dar limosnas y obrar muchas otras cosas que nada tienen de divertidas, se figuran que éstos llevan una vida de perros, y que son personas con quienes no puede tratarse.

Pero, acércate a ellos, hijo mío, o, lo que es mejor, *haz tú la prueba* en ti mismo, y ya verás cómo con la vida cristiana se hace dulce hasta lo que más amargo parece, a la manera que las abejas convierten en miel el amarguísimo jugo del tomillo y la retama.

Cosas son éstas que yo nunca podré explicarte bien, y que tú no entenderás, como no las experimentes. Pero si quieres formarte una idea de ellas, acuérdate de tu niñez, acuérdate de la alegría y la paz que tenías entonces, cuando aún no habías ofendido a tu buen Dios, cuando eras puro, casto, obediente; en una palabra, cristiano.

Pues bien, hijo mío; el Dios de tu niñez es hoy el mismo que era entonces; digo mal, hoy te ama más porque eres desgraciado y quiere salvarte. Siempre es aquel buen Jesús que dice: *Jamás desecharé al que viniere a buscarme.* Búscalo, hijo mío, que el premio de buscarlo es nada menos que la gloria eterna.

LIII

No soy yo digno de llegarme a recibir los Sacramentos. Ni se debe abusar de las cosas santas.

R.—No; pero se debe usar. Porque, excepto el gran crimen de insultarle, la mayor ofensa que puede hacerse a Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, es abandonarle y olvidarse de El.

Dos clases de personas deben llegarse a recibir los Sacramentos: los buenos que quieren ser mejores, y los malos que quieren ser buenos. Para los buenos, los Sacramentos son fuego que purifica el oro; para los malos, son medicina que cura al enfermo. Para todo son remedio, y todos deben tomarlo; no porque sean *dignos,* pues nadie hay digno de Dios, sino para ser cada día menos *indignos;* no porque sean fuertes, sino para ser cada día menos flacos.

Corre, hijo mío: Jesucristo te llama, y sin El no puedes salvarte. Ve a buscarle en la Confesión, donde purificarás tu corazón, que es templo suyo; y en la Sagrada Comunión, por la

cual se digna el mismo Dios en persona albergarse en ese templo ya purificado.

Corre y nada temas. Dios premiará tu *buena voluntad,* y tú mismo conocerás cuánto más vales después de haberle recibido.

LIV

Yo he sido un pecador muy grande, y no es ya posible que Dios me perdone.

R.—¡Pobre hijo mío! ¡Qué mal conoces el corazón misericordioso de Jesús!

¿Tan ignorante estás de tu Religión, que no conoces alguno de los muchos *grandes santos* que habían sido antes *grandes pecadores?* Quiero contarte no más que la historia de uno. Oye:

Sentado estaba el buen Jesús a la mesa de Simón el fariseo, que le había convidado a comer, cuando entra en la sala una mujer que se postra a los pies del Salvador, y los inunda con el llanto que vierte en silencio, y los cubre de besos abrasados.

Todo el mundo la conoce porque es Magdalena, la mujer perdida y escandalosa de quien huyen las gentes honradas como de un apestado. El fariseo, que se indigna de que esta infeliz se atreva a lo que entonces hace, dice para sí: "Si este hombre fuese, como El dice, hijo de Dios, sabría qué especie de mujer es esa."—Jesús conoce lo que el fariseo piensa, y le dice: "Simón, tengo una cosa que decirte."—"Hablad, Maestro."—

"Tenía un hombre dos deudores (prosiguió Jesús), el uno le debía quinientas monedas de oro, el otro cincuenta de cobre. A los dos les perdonó sus deudas. ¿Cuál de ellos piensas tú que debe estarle más agradecido?" "Aquel, sin duda (responde Simón), a quien perdonó mayor cantidad."—"Tienes razón", dijo Jesucristo; y señalando entonces a la Magdalena, añadió: "¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa no me diste el beso de paz; y ésta, desde que ha entrado, no cesa de besarme los pies. No me has dado agua para lavarme, y ella riega mis pies con sus lágrimas y los enjuga con sus cabellos... En verdad te digo, que muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho."—Dicho esto el Salvador, sin cuidarse para nada de lo que pensase y gruñese el fariseo, dijo a la Magdalena: "Mujer, vete en paz y no vuelvas a pecar."

¿Has oído, hijo mío? Mucho perdona el dulce Jesús a esta gran pecadora *porque ha amado mucho.* Ama tú mucho, y todo te será perdonado. Sea tu amor, si es posible, sea tu arrepentimiento tan grande como han sido tus ofensas, ¿qué digo? Muestra una señal siquiera de pesar sincero; y Dios, que te espera con ansia, te recibirá con misericordia. Recuérdale lo mucho que padeció por salvarte; recuérdale su establo de Belén, su pobreza, sus humillaciones, los tormentos de su Pasión, su agonía y su muerte en

Aquel divino madero,
iris de paz que se puso
entre las iras del cielo
y los delitos del mundo;

recuérdale a su Santísima Madre, que Él mismo te dió precisamente para que fuese tu abogada y medianera, tu refugio y tu esperanza.

Y luego, con el corazón contrito, ve a buscar al ministro del perdón, al juez de misericordia, a tu confesor: pídele perdón y consuelo y socorro, que no te los negará, pues para eso lo tiene Dios puesto, para dárselos a todos y siempre. Verás entonces cómo entre tus lágrimas de arrepentimiento oyes aquella gran palabra de vida eterna que de *Magdalena la pecadora* pudo hacer a la admirable penitente *Santa María Magdalena*: "Tus pecados te son perdonados: levántate y no vuelvas a pecar."

LV

Hay que dar a la mocedad lo que es suyo.

R.—Según lo que entendamos por este *suyo*.

Bien sé yo que la juventud tiene sus gustos particulares, como cada edad tiene los suyos, y que no es conveniente ni posible obligar a un joven a hacer la misma vida que un viejo. Pero sé también que el joven, por lo mismo que tiene menos experiencia y sangre más viva que el viejo, necesita velar más por sí mismo, y buscar más frecuentemente el auxilio de la Religión.

Sé también que Dios pide a cada cual en razón a lo que le ha dado, y que al joven le pide más, porque le ha dado más fuerza y más valor para cumplir sus deberes cristianos.

No quiero yo privar a los jóvenes de los honestos recreos propios de su edad; pero quiero hacerles entender que la vida no se les ha dado para divertirse, sino para ser fieles a Dios, útiles a los hombres y prudentes consigo mismos, y para prepararse una vejez respetable y santa.

¡Si los jóvenes supieran lo que tienen con el sér de cristianos! ¡Si supieran lo que pierden cuando pierden la inocencia! ¡Si adivinaran cómo se lloran en la vejez los errores de la juventud, y cuánto se echa de menos el tiempo malgastado!

A las puertas de la muerte
con lágrimas dice el viejo:
"Cuando pude, no sabía;
y ahora que sé, ya no puedo."

LVI

Sacramentar a un enfermo es lo mismo que matarlo. Para eso debe esperarse a los últimos.

R.—Eso es, a los últimos, cuando ya no pueda confesarse, cuando ya no tenga fuerza ni entendimiento para comprender que ha llegado su última hora, y que va a ser llamado a comparecer ante Dios. ¿Entonces queréis llamar al sacerdote para que administre al enfermo, es decir, cuando de nada puede ya servirle? Más sencillo sería dejarle morir como a un perro.

Jesucristo es Dios de vivos, no de muertos; y

no nos dió a sus ministros para sacramentar cadáveres.

Mentira parece lo que en este punto suele pasar entre cristianos; pues no solamente se huye y se retarda el preparar debidamente a los enfermos, sino que a veces se ve a la familia entera formar una especie de conspiración para estorbar que el sacerdote entre en la alcoba, menos cuando se le insulta y se le llama *imprudente, inhumano,* todo porque quiere salvar un alma.

Y luego, cuando ya no es tiempo, cuando el enfermo no está ya en estado de prepararse, si al buen sacerdote se le ocurre hacer un cargo a la familia, se le suele responder con mucha frescura: "¡Oh, si era tan bueno! ¡Tan santo! ¡Tan amante de sus hijos! ¡No tenga usted cuidado, señor cura; que lo que es este pobrecito, entra en la gloria sin tropezar!" Y muchas veces, el desdichado de quien se hacen tantos elogios, hacía ya muchos años que ni aun se acordaba de que era cristiano.

Todo, ¿por qué? Por la pícara manía de que la vista del sacerdote asusta y empeora al enfermo, y que hablarle de confesarse es darle una puñalada. ¡Como si se hubieran muerto todos los que han sido administrados! ¡Como si la experiencia no probase lo mucho que se tranquiliza el pobre enfermo con recibir los consuelos de la Religión! ¡Como si no estuvieran ahí los mismos médicos para asegurar, como aseguran por su mucha experiencia en este asunto, la infinidad de veces que han visto a sus enfermos mejorarse y

hasta vencer al mal desde el momento mismo de ser administrados!

Por Dios, hijo mío: no consientas que en tu casa dejen morir de este modo bárbaro y cruel a nadie de tu familia; aconseja que se haga lo mismo en casa de tus amigos, y haz a todo el mundo la caridad de contribuir a desvanecer esa aprensión ridícula e impía, de que el administrar a los enfermos es lo mismo que matarlos.

Cuando te sientas gravemente enfermo, o veas que lo está algún pariente, algún amigo tuyo, haz, en cuando esté de tu parte, que se pidan los consuelos de la Religión; pues bien sabes, y el *Catecismo* te lo dice, que dan salud al alma y al cuerpo *si le conviene.*

No temas que esta santa preparación cause ningún daño. ¿Por ventura el tener uno corriente su pasaporte le obliga por fuerza a emprender la marcha?

LVII

Bueno. Empezaré vida cristiana allá más adelante, cuando tenga más vagar que hoy. Sobre todo, a la hora de la muerte me confesaré, pues me propongo no morir sin Sacramentos.

R.—¿Conque *allá más adelante,* eh? ¿Y si te da esta noche un accidente y te mueres sin decir Jesús?

¡Allá más adelante, cuando tengas más vagar que hoy!... ¡Desdichado! ¿Es tuyo, por ventura,

el día de mañana? ¿Sabes qué será de ti dentro de cinco minutos? ¿Quién eres tú para poner plazos a la paciencia de Dios?

—"Pero Dios, me dirás, es misericordioso, y no me dejará morir sin que me haya reconciliado con El." ¿Y si te deja? ¿Qué cargo podrás tú hacer a Dios si no quiere esperarte? ¿Pues no te ha dicho, con ejemplos diarios que pasan a tu misma vista, que nadie conoce su última hora?

¿No te ha dicho Dios que tú le debes todos los momentos de tu vida? ¿Y no te ha ofrecido que cuando quiera que le pidas misericordia te perdonará? Pues, ¿con qué derecho, con qué razón puedes poner a prueba su paciencia?

Si te dijeran que en tu casa hay un barril de pólvora oculto, que puede estallar de un momento a otro, ¿te estarías mano sobre mano, y dirías: "Allá más adelante lo buscaré, cuando tenga más vagar"? No, sino que revolverías toda la casa, y no tendrías un momento de sosiego hasta haber encontrado la pólvora y haber evitado el peligro. Pues haz por tu pobre alma lo que harías por tu casa. La muerte es el barril de pólvora que amenaza saltar a cada instante; apresúrate de modo que no te coja desprevenido, y no pierdas un día, ni una hora, ni un minuto.

Jesucristo te lo dice: "*Velad y estad prontos; porque he de venir a la hora que menos penséis... Sí, el Señor vendrá el día que menos lo esperéis, en el momento que ignoráis, y desechará al sier-*

vo infiel... Entonces será el llanto y el crujir de dientes." (San Mateo, cap. XXIV.)

Y esto que te dice Jesucristo, lo estás tú viendo a cada instante. ¿Tan poca mella te hacen, o tan pronto te olvidas de las infinitas muertes repentinas que habrás oído contar, y que tú mismo habrás presenciado?

Nunca se me olvidará un pobre joven de diez y seis años, detenido en la prisión de París, llamada la *Roqueta,* que fué el único entre todos los demás presos que se negó a las vivas instancias del capellán de la prisión para que cumpliera con la Iglesia. "El año que viene lo haré, respondió; porque este año no tengo ganas de eso."

Al dia siguiente fué el capellán a confesar a los presos de la enfermería, y halló entre ellos al joven de este caso, que había caído con calentura en la pasada noche. Acercóse el buen sacerdote a su cama, y lo encontró con los ojos cerrados y el rostro amarillo. Preguntó a la Hermana enfermera qué le había dado a aquel joven, y ésta le respondió: "Poca cosa; alguna calenturilla de indigestión." "No, no, replicó el capellán; este muchacho está muy malo; es menester que el médico lo vea al instante."

En esto entra el médico, pulsa al enfermo, le pone la mano sobre el corazón, y exclama todo demudado: "¡Ay, Dios mío!" "¿Qué es esto? ¿Qué sucede?", pregunta el sacerdote. "¿Qué ha de ser?, responde el médico, después de examinar de nuevo; que este joven está muerto."

—"¡Muerto!, exclamó el capellán aterrado. ¡Muer-

to el infeliz! Y me decía ayer noche: *El año que viene lo haré; este año no tengo ganas de eso.*"

En la cama inmediata había otro preso de la misma edad que este desgraciado, el cual, sacramentado pocos días antes, esperaba su última hora. "¡Oh, Padre mío!, dijo cuando vió al sacerdote; ¡qué contento estoy! ¿Querrá Dios llevarme pronto consigo?" Y oyendo entonces al capellán, que le daba esperanza de ponerse bueno, le dijo con un semblante angelical: "No me diga usted eso, Padre mío; si saliera de ésta, quizá volvería a olvidarme del buen Dios; mejor quiero morirme, pues ahora creo que Dios me recibirá."

Y Dios le cumplió su deseo; aquella tarde murió como un santo, pronunciando el dulce nombre de Jesús.

¡Cuántos otros casos pudiera contarte de espantosas desgracias! ¡A cuánto infeliz no pudiera citarte que ha muerto en medio de una riña, al salir de una casa de juego, en un lugar de mala vida!

Y de alguno pudiera también decirte, en cambio, a quien la muerte repentina no le ha cogido desprevenido.

Me acuerdo de un pobrecillo aprendiz, hijo de tan buenos padres, y tan bien inclinado de suyo, que el día en que recibió su primera Comunión había hecho propósito firme de no irse jamás a la cama en pecado mortal. Habiendo tenido la desgracia de cometer uno pocos meses después, se acordó de su propósito, y al instante trató de confesarse. Pero se le ofrecieron mil dificultades, por-

que le había caído aquel día mucho trabajo, hacía mal tiempo y, además, la iglesia estaba muy lejos.

Con este motivo dijo para sí: "¡Vaya! Otro día, si Dios quiere, lo haré." Sin embargo, su propósito se le venía a la memoria, y estaba diciéndole continuamente: "Cumple lo que has prometido a Dios; vete a confesar." Atormentado con esta lucha interior, no sabía qué hacer, cuando, hincándose de rodillas, rezó un *Avemaría* pidiendo a la Virgen Santísima que le iluminara, pues el buen niño sabía cuánto vale la oración.

Levantóse, por fin, se fué a la iglesia y se confesó. Volvía contento como unas pascuas, y habiéndose encontrado en el camino a su madrina, le contó cuanto le había sucedido, y se despidió de ella satisfecho de haberse reconciliado con Dios, y dispuesto a dormir tranquilo.

Acostóse, y a la mañana siguiente, que era domingo, su buena madre, que en tal día acostumbraba a dejarle dormir un poco más que los otros, no fué a despertarle hasta bien entrada la mañana. Llamóle, golpeando la puerta de su cuarto; pero pasó un buen rato, y el niño no se levantaba. Incomodada ya la madre de tanta pereza, entró en su alcoba y le dijo: "Vamos arriba, haragancillo; ¡las horas que son ya! ¿No te da vergüenza?"

Pero tampoco el niño dió cuenta de sí. Acercóse a él entonces su madre, ya un poco inquieta; le toca y le encuentra frío; le mira y le ve pálido y sin movimiento.. La pobre madre lanza un grito de dolor y cae en tierra sin sentido. Su hijo estaba muerto y su cadáver ya frío.

¡Dichoso él mil veces, que no había dejado *para otro día* el ponerse en gracia de Dios!

Dichoso tú, hijo mío, si teniendo presentes estos ejemplos, y los muchos que habrás visto por ti mismo, eres bastante juicioso y bastante cristiano para esperar sin temor a la muerte a la hora que Dios quiera mandártela. Ya sabes el cantar:

Mira que te mira Dios;
mira que te está mirando;
mira que te has de morir;
mira que no sabes cuándo.

CONCLUSIÓN

Hemos terminado nuestras conversaciones, hijito mío. Tú ves que en ellas no he querido ni entretenerte con pulidos discursos, ni hacer alarde de talentos y de ciencia. Yo no he querido otra cosa sino hablar a tu razón con aquellas pruebas y ejemplos que no pueden menos de hacer fuerza a todo el que esté en su cabal juicio.

Muchas más cosas de las que tú me has presentado como OBJECIONES, se piensan y se dicen en el mundo contra la Religión. Pero te he respondido a las principales, y, si quieres meditar bien mis respuestas, acaso verás que en ellas tienes lo bastante para contestar a cualquier otra especie de argumentos que te hagan contra la fe de nuestros padres.

Yo te aseguro que, sean ellos los que quieran, no valen más, ni tienen más fundamento que los que te dejo contestados. Y la razón es que yo te he enseñado la verdad, y que contra la verdad nada puede decirse que no sea mentira.

Si alguna de mis respuestas no te pareciere clara, o no te convenciere, achácalo a torpeza mía, no a falta de buenas razones para probarte la verdad de cuanto te digo. En todo caso, si alguna duda te quedare, yo te aconsejo y te ruego que se la

digas francamente a algún sacerdote instruído y bueno, como gracias a Dios no faltan entre nosotros, el cual acabará de ilustrarte y de convencerte.

Tú verás mejor cada día cuán racional, cuán útil, cuán santa y cuán fácil de practicar es nuestra Religión divina. Tú la amarás con mayor celo mientras mejor la conozcas, y te convencerás de que los que la combaten, o no la conocen (y son la mayor parte), o tienen algún interés en destruirla.

Los hombres de bien y los sabios verdaderos, son y no pueden menos de ser cristianos.

Quiera Dios, hijo mío, que puedan mis palabras ser ocasión para que ganes la fe, si te falta, o para que la aumentes, si ya la Divina Misericordia te la ha concedido. Yo no he pretendido más que hacerte bueno enseñándote la verdad, ni deseo más que proporcionarte paz y gozo interior en esta vida, que te sirvan de camino seguro para alcanzar en la otra eterna bienaventuranza.

Bendígate Dios, hijo mío: pídele por ti; pídele por todos los hombres, que son tus hermanos. Pídele por mí, que te amo muy de veras.

Adiós, hijo mío, hasta el Paraíso, donde espero que nos veamos para no separarnos ya nunca.

ÍNDICE

Objeciones y respuestas

Págs.

I.—¿Qué falta me hace a mí la Religión? A fe que yo no tengo ninguna, y esto no me quita de estar tan gordo y tan bueno. 3

II.—No hay Dios..... 15

III.—No hay más vida que ésta de por acá: con la muerte todo se acaba..... 17

IV.—Todo lo que sucede en este mundo es hijo de la casualidad, y Dios no se mete en nada de cuanto pasa por acá abajo, pues a no ser así, no veríamos tanto desconcierto y tanta cosa imperfecta y mala como hay 21

V.—La Religión es cosa buena allá para las mujeres 33

VI.—La verdadera Religión es ser uno hombre de bien. Con esto basta y sobra..... 35

VII.—Diga usted lo que quiera, la mejor de las religiones es hacer a nuestros semejantes todo el bien que podamos..... 42

VIII.—Bueno, convengo en que la Religión sea capaz de hacer todo el bien que usted dice; pero si es así, ¿por qué en lugar de estarnos hablando siempre de la otra vida, no trata algo más de ésta, y cuida de que no haya pobres?..... 47

IX.—Pero ¿usted quiere que vivamos todos

Págs.

como ermitaños? No, señor; la vida debe pasarse alegremente, y, pues tan bueno es Dios, no puede menos de habernos criado para que seamos felices 51

X.—Dice usted que los comunistas son malos, y yo veo que los Apóstoles y primitivos cristianos eran lo mismo que ellos: eran pobres, y todo lo suyo era para todos, y, por añadidura, andaban siempre perseguidos y baqueteados, cabalmente lo propio que los comunistas..... 60

XI.—Diga usted, si la Religión es cosa tan buena, ¿cómo hay algunos sabios y hombres de talento que no creen en ella?.... 63

XII.—Los curas no hacen más que ejercer un oficio como otro cualquiera, y ellos mismos saben que no es verdad lo que predican 70

XIII.—¿Para qué sirven los sacerdotes? ¿Son, por ventura, otra cosa más que una turba de holgazanes? 73

XIV.—¿Cómo pueden ser ministros de Dios los malos sacerdotes? 77

XV.—Bueno fuera que los curas se casaran, porque lo demás es ir contra la naturaleza. 79

XVI.—Ningún hombre formal ha creído nunca lo que no entiende, y eso me sucede a mí con los misterios de la Religión. 84

XVII.—Yo bien quisiera tener fe; pero si no puedo 91

XVIII.—Lo mismo da una Religión que otra, porque todas son buenas 97

XIX.—No puede negarse que Jesucristo es un sabio eminente, un gran bienhechor de

Págs.

los hombres y un gran Profeta. ¿Pero es verdaderamente Dios? 108

XX.—¿Por qué me ha dicho usted que los protestantes tienen una religión falsa? ¿Pues no son tan cristianos como los católicos? Yo creo que todos somos casi lo mismo 125

XXI.—Pero, en fin, el Evangelio de los protestantes, ¿no es lo mismo que el nuestro? 141

XXII.—Un hombre de bien no debe cambiar nunca de Religión, sino que cada cual debe vivir y morir en la que ha nacido.. 144

XXIII.—La Iglesia católica es una antigualla que ya pasó 147

XXIV.—¿Pero la Iglesia es hoy lo que el Evangelio puro la manda ser, lo que fueron los primeros cristianos?..... 152

XXV.—Pues señor, yo me formo acá mi Religión, y la practico como me parece. Cada cual tiene su manera de servir a Dios 158

XXVI.—Pero, en fin, la Iglesia se compone de hombres: hombres son los Papas y los Obispos y los curas. ¿Cómo han de ser infalibles? Yo estoy pronto a obedecer a Dios, pero no a hombres que son como yo, ni más ni menos..... 160

XXVII.—¿Conque es decir que fuera de la Iglesia nadie puede salvarse? Pues ¿qué es entonces del gran número de vivientes que no son católicos? 164

XXVIII.—Pero, ¿y la Inquisición? 169

XXIX.—¿Qué es el infierno? ¿Dónde está? ¿Ha venido alguna vez de allá quien nos lo cuente? 174

Págs.

XXX.—Pero Dios es demasiado bueno para que vaya a condenarme 179

XXXI.—Haga yo lo que quiera, no ha de ser de mi salvación más que lo que Dios tenga previsto de toda eternidad. Conque... 181

XXXII.—La Religión nos prohibe ciertas comidas en determinados días. ¿A qué viene esto? ¿Por qué me condeno yo si como carne en viernes? ¿Qué más tiene la carne el día de abstinencia que el que no lo es? 185

Apéndice a la respuesta XXXII.—Objeciones. 1.ª Si tan útil y buena y santa es esa abstinencia, ¿por qué la Iglesia me dispensa de ella pagándole unos cuantos reales que (dicho sea entre nosotros) sabe Dios en lo que se emplean?—2.ª ¿No es éste uno de los muchos abusos de la Iglesia, que por cierto corre parejas con el tráfico que se hace de indulgencias plenarias y parciales, y otros por el estilo?—3.ª Con razón se dice que a Roma se va por todo, y que quien lleva allá dinero todo lo consigue.—4.ª Y lo propio sucede por acá, pues cada parroquia es una socaliña perpetua: nacer y enterrarse, y todo lo que hay intermedio, cuesta un ojo de la cara 188

XXXIII.—Dios no necesita de mis oraciones, pues demasiado sabe lo que me hace falta sin que yo se lo pida 197

XXXIV.—¡Ah! Yo he pedido mucho a Dios, y ha sido en vano. He perdido mi tiempo. 199

XXXV.—Pero, ¿qué le he hecho yo a Dios para que me mande tantos trabajos?..... 200

XXXVI.—El invocar a la Virgen, ¿no es

Págs.

una superstición? Y además, ¿cómo ha de poder oirnos cuando la rezamos?..... 202
XXXVII.—¿Por qué no hay ya milagros como antes? 206
XXXVIII.—¿Por qué la Iglesia habla latín, que es una lengua tan poco conocida?... 211
XXXIX.—Los curas están siempre pidiendo dinero 212
XL.—La confesión es cosa inventada allá por los curas 214
XLI.—¿Para qué sirve la confesión? 219
XLII.—Yo no he robado, no he matádo, no he hecho mal a nadie, conque ¿para qué y de qué he de confesarme? 223
XLIII.—Y luego eso de confesarse es muy fastidioso 226
XLIV.—Eso de ir a confesar era bueno cuando yo iba a la escuela; pero ahora ya... 227
XLV.—Devotos conozco yo que se confiesan muy a menudo, y a fe que no tienen nada de santos 228
XLVI.—¿Cómo ha de estar realmente presente en la Eucaristía el cuerpo de Jesucristo? Imposible 229
XLVII.—Ninguna falta me hace ir a misa. Para hablar con Dios me basta mi casa.. 234
XLVIII.—No tengo tiempo para eso 236
XLIX.—Ni tampoco puedo: es cosa muy difícil 239
L.—No quiero que nadie se burle de mí, ni singularizarme, sino hacer lo que los demás 242
LI.—¿Quiere usted hacerme un santurrón fanático? 247